

A close-up portrait of a woman with long, wavy blonde hair and striking green eyes. She is looking slightly to the right with a soft, enigmatic expression. Her hands are clasped near her face. The background is dark with red, ink-like splatters. The text is overlaid on the image.

Eva Gil Soriano

La niebla  
que oculta  
SUS OJOS



# La niebla que oculta sus ojos

Eva Gil Soriano

©2018 Eva Gil Soriano  
La niebla que oculta sus ojos  
Diseño de cubierta: Verónica GM

ISBN: 9781728792934

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Dedicado a mis lectoras y lectores por  
todo el apoyo que me brindan cada día.

# Índice

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)

[Agradecimientos](#)

# 1

La muerte de sus padres la mantenía sumida en una bruma confusa, no sabía cuánto tiempo había transcurrido ni en qué día se encontraba. La imagen de sus progenitores degollados sobre la alfombra pasaba por su mente una y otra vez. Solo el tiempo podría borrarla, o eso le decían, aunque una cosa era segura, nunca lo olvidaría del todo.

Un psicólogo había hablado con ella, pero estaba tan absorta en aquel momento que ya no recordaba nada de lo que le había dicho.

Estaba sentada en una silla junto a la cristalera que daba a una pequeña terraza, miraba de soslayo a su abuela, que se encontraba recostada en la cama y se tapaba la cara con las manos. La veía agotada y ya no le quedaban lágrimas para llorar la muerte de su hijo y su nuera.

Ambas se habían quedado solas, se cuidarían la una a la otra a partir de ahora. Esperaba que Dios le permitiera tener a su abuela muchos años más ya que llevaba sus setenta y cinco años muy bien y le aterraba la idea de quedarse totalmente sola.

Hasta que les devolvieran su pequeña casa de planta baja situado en un barrio obrero, estaban viviendo en un hotel. Se sentían desubicadas y solo deseaban poder volver a su hogar y tratar de seguir adelante. Su rutina ya no sería la misma a partir de ahora, pero la vida seguía por muy dura que fuera.

—¿Cuándo podremos enterrarles y descansar en paz?

—No lo sé, abuela.

—¿Y cuándo volveremos a casa?

—Tampoco lo sé.

—Ya han pasado dos días.

Sara suspiró con cansancio. Ella también deseaba lo mismo que su abuela. Introdujo la mano en su bolsillo y sacó la tarjeta que el inspector, encargado del caso, le había dado tras su declaración hacía un par de días.

Le había pedido que lo llamara si recordaba cualquier detalle de los días previos a los asesinatos. Lo cierto era que tenía la mente en blanco, días atrás apenas pudo responder a sus preguntas, estaba en shock y tenía la sensación de que todavía seguía así. Necesitaba enterrar a sus seres queridos para cerrar

ese capítulo e intentar sobreponerse. Su abuela lo necesitaba aún más que ella, ninguna madre está preparada para sobrevivir a un hijo, ojalá ella jamás tuviera que pasar por algo así.

Observó el nombre escrito en la tarjeta, Nicolás Castillo Mora, Inspector del Cuerpo de Policía.

Sabía que no debía llamarle para una cosa así, pero ¿qué más podía hacer? Recordaba que era un hombre alto, muy moreno, con una pequeña barba un tanto descuidada. Con unos ojos negros y una mirada intensa. También recordó la paciencia y templanza con que la trató. Sin pensarlo más, cogió su móvil de la mesa y marcó el número que indicaba en la tarjeta.

A los dos tonos, una voz grave contestó:

—Inspector Nicolás Castillo.

—Hola... soy... soy Sara Rey.

—Buenos días, señorita Rey. ¿Ha recordado algo? ¿Desea volver a hacer la declaración?

—No podré recordar nada más hasta que entierre a mis padres.

—Entiendo, es normal, pero sepa que cuánto más tiempo pase más difícil será atrapar al culpable.

—Lo sé, pero estoy bloqueada. Quiero enterrar a mi padres, ¿cuándo me los devolverán? —sollozó.

Hubo un rato de silencio, Sara escuchó un suspiro al otro lado de la línea y esperó paciente una respuesta.

—La llamo en media hora —dijo al fin.

—Gracias, inspector.

Tras colgar fue a sentarse junto a su abuela, la tomó por los hombros y se dieron consuelo mutuamente. Llevaban dos días sin salir del hotel, encerradas con su dolor, deseaba volver a casa, pero la realidad era que tenía pánico de hacerlo. Cada habitación, cada mueble, cada esquina... le recordaría su pérdida. Pero no podían seguir en el hotel eternamente.

No habían transcurrido ni veinte minutos desde que había hablado con Nicolás Castillo cuando el teléfono sonó. Lo cogió rápidamente, vio el número del inspector reflejado en la pantalla y pulsó el verde de inmediato.

—Dígame, inspector.

—Mañana a primera hora os entregarán los cuerpos.

—¿De verdad? ¡Gracias, inspector! ¡Gracias!

—No ha sido nada, los forenses ya habían acabado, solo queda el papeleo

que les pedí que agilizaran.

—¡Gracias infinitas!

—Eh... vale.

Nicolás se quedó observando su teléfono unos segundos después de que Sara colgara. Los familiares de las víctimas, en muchas ocasiones, solían mostrarse muy agradecidos con él cuando lograba ayudarles, sin embargo, no se acostumbraba a muestras tan efusivas como las de la señorita Rey. No era en absoluto tímido y aun así había conseguido que se ruborizara.

Recordó el rostro de la chica, tenía los ojos de un verde aceituna que resaltaban bajo unas largas pestañas. Su nariz era pequeña y graciosa. Tenía el cabello largo y ondulado, rubio como el maíz fresco, aunque cuando la vio lo llevaba recogido en una cola y no se apreciaba demasiado. A pesar de la palidez de sus mejillas, al recordarla, le pareció guapa.

Había algo en la voz de esa chica, en sus palabras, pero no sabía qué.

—¿Qué ocurre, Nic? —preguntó su compañero y amigo desde el instituto.

—Nada, Iván, la chica se puso muy contenta.

—Eres un blando. —Y se rio de él porque empatizaba demasiado con las víctimas.

—¿Y qué podía hacer? No declarará hasta que entierre a sus padres y necesitamos más información o no avanzaremos. Además, lleva dos días fuera de casa y...me da mucha pena.

—Lo que yo he dicho, un blando.

—Vale ya, hablemos de lo que tenemos claro hasta ahora.

—El robo queda descartado puesto que no se llevaron nada ni rompieron nada para entrar —comentó Toni, un agente de su equipo, volviendo a la investigación.

—Tenemos a un primo desaparecido y una cena de empresa por Navidad de cual aún no hemos conseguido la lista de asistentes —siguió Lidia, la última integrante del equipo de Nicolás.

—Y todo eso parece irrelevante —añadió Iván.

—Sí, el modo en el que les han matado me hace pensar en un ajuste de cuentas y si estoy en lo cierto necesitamos hablar con su hija —anunció el inspector.

—De todas formas habrá que hablar con las personas que asistieron a esa cena y localizar a ese primo misterioso. No hay que dejar cabos sueltos —intervino Toni.



—Iván, reúne a unos agentes más, a ver si así consiguen esa lista y localicen al primo de una vez—ordenó Nic.

—Cuenta con ello.

—Yo voy a encargarme personalmente de que entreguen los cuerpos a la familia a primera hora. Después informaré de todo al Inspector Jefe.



Los vecinos y amigos de sus padres le dieron el pésame y se marcharon del cementerio con bastante rapidez cuando sellaron la lápida. Su abuela y ella permanecieron un rato más frente a la tumba, llorando abrazadas mientras se despedían para siempre de sus seres queridos.

Cuando las lágrimas de Sara cesaron, el olor a flores de todo tipo se hizo presente en su olfato, desde entonces odiaría las flores por recordarle ese momento.

Agarró a su abuela por la cintura para ayudarla a recomponerse y se marcharon cabizbajas del lugar.

A varios metros de distancia, un hombre alto y moreno las observaba. Las siguió a cierta distancia entre las lápidas y panteones. Nada más cruzar la puerta de hierro, que daba salida al cementerio, las abordó.

—Señorita Rey.

—Inspector —contestó al girarse y reconocerle.

—¿Sería posible hablar ahora?

—Tengo que llevar a mi abuela al hotel.

—Las acompaño al coche.

—No tenemos, tomaremos un taxi.

—Entonces, permítanme que las lleve.

Sara miró a su abuela y esta asintió con la cabeza. Estaba demasiado cansada y vio en sus ojos que deseaba llegar cuanto antes y reposar.

—De acuerdo.

—Por aquí —les indicó para que lo siguieran.

Llegaron hasta un Mazda cx 5 rojo. Nicolás abrió la puerta trasera y ayudo a la abuela a subir, después Sara lo hizo sin tomar la mano que él le había ofrecido, no sabía si porque no la había visto o porque no había querido tocarle.

—Señora Ponce, también me gustaría hablar con usted cuando sea posible  
—comentó el inspector una vez se sentó al volante.

—Mi abuela necesita descansar.

—Cuando descanse.

—Yo contestaré a sus preguntas.

—Sara, cariño, si ayuda que hable con este policía, hablaré con él, no te preocupes.

—Eres todo lo que me queda, abuela. Quiero que estés bien.

—Lo estaré. Todo ha acabado ya, hay que seguir adelante.

No tardaron en llegar al hotel donde debían quedarse hasta que limpiaran la escena del crimen y les devolviesen su hogar, o lo que fue su hogar.

Aparcó en el parking exterior situado detrás del hotel y las acompañó a la habitación guardando cierta distancia.

—Señorita Rey... —insistió una vez tenían la puerta abierta.

—Sí, hablaremos ahora, pero no delante de mi abuela, bajemos a la cafetería.

—Está bien.

—Abuela, quédate aquí a descansar, no tardaré en volver.

—Vale, hija.

Sara la besó y salió al pasillo donde Nicolás la esperaba.

—¿Vamos?

—Sí.

Caminaron en silencio hasta el ascensor, entraron y bajaron hasta la planta baja. Giraron a la izquierda y cruzaron las puertas de cristal automáticas que daban acceso a la cafetería. Una ráfaga de aroma a café recién hecho y tostadas invadió sus pulmones. ¿Desde cuándo no comía nada?, se preguntó sin saber la respuesta.

—¿Nos sentamos aquí? —sugirió él señalando la primera mesa que encontró. Ella sin decir nada tomó asiento frente a Nicolás—. ¿Quiere tomar algo?

—Un té verde.

El inspector levantó la mano y pidió al camarero el té y un café solo para él.

—¿Empezamos?

—Adelante.

—¿Sabe si su padre o su madre tenían algún enemigo?

—Ya me hizo esa pregunta.

—Estaba bastante afectada, quizá ahora recuerde más cosas.

—No, no tenían enemigos.

—En el trabajo ¿todo iba bien?

—Tenía un contrato indefinido y el jefe los había invitado a cenar.

—¿Y con los compañeros?

—Sé que un tal Carlos quería el puesto de encargado que le dieron a mi padre y se enfadó cuando no lo consiguió. Desde entonces no se hablaban, solo lo justo para el trabajo pero no creo que les matara por eso, parece una estupidez.

—Cosas más raras he visto. —Nicolás hizo unas anotaciones en su libreta

—. Hablaremos con todas las personas del trabajo.

—¿Me informará si descubre algo?

—Le iré informando de los progresos siempre y cuando no afecten a la investigación.

—Yo jamás perjudicaría la investigación —respondió ofendida.

Nicolás la observó un instante, ignoró su comentario y empezó su interrogatorio.

—Ahora quiero que me hable de su primo, el que vivía con ustedes.

—¿Darío? Él se mudó con su madre a nuestra casa al morir su padre. Mi tía cogió una depresión muy fuerte y teníamos que estar pendientes de ella todo el tiempo. Intentó suicidarse varias veces hasta que unos años después lo consiguió.

—A todo esto ¿cómo estaba Darío?

—A penas pisaba la casa, se pasaba el día fuera con sus amigos, no estudiaba, ni colaboraba en casa... Mis padres eran muy pacientes con él porque sabían que lo estaba pasando muy mal aunque siempre intentaron corregir su actitud.

—¿Cuándo se marchó?

—Fue después del entierro de su madre.

—¿Cuántos años tenía?

—Veintitrés.

—¿Dijo algo o se fue sin más?

—Nos dijo que se largaba, tanto mis padres como mi abuela le rogaron que se quedara pero no quiso. Le pedimos que nos llamara, que nos dijera dónde viviría pero nunca más recibimos noticias de él.

—¿Y su teléfono móvil?

—Supongo que lo cambió porque la última vez que tratamos de llamarlo un operador informaba de que el número no existía.

—Mientras vivió con ustedes, ¿peleaba con sus padres muy a menudo?

—Discutían bastante, mi padre le pedía que trabajara, que no saliera tanto y siempre era lo mismo.

—¿Alguna vez amenazó a alguno de ellos?

—Hasta donde yo sé, solo amenazaba con largarse y lo cumplió. No creo que él los matara si es lo que sospecha.

—Nunca se sabe.

—¿Por qué iba a hacerlo? No veo ningún motivo, hace seis años que se fue.

—Puede haber infinidad de motivos que usted desconoce.

—Se equivoca.

—¿Qué hicieron sus padres el día antes de los asesinatos? —preguntó zanjando el anterior tema.

—No lo sé. Ese día salí con unas amigas. Quizá mi abuela lo recuerde.

—¿Cuándo cree que podré hablar con ella?

—Espere un día o dos más, por favor. Le avisaré.

—De acuerdo, eso es todo.

Nicolás hizo unas cuantas anotaciones más en su libreta, se tomó lo que quedaba de café y se levantó, pagó en la barra lo de ella también. Se dirigió hacia las puertas de cristal, pero antes de cruzarlas, una mano sujetó su brazo.

—¡Espere!

Él miró la mano que lo agarraba y después los ojos verdes que lo miraban brillantes por las lágrimas que intentaba no derramar.

—¿Qué sucede?

—Les atraparé ¿verdad?

—Lo haré, yo siempre atrapo al malo.

Sonrió de forma traviesa y ella le creyó, pese a que apenas le conocía, creyó en sus palabras que la reconfortaron más de lo que nadie pudiera imaginar.

—¿Cuándo podremos volver a casa?

—La policía científica puede necesitar más pruebas, pasarán unos días más. Le llamarán.

—¿Me llamará usted?

Nicolás se perdió por un instante en aquellos ojos de aceitunas y no pudo

decirle que ese no era su trabajo.

—Lo haré.

## 2

Había acudido al hotel donde se alojaban las dos mujeres, la chica no lo había llamado pero ya habían pasado unos cuantos días y era necesario hablar con la abuela para avanzar en la investigación.

Subió hasta la tercera planta y golpeó la puerta. Sara abrió sin tan siquiera preguntar quién es.

—Inspector —se sorprendió.

—Nunca abra así la puerta. Al menos debe preguntar.

—Estamos en un hotel, no creo que se presente el asesino.

—Eso usted no lo sabe.

—Lo haré la próxima vez, pase.

—Es hora de que hable con su abuela —le informó al tiempo que entraba en la habitación.

—¿No puede esperar un poco más?

—Si desea que agarremos al asesino, no.

—Está en la terraza, sea paciente, por favor.

—Puede quedarse tranquila.

Nicolás cruzó el dormitorio y salió a la pequeña terraza donde encontró a la señora María Ponce sentada alrededor de una mesa de cristal. Los suaves rayos del sol de la mañana alcanzaban a la mujer que desayunaba sin mucha gana.

—Buenos días, señora. ¿Cree que podrá contestarme a unas preguntas?

—Sí, hijo, siéntate. ¿Quieres tomar algo? —le dijo ofreciéndole unas galletas.

—No, gracias. Verá, quiero que me cuente qué hicieron su hijo y su nuera el día antes al asesinato.

La mujer cerró los ojos y viajó con su mente hasta ese día. Solo de pensarlo se le inundaban los ojos. Si deseaba que atraparan al asesino tendría que esforzarse, tragarse su dolor y hablar con ese policía.

—Armando salió a trabajar temprano, no lo vi hasta el mediodía cuando regresó para comer. Esa noche era la cena de empresa y por la tarde se fue con Laura a comprarse una camisa y creo que también a la barbería.

»Ella estuvo toda la mañana conmigo, hicimos las tareas y entre las dos preparamos la comida. Después se fue con su marido.

—¿Notó algo extraño cuando regresaron?

—No, todo normal...bueno... Laura estaba bastante nerviosa. Recuerdo que le pregunté si se sentía bien.

—¿Y qué le dijo?

—Que estaba bien, que solo había discutido un poco con Armando. Me pareció algo normal y no le di importancia.

—¿Sabe el nombre de la tienda donde compró la camisa?

—Creo que fueron a una tal zaca o zata.

—¿Zara?

—Sí, esa.

—¿Y la barbería?

—Él siempre iba a la Barbería Ruiz Sánchez.

—Muchas gracias, señora Ponce.

—Espero que le sirva para agarrar a los asesinos. —Y dicho esto no pudo resistir más y rompió a llorar.

Sara que había estado pendiente del interrogatorio fue de inmediato a sentarse junto a su abuela y abrazarla.

—Los atraparemos, no se preocupe. Si recuerda algo más, aunque piense que no es importante, no dude en llamarme —dijo Nicolás antes de marcharse.

La mujer asintió con la cabeza entre sollozos y vio como el inspector entraba en la habitación dispuesto a irse. Su nieta la soltó de inmediato y corrió tras él. Sacudió la cabeza sabiendo que Sara no descansaría hasta saber quién había matado a sus padres. Era decidida e impetuosa, estaba muy orgullosa de ella.

Nicolás ya había salido al pasillo cuando ella le habló:

—Mi abuela no está bien, necesita regresar a casa.

—Ahora mismo iba para allá, esta tarde van limpiar la escena del crimen y quiero echarle un último vistazo. Eso quiere decir que muy pronto podrán volver, tal vez mañana.

—Voy contigo. —Sara no se percató de la familiaridad con que le habló.

—¡No!

—Por favor, no sé si seré capaz de entrar en la casa. Mi abuela no los vio muertos pero yo sí. Veníamos de comprar, ella se quedó hablando con unas vecinas y yo fui la que los encontró con el cuello... el cuello... —Se tapó la

cara con las manos y se puso a llorar.

—Lo sé, lo sé. Ya me lo contaste, no hace falta que lo revivas. —Tuvo ganas de abrazarla pero se contuvo. Él sí se había dado cuenta de esa familiaridad.

—Déjame ir —insistió.

—No puedes entrar en la casa. Todavía no.

—Está bien, me quedaré en el coche. Solo permíteme verla desde fuera.

Jamás en todos sus años de policía e investigador se había visto en esta situación. Los familiares de las víctimas le obedecían sin cuestionarle, pero esta chica podía acabar con su paciencia y a la vez se sentía triste porque era consciente del dolor por el que estaba pasando.

—Vale, pero no bajes del coche.

—¡Gracias! —Se lanzó a su cuello y le dio un rápido abrazo. Lo soltó y entró en la habitación a recoger su chaqueta y avisar a su abuela.

—Qué chica tan efusiva —murmuró.

—Ya estoy lista.

Nicolás sonrió sin poder evitarlo. Parecía contenta por primera vez desde la tragedia y solo porque le había permitido acompañarle. Esa chica era muy rara.

Condujo su Mazda rojo hasta el barrio obrero, conforme se acercaban a la calle donde vivía la cara de Sara se iba descomponiendo. Pudo ver como sus labios se habían vuelto blancos y su rostro cada vez era más pálido, pero no dijo una palabra hasta que llegaron.

Aunque no se podía aparcar, dejó el coche frente a la puerta, quería tener a Sara lo más cerca posible.

—Quédate aquí.

Ella asintió con la cabeza y Nicolás bajó del coche. Caminó hacia la vivienda, apartó el cordón policial y abrió la puerta. Avanzó por el pasillo hasta quedarse frente al salón. Observó la alfombra llena de sangre donde habían sido hallados los cuerpos. Después fijó su mirada en cada detalle del lugar. Quizá se les había pasado algo por alto, algo importante que le diese una pista a seguir. Solo pedía eso, una pequeña pista.

Un grito a su espalda le sacó de sus cavilaciones.

—¡No te dije que te quedaras en el coche!

Sara se tapó la cara y cayó al suelo de rodillas. Su llanto de desesperación



hizo que Nicolás suspirase con paciencia y olvidase por un momento su enfado por no obedecerle. Se agachó a su lado y le pasó la mano por la espalda en un intento por tranquilizarla.

—Lo siento —consiguió decir ella— es que... quería saber si sería capaz de entrar de nuevo en casa.

—Debiste aguardar a que el salón estuviese limpio.

—Yo no esperaba... no recordaba que hubiese tanta sangre.

Poco a poco, Sara logró dejar de llorar, apartó sus manos y miró a su alrededor.

—Será mejor que te lleve al coche —sugirió él ayudándola a ponerse en pie—. Echaré un vistazo y volveré enseguida.

—Yo también quiero mirar, quizá descubra algo.

Nicolás alzó una ceja ante esas palabras y a punto estuvo de soltar una carcajada.

—¿Qué puedes encontrar tú que no haya visto la científica o yo mismo?

—No lo sé. Conozco mi casa, si hay algo que no pertenece a ella, lo veré.

—Está bien. Quédate aquí y no toques nada.

—Vale.

—Espero que ese «vale» sea sincero.

Mientras el inspector entraba en el salón y revisaba concienzudamente cada rincón, ella observaba los detalles de la estancia desde la puerta. Paseó la mirada por el sillón favorito de su padre, la mecedora de su abuela... La estantería estaba repleta de libros y fotografías. Todo parecía estar como lo recordaba excepto...

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué ocurre? —preguntó yendo hacia ella.

—Esa foto, la de mi abuela.

—¿Qué pasa con ella?

—Que no estaba ahí.

—Quizá tu abuela o tu madre la cambió de lugar.

—No es posible, esa foto estaba en mi cuarto, en la mesilla de noche. Nadie la movería de su sitio.

Nicolás estudió esa fotografía detenidamente, estaba girada de modo contrario a las demás. Parecía que miraba hacia un lugar concreto, siguió con la vista y...

—Joder.

—¿Qué pasa?

—La foto mira hacia la alfombra, donde estaban los cuerpos de tus padres.

—¿Y?

—Es una clara amenaza. Cogieron el retrato de tu abuela de la habitación y lo colocaron mirando hacia el crimen.

—¡Explícate mejor! Me estás poniendo nerviosa.

—Es justo lo que yo sospechaba, ha sido un ajuste de cuentas. El asesino quiere algo y si no lo consigue tu abuela puede ser la próxima víctima.

—¡No!

—Lo más seguro es que se pongan en contacto contigo si no lo han hecho ya.

—Nadie me ha llamado.

—Esperarán que las aguas se calmen.

—¿Qué puedo hacer? No puedo perder a mi abuela, tengo que protegerla.

La cabeza de Sara comenzó a dar vueltas solo de imaginar que pudiesen hacerle algo malo a su abuela. El inspector tenía que ayudarla, era su obligación.

—Cuando lo hagan debes llamarme de inmediato. Te amenazarán para que no hables con la policía, pero no tengas miedo, debes avisarme. Ellos no se enterarán.

—No voy a poder con esto. —Y se echó a llorar de nuevo.

Sara se tambaleó un poco y él la tomó por lo hombros, entonces, ella enterró la cara en su pecho y se desahogó.

—Tienes que tranquilizarte, sé que puedes.

—Tengo miedo, no puedo.

—Eres valiente, Sara.

—Soy una cobarde.

—Si lo fueras no habrías venido hasta aquí conmigo. Créeme, eres muy valiente.

Nicolás la sacó de la casa y la ayudó a entrar en el coche. Se inclinó sobre ella y le abrochó el cinturón. Después rodeó el vehículo, subió y se puso al volante. El llanto de Sara había cesado pero parecía que le costaba respirar.

—Toma un poco de agua —le ofreció una botella pequeña que siempre llevaba en el coche.

—Gracias, inspector.

—Te llevaré al hotel.

### 3

Su equipo de investigación llevaba todo el día trabajando en las cámaras de seguridad que habían recogido en el trayecto que las víctimas habían recorrido la tarde antes al asesinato. Por lo que le había contado la señora Ponce, algo había ocurrido aquella tarde, algo que puso a Laura nerviosa y ellos descubrirían lo que era.

El equipo del inspector Nicolás Castillo estaba formado por Lidia, una oficial de veintisiete años que había sido trasladada al equipo hacía pocos meses. Tenía el pelo corto, peinado hacia atrás y de un tono azabache brillante. Medía poco más de un metro setenta y estaba en plena forma física. Era capaz de reducir a un tipo dos veces más grande que ella.

Toni, oficial que acaba de cumplir los treinta años, su cabello rubio oscuro y ensortijado le daban un aspecto juvenil y para nada peligroso, cosa que le venía muy bien en su trabajo ya que le subestimaban con facilidad. Hacía tres años que trabajaba con Nicolás y habían alcanzado un grado de amistad importante.

El inspector Iván, era quién más le conocía, desde el instituto cuando planeaban ser policías cuando creciesen. Estudiaron juntos, se prepararon juntos y la suerte sumada a la insistencia, les había puesto en el mismo equipo. Tenía la misma estatura que Nic y el cuerpo algo más fornido. Sus ojos azules conquistaban a cuanta mujer se le cruzaba y ese hecho solía ser objeto de burla de sus compañeros, aunque Toni y Nic le envidiaban en ocasiones.

—Nic, encontré algo —soltó Lidia.

—Dame buenas noticias.

Tanto Nic como Iván se colocaron tras Lidia para ver la pantalla del ordenador donde se reproducía el vídeo. Le dio hacia atrás y lo preparó, Toni se unió a ellos y entonces ella pulsó el *play* para que el vídeo comenzara.

En la pantalla se vio a la pareja que salían de una tienda de ropa cargados con una bolsa. Iban agarrados del brazo. No habían dado ni dos pasos cuando tres hombres les salieron al paso.

Uno de ellos empujó a Armando, Laura trató de ponerse por medio pero otro de ellos la agarró del brazo. Un tercero se acercó para susurrarle algo al

oído. Después de eso, los tres hombres dieron media vuelta y se fueron.

En ese instante, Lidia detuvo el vídeo.

—Tenemos sus caras, podemos cotejar con el archivo —sugirió Iván.

—Tengo una idea mejor —dijo Nic.

—Cuéntanos.

—He pensado que quizá Sara Rey conozca a alguno.

—Eso estaría muy bien —afirmó Toni—, voy a llamarla.

—Yo lo haré —lo contradijo Nic—. Ella siempre habló conmigo y no te conoce, es mejor así.

—Tienes razón Nic, se sentirá más cómoda —lo apoyó Lidia.

Sin tiempo que perder, Nicolás sacó su móvil y marcó el número. A los dos tonos respondió:

—Inspector.

—Hola, Sara. Necesito que vengas a comisaría.

—¿Pasó algo?

—Tenemos una pista.

—Es fantástico, cogeré el autobús y llegaré en media hora más o menos.

—Bien, aquí te espero. —Guardó el teléfono y miró a sus compañeros—.

Al fin tenemos algo, recemos para que Sara reconozca a alguno.

—Yo no creo que haya sido tan buena idea —comentó Iván.

—¿Por qué lo dices?

—Piénsalo bien, Nic, esa chica está tan ansiosa por atrapar al asesino que pude acusar a cualquiera.

—No está tan trastornada como crees. Recuerda la pista que nos dio cuando vio la escena del crimen.

—Lo de la fotografía es solo una impresión tuya.

—Eso es cierto, Nic. —Tanto Lidia como Toni apoyaban a Iván respecto a la foto.

—No estoy de acuerdo con vosotros. Es evidente que fue un ajuste de cuentas y la foto una clara amenaza.

—Está bien, no discutiremos eso. Esperemos a la chica a ver que nos dice —concluyó Iván.

Sara dejó a su abuela en el centro social, acompañada por sus amigas, y con la esperanza de que la distrajesen un rato, fue hasta la parada del autobús. En diez minutos ya iba camino a la comisaría. El trayecto se le hizo eterno,

estaba deseosa por saber qué había averiguado Nicolás. Parada tras parada, los nervios aumentaban sobre todo cuando el conductor se bajó a tomarse un café porque, al parecer, iba bien de tiempo.

Llegó a comisaría varios minutos más tarde de lo prometido. Preguntó por el inspector y le indicaron dónde se encontraba su despacho. Al llegar, llamó a la puerta.

—Pasa —oyó desde fuera. No era la voz de Nicolás, pensó.

Entró en la oficina y lo primero que vio fueron dos escritorios con dos hombres sentados tecleando sus respectivos ordenadores. Antes de poder fijarse más, Nicolás se plantó frente a ella.

—Te estábamos esperando. —Sara hizo un intento por sonreír—. Te presento a la oficial Lidia y al oficial Toni, me ayudan con la investigación.

—Mucho gusto —les dijo, ellos rieron diciendo lo mismo.

—Y este es mi compañero, el inspector Iván. Todos juntos resolveremos el caso.

—Ya nos habíamos visto aunque no nos presentaron oficialmente —dijo Iván tendiéndole la mano—. Un placer.

—Sí, le recuerdo —contestó estrechándole la mano.

—Ahora ven —le indicó Nic—. Queremos que veas un vídeo y nos digas si conoces a alguno de los hombres que aparecen.

Ella simplemente asintió y le siguió. Lidia paró la grabación justo donde los sospechosos mostraban su rostro.

—Los de detrás son mis padres —dijo asombrada pues era lo último que esperaba ver.

—Sí, pero eso no es lo importante sino los tres hombres que miran hacia delante. Han discutido con tu padre.

—¿De veras?

—Fíjate bien y dinos si reconoces a alguno.

La imagen no era demasiado nítida puesto que estaba ampliada y tuvo que achicar los ojos y acercarse a la pantalla.

El de la derecha no le sonaba de nada, el de la izquierda tampoco y el que estaba en el centro... ese... ese...

—¡Sí! Creo que es él.

—¿Quién?

—El que está en medio. Estuvo en mi casa hace unas semanas.

—¿Estás segura?

Ella se volvió a fijar en él.

—Sí, estoy segura. Llegó a casa y mi padre nos lo presentó, después se encerró en el salón con él. Recuerdo que mi abuela y mi madre comentaron que la actitud de mi padre era muy rara. Me mandaron llevarles un café por si me enteraba de algo, pero al llegar al salón callaron y no sé de qué hablaron.

—Dices que te lo presentaron, ¿recuerdas su nombre?

—No creo que eso importe mucho Nic, puede ser falso —comentó su compañero.

—O puede que no, Iván, son una familia humilde y trabajadora, ¿qué necesidad tendría de dar un nombre falso?

—No discutid y dejad hablar a Sara —intervino Lidia.

—La verdad es que no lo recuerdo. Siento que no haya ayudado mucho. — Su voz sonaba abatida.

—No importa, averiguaremos quién es. —Lidia le tocó el brazo en forma de consuelo.

—En realidad sí nos has ayudado mucho, gracias —le sonrió Nic.

—Espera, mi abuela seguro que sí se acuerda. Tiene un don para los nombres.

—Bien, hablemos con ella.

—Está en el centro social distrayéndose un rato, la llamaré.

Nicolás sintió un subidón de adrenalina, era una gran pista lo que tenían entre manos. Sentía que muy pronto tendría a un sospechoso en la sala de interrogatorios y su pulso se aceleró. Siempre le pasaba cuando veía que un caso avanzaba por buen camino, y este lo estaba haciendo. No podía creerlo pero Sara estaba sirviendo de mucha ayuda, nunca antes un familiar de una víctima se había implicado tanto. Normalmente estaban sumidos en su dolor y apenas podían responder algunas preguntas. Sara era fuerte, muy fuerte.

—Gracias, abuela. —Tras guardar el teléfono, Sara miró a Nic y a los demás—. Se llama Juan Díez.

—Chicos, a trabajar. Hay que localizar a ese tipo —les ordenó el inspector de buen humor.

—Vamos a ello —respondieron mientras cada uno se colocaba tras su escritorio de nuevo.

—Iván, ¿podrías pedir la orden judicial?

—Claro, Nic, pero pensé que querrías tú hablar con el Inspector Jefe y contarle al juez.

—Sara llegó en autobús, la acercaré al hotel.

Tanto los dos oficiales como Iván alzaron la cabeza para mirarle, él fingió no darse cuenta de las miradas de su equipo y le indicó a Sara que saliera delante de él.

—Tienes mucho trabajo, no hace falta.

—Nada de eso, estás siendo una gran colaboradora es lo menos que puedo hacer.

—Gracias, Nic. —Ella usó el diminutivo que escuchó a sus compañeros, le gustaba, le pegaba mucho.

Salieron juntos de comisaría y subieron al Mazda. Esperó a que ella se colocara el cinturón y pisó el acelerador.

Llevaba unos minutos conduciendo cuando dejó de mirar la carretera por un instante para observarla a ella, tenía la cabeza volteada hacia el otro lado y la vista perdida en lo que veía al otro lado de la ventanilla.

Poco tiempo después, Nic paraba en el parking del hotel. Sara se bajó del coche, estaba por despedirse del inspector cuando este le preguntó:

—¿Quieres que te acompañe a la habitación?

—No es necesario, estoy bien.

—Eres una mujer muy fuerte y valiente, Sara.

—Si encontráis a ese hombre ¿me llamarás?

—Cuando lo encuentre tendré que interrogarle, si averiguo algo importante, te lo haré saber.

—Aunque no sea muy importante lo que descubras, llámame, por favor.

—Buenas noches, Sara —se despidió sin querer comprometerse a nada.

—Gracias por traerme y por todo lo que estás haciendo. —Le dedico una triste sonrisa antes de irse sin insistir para que la llamara.

## 4

Sara y su abuela, ya estaban instaladas de nuevo en su casa. El olor era diferente, quizá por culpa de los productos de limpieza utilizados, no sentían que habían llegado a su hogar. Ahora todo era distinto, sus vidas eran distintas. La realidad de lo sucedido golpeaba con fuerza haciendo que se sintieran solas, muy solas.

Había sido duro volver a entrar en el salón donde unas semanas atrás habían matado a sus padres. El primer día que pasaron en la casa permanecieron casi todo el tiempo encerradas en sus respectivas habitaciones, solo María se atrevió a salir y cocinar algo para las dos.

El salón seguía cerrado, ninguna de las dos quería pisarlo. Habían trasladado la televisión al cuarto de la abuela.

En este preciso instante estaban las dos acostadas en la cama viendo un concurso de esos de acertar preguntas cuando Sara expuso sus pensamientos.

—Deberíamos mudarnos.

—¿Crees que sería bueno, hija?

—Sí, abuela.

—No tenemos dinero.

—Venderemos la planta baja y compraremos otra.

—Tienes que acabar el master que querías.

—Ya no lo acabaré. Necesito encontrar trabajo con urgencia.

—Pero tus estudios...

—Abuela, no nos lo podemos permitir. Además, ya acabé la carrera y el master siempre puedo hacerlo en otro momento.

—Lo que tú digas, cariño. Yo dejaba a mi querido Lorenzo pagar las facturas y llevar el tema económico. Cuando nos dejó, mi Armando me acogió en su casa y se encargó de todo. Ahora que ninguno de los dos está, me siento perdida. No tengo edad para aprender estas cosas.

—Abuela, no tienes que preocuparte por eso porque me tienes a mí. Yo me haré cargo de todo.

—Eres tan joven, no tienes por qué cargar con tanta responsabilidad. Quiero ayudarte.



—Y puedes ayudarme. Mañana mientras yo voy al banco tú puedes ir a la inmobiliaria para poner en venta la casa y mirar otras por el mismo precio. ¿Qué te parece?

—Haré lo que me pidas, ya lo sabes.

—Anota las casas que te gusten e iremos a verlas juntas.

—Oh mi niña, mi única niña. —Abrazó a su nieta y ambas siguieron viendo el concurso.

Estuvieron tumbadas hasta que la sintonía de las noticias empezó. María se levantó para preparar la cena. Sara hizo ademán de levantarse pero su abuela le pidió que se quedara descansando un rato más ya que se había pasado el día buscando trabajo.

La locutora hablaba de política y corrupción, ella cogió el mando a distancia para cambiar de canal cuando la siguiente noticia la dejó petrificada.

«Detenido un sospechoso del asesinato del matrimonio en el salón de su propia casa».

¿Sería ese tal Juan Díez? ¿Sería solo sospechoso o el asesino? Y la pregunta que más se repetía, ¿por qué?

Corrió hasta su habitación y cogió el móvil, no tenía llamadas perdidas ni mensajes, Nicolás no le había dicho nada. Sin pensárselo dos veces, marcó su número.

—Hola, Sara. Supongo que te has enterado —dijo Nic nada más descolgar.

—¿Por qué no me has avisado?

—Porque todavía no tengo nada que decirte, su abogado está por llegar y no podemos empezar a interrogarlo.

—Voy para allá.

—¡No! ¿Estás loca?

—No puedo quedarme sentada a esperar.

—El interrogatorio puede durar toda la noche. Mejor cena, duerme y mañana hablamos.

—Se te olvidará.

—No se me olvidará.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

—Vale, confío en ti, Nic.

Nicolás no supo por qué pero esa palabra le removió algo por dentro. No sabría ponerle nombre pero le gustaba que Sara confiara en él, aunque le

preocupaba llegar a decepcionarla.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, inspector.

Nicolás se quedó mirando durante unos segundos la pantalla de su móvil. Su comportamiento era totalmente irregular, nunca había actuado así durante una investigación pero esa chica le obligaba a hacer cosas que jamás haría. No estaba seguro de qué lo motivaba a hacerlo, pero ahí estaba.

—¿La has llamado? —preguntó Iván incrédulo.

—No, me ha llamado ella. Habrá visto las noticias.

—¿Qué pasa entre esa chica y tú?

—Nada, no pasa nada. Solo quiere ayudar en la investigación y estar al corriente, han matado a sus padres no puedo reprochárselo.

Iván lo miró con cierta desconfianza, lo conocía hacía demasiados años y estaba seguro de que algo se traían esos dos, aunque era posible que ni siquiera ellos lo supiesen.

—Anda, vamos, ya llegó el abogado —le dijo a su amigo con cierto retintín.

El tal Juan Díez era un hombre alto, con el cabello muy corto. Su tez era morena y tenía marcas de varicela en las mejillas. Nicolás se sentó frente a él e Iván se quedó de pie justo detrás.

—¿No piensas decir nada? —volvió a decir Nic.

Llevaba veinticinco minutos tratando de sacarle información pero no había conseguido que dijera ni una palabra. Iba a tener que cambiar de estrategia si quería que colaborase.

Le enseñó la foto de las víctimas.

—¿Los conoces? Sabemos que sí. Tenemos una grabación tuya con ellos. Además de dos testigos que te vieron en la casa. —El hombre se sorprendió de que la policía tuviera esa información, aun así seguía sin decir nada—. Mira, tanto el fiscal como la familia de las víctimas están deseando cargarle a alguien esos muertos y tú tienes todas las papeletas de esta rifa.

—¡No fui yo! —gritó al fin.

—Entonces, ¿quién?

—No lo sé.

—Mientes, sí lo sabes. Si no hablas, tú serás el único que cargue con la culpa. —El hombre comenzó a desviar la mirada y a mover las manos con

nerviosismo—. ¿De qué hablaste con Armando cuando fuiste a su casa? ¿Qué le dijiste el día antes del asesinato? —El tono de Nicolás se volvía cada vez más agresivo hasta llegar a cogerle de la pechera tras la última pregunta.

—Eh, eso es agresión —intervino el abogado—, le demandaré.

—No le he agredido, ¿ve algún moretón en su cara?

—Tranquilo, Nic, si habla en estas condiciones tampoco nos servirá —intervino Iván.

Estuvieron un rato en silencio y Nic volvió al ataque.

—Fue un ajuste de cuentas ¿verdad? ¿En qué estaba metido Armando? ¿Qué fuiste a decirle? ¡Vamos! ¡Habla de una vez!

Iván tuvo que retener a su compañero que se lanzaba de nuevo sobre el sospechoso.

—Me matará.

—Nadie te matará estando aquí y una vez lo detengamos estarás a salvo.

—Tiene contactos importantes.

—Está bien, empieza por decirme de qué va todo esto.

—Drogas.

—¿Trafico de drogas?

—Armando ocultaba alijos de cocaína en los pedidos que viajaban al extranjero.

—¿Qué fuiste a hacer a su casa?

—A ponerle sobre aviso. Él quería dejarlo, ya tenía suficiente dinero y no quería continuar. Yo fui a decirle que no podía salirse, que no era tan sencillo, él no le dejaría.

—¿Qué te contestó?

—Que de alguna forma se iría, que no quería arriesgar su futuro y el de su familia.

—¿Estaba arrepentido?

—En parte sí y en parte no. Deseaba el dinero para pagar a su hija no sé qué estudios.

—¿Y qué le dijiste el día antes del asesinato?

—No diré nada más.

—¡Ya empezaste a hablar! ¡Termina!

—¡No!

Nicolás se levantó tan rápido que volcó la silla donde estaba sentado, se apoyó con una mano en la mesa que le separaba del sospechoso y lo agarró de

la pechera de nuevo, esta vez tiró de él y le pegó la cara contra la mesa.

—¡Agresión, agresión! —gritó el abogado.

—El dinero, quería el dinero —sollozó el hombre.

—Nic, suéltalo —le ordenó Iván al tiempo que levantaba la silla—, vas a estropearlo.

El inspector lo soltó y se sentó para continuar.

—¿De qué dinero hablas?

—El que le pagaron por los trabajos que hizo y los que haría en el futuro.

—¿De cuánto dinero hablamos?

—No estoy seguro, unos cien mil euros. Le dije a Armando que lo devolviera, pero se negó, me contestó que se lo había ganado y lo necesitaba.

—¿Qué más?

—Nada más. Insistí en que lo devolviera, que ese tipo no se anda con tonterías.

—¿Quiénes eran los dos matones que te acompañaban?

—No me sacarás nada más.

Nicolás hizo ademán de levantarse de nuevo pero Iván lo retuvo poniendo la mano en el hombro de su compañero.

—Vamos.

—No hemos terminado.

—Mátame si quieres, no diré nada más —gritó Juan.

—Vamos, Nic. Hoy no hablará más.

Miró fijamente a los ojos del sospechoso, su compañero tenía razón, no iba a darle nombres. Al menos había conseguido respuestas, al menos tenía algo que contarle a Sara.

Hizo una inspiración profunda y se pasó las manos por la cara. Dio media vuelta y salió rápido de la sala de interrogatorios. ¿Cómo decirle a Sara que su padre era traficante de drogas?

## 5

Pasó la mañana enviando currículos por internet, había perdido la cuenta de tantos que había mandado, tenía la esperanza de que, al menos, la llamaran de algún sitio.

También había pasado las horas mirando el móvil por si el inspector le dejaba algún mensaje, se lo había prometido y ella le había creído. Tal vez debía esperar un poco más, pero si no tenía noticias de él en breve, sería ella quién le mandara el mensaje y si no contestaba se plantaría en comisaría, estaba dispuesta a saber qué pasaba y si ese hombre era el asesino o no. Estaba en todo su derecho.

Solo había pasado media hora cuando, sin aguantar más, cogió el teléfono, buscó su nombre y comenzó a escribir.

«Nicolás, ¿qué ha pasado con ese Juan? ¿Mató a mis padres? Por favor, contéstame o llámame pronto».

Pulsó enviar y esperó. La respuesta no tardó en llegar.

«Nos vemos en Café Tapas a las dos».

«Vale».

Sara soltó el teléfono aliviada por la respuesta del inspector. Miró su reloj, faltaba menos de una hora para las dos. Como su abuela había ido a la inmobiliaria, decidió dejarle una nota para que no la esperara a comer.

Después cogió su monedero, lo metió en el bolso y se lo colocó a la espalda. Salió de casa en dirección hacia la parada del autobús.

A las dos y cuarto llegaba al Café Tapas donde Nicolás la esperaba tomando una cerveza. Sara lo observó mientras caminaba hacia él, movía mucho las manos y los pies, parecía nervioso o impaciente. ¿Sería porque había llegado tarde?

—Hola, lo siento, el autobús da muchas vueltas para llegar hasta aquí.

Nicolás la miró detenidamente, parecía tan vulnerable... pero sabía que era fuerte, tenía una mirada decidida y la actitud de los últimos días le hacía creer que soportaría la noticia que tenía que darle, el problema era cómo abordar el tema.

—No llevo tanto tiempo esperando, no te preocupes.

—Me alegro, me gusta ser puntual.

—¿No tienes carnet de conducir?

—Sí, pero coche no.

—¿Por qué no coges el de tu padre?

—Antes lo hacía pero desde que... murió... no sé...

—Todavía es todo muy reciente, sé que conseguirás conducirlo.

—No lo sé, mi abuela y yo hemos decidido vender la casa, no queremos vivir allí.

—Eso es distinto, ellos murieron dentro de casa. Pero el coche es como si te dejase su reloj o un colgante, es un recuerdo, una herencia.

—Tienes razón, quizá dentro de un tiempo pero todavía no.

El camarero llegó y pidieron algo para comer. Permanecieron unos minutos en silencio y ella volvió a tomar la palabra.

—¿No vas a contármelo?

—¿El qué?

—Lo que has descubierto con ese hombre.

—Sí, por eso estoy aquí. Pero... no te tengo buenas noticias.

—Sea lo que sea es mejor saberlo.

—Quiero que estés tranquila.

—No lo estaré hasta que me lo digas.

Nicolás decidió contárselo de una vez. Le habló de todo lo que había averiguado sobre Armando mientras ella le escuchaba entre asombrada, incrédula, enfadada y decepcionada. Mil sentimientos se agolpaban en su corazón mientras escuchaba las palabras de Nic. Cuando el inspector, al fin, acabó de hablar, Sara recuperó la voz.

—Eso no puede ser cierto. ¿Cómo sabes que ese hombre no te ha mentado?

—A primera hora de la mañana, hicimos un registro en la fábrica donde trabajaba tu padre y encontraron restos de cocaína.

—Pero... mi padre era un buen hombre, cariñoso, pendiente de su familia...

—Eso no tiene nada que ver. Por lo que dijo Juan deseaba el dinero para pagarte algo a ti.

—Ese dichoso master en Londres. Tanto los estudios como la estancia eran muy caros, pero mi padre me dijo que podía pagarlos y yo... —Rompió a llorar—. Ha sido culpa mía.

—Claro que no, nadie obligó a tu padre a meterse con traficantes. Fue

decisión suya y solo él tiene la culpa.

—Él siempre ha querido dármelo todo —sollozó—. Pero yo me conformaba con su amor y cariño.

—Tal vez pensó que podía con ello.

—Oh, Nic, ¿cómo pudo hacer algo así?

Nicolás acercó la silla a la de ella y pasó su brazo por los hombros acercándola a él. Sara aceptó su calor y empapó su camisa.

—Tranquilízate, nada se puede hacer ya.

—¿Fue él quien mató a mi padre?

—No lo creo. Hay alguien por encima de Juan Díez, alguien que seguramente mandó matar a tus padres. Esa gente no suele ensuciarse las manos con sangre.

—¿Y ahora qué?

—Hemos intentado identificar a los otros dos tipos, pero no tienen antecedentes, será difícil.

—¿Entonces, cuál es el plan?

—Sería bueno encontrar el dinero que el traficante desea. Tu casa ya fue registrada y ahora también la fábrica. ¿Dónde crees que pudo esconderlo tu padre?

—No tengo la menor idea. He estado en el banco y ahí solo hay lo justo.

—No es dinero legal, no lo ingresaría en un banco.

—No lo sé. ¿Tan importante crees que es?

—Piénsalo, ese dinero os pone a tu abuela y a ti en peligro. Recuerda la fotografía que cogieron de tu habitación.

—¡Dios mío! ¡No puedo perder a mi abuela! ¡No puedo perderla!

—Cálmate, Sara. Nada le va a pasar, no lo voy a permitir.

—Ayúdanos, por favor.

—Lo haré y tú debes pensar en dónde pudo esconder el dinero.

Sara levantó la cabeza y miró los ojos negros de Nic. Su brazo todavía la sujetaba por el hombro, ella alzó su mano y acarició su mejilla.

—Gracias por estar aquí, Nic.

—Eh... ¡Camarero! ¡La cuenta! —La soltó rápidamente y comenzó a sacarse la cartera del bolsillo—. Será mejor que te vayas a casa, yo tengo que volver a comisaría.

Ella abrió el bolso para pagar su parte pero él la detuvo

—No te preocupes, yo pago.

—No, lo haremos a medias.

—La próxima vez me invitas tú. —Dejó los billetes sobre una bandejita de madera y salió del local.

Sara se quedó unos minutos más sentada, pensando, con los ojos brillantes, en todo lo que le había dicho el inspector. Era muy difícil aceptar que su padre había traficado con drogas, su ídolo, su modelo de hombre para la vida resultó ser un delincuente. Todos los valores que le había enseñado habían resultado ser mentira para él.

En ese instante su mente voló hacia el rostro de Nicolás. Su voz la tranquilizaba, sus ojos le daban confianza y cada vez que la tocaba se sentía segura, protegida. ¿Qué significaba todo eso? ¿Por qué con todos los problemas que tenía, estaba pensando en el inspector?

Sacudió su cabeza se marchó a la planta baja donde ya la estaría esperando su abuela.



Nicolás llegó a su casa agotado, había pasado la noche en comisaría, pese a que estaba acostumbrado a pasarla fuera cuando su trabajo lo requería, siempre que sucedía su cuerpo protestaba.

Aparcó el coche fuera y cruzó el jardín andando. El inspector vivía en un chalet de dos plantas rodeada de jardines, tenía una barbacoa, piscina y pista de tenis. Estaba situada en una pedanía a unos diez kilómetros de la ciudad.

Vivía con sus padres, su hermana y cuñado y la pequeña Lucía, su sobrina. Pasaba tan poco tiempo en allí que nunca se planteó independizarse y la casa era lo suficientemente grande como para poder tener cierta intimidad. Además, tenían cocinera, jardinero y una chica venía a limpiar tres veces por semana, así que era bastante cómodo para él.

—Buenos tardes, Nic —saludó su madre—. ¿Otra noche fuera?

—He dado alguna cabezada en comisaría.

—¿Has comido?

—Sí, solo necesito acostarme un rato.

Subió las escaleras hasta su habitación y se tumbó sobre la colcha con la ropa puesta. En cuestión de segundos se rindió al sueño.

Su mente viajó por unos ojos verdes empañados por lágrimas, unas manos



suaves acariciaban su rostro, su corazón se aceleró y el deseo se apoderó de su cuerpo. Alzó sus manos para tocarla pero ella gritó y su voz le desgarró el corazón.

Se incorporó de golpe sobre la cama, había tenido una pesadilla con Sara y un mal presentimiento lo hizo ponerse en alerta. Este caso no era sencillo, el asesino no iba a quedarse tan tranquilo, estaba seguro.

Fue al cuarto de baño y se dio una ducha tibia, se colocó ropa limpia y salió de la habitación. Iría a comisaría y volvería a interrogar a Juan, de alguna manera tenía que sacarle el nombre del asesino y del jefe de la organización.

—¿Ya te vas, hermanito?

—Hola Susi. Tengo cosas pendientes en comisaría.

—A ver si vienes para la cena, papá hace siglos que no te ve.

—Si puedo, lo haré, pero no me esperéis.

—Tío, juega conmigo. —Lucía se acercó corriendo mientras alzaba los brazos para que la agarrase.

—Lucía, deja al tío que tiene que ir a trabajar.

Nicolás la levantó en volandas y le hizo pedorretas en la barriga mientras la niña se retorció de risa.

—En otro momento, pequeñaja. —Y la dejó en el suelo. La niña, pronto le llamó algo la atención y echó a correr hacia el jardín.

—Hasta luego, Nic. —Susi le dio un beso sobre la espesa barba recortada que su hermano devolvió.

—Dile a mamá que me tuvo que ir.

—Claro, pero sabes que no le gusta que pases tan poco tiempo con nosotros.

—Dale un beso de mi parte.

Nicolás abrió la puerta y salió cruzando el jardín hasta el Mazda que tenía aparcado fuera. Se subió al tiempo que el móvil comenzó a sonar con una melodía telefónica.

—Dime, Iván.

—Ven, rápido.

—¿Qué pasó?

—Mejor te lo digo aquí.

El mal presentimiento que había tenido hacía una hora cobraba vida. ¿Le habría ocurrido algo a Sara? «Por favor, que no sea Sara», rogó, «que no sea

ella».

En media hora, Iván y Toni lo recibieron al llegar a comisaría. Hacía pocos minutos que habían recibido la noticia y decidieron esperar a Nic antes de actuar.

—¿Y bien? —preguntó el inspector.

—Nuestro único sospechoso se ha suicidado —soltó Toni.

—¿Qué? Eso no es posible.

—Así es. Se ahorcó con la funda de la almohada —corroboró Iván.

—No creo que haya sido suicidio —insistió Nic.

—Estaba solo.

—Alguien entró, estoy seguro.

—Solo los agentes autorizados han tenido contacto con él —declaró Toni —. Es suicidio.

—Quiero ver la celda.

Los tres caminaron a grandes zancadas hasta el lugar donde se suponía había ocurrido el suicidio de Juan.

Nicolás entró mientras que Iván y Toni se quedaron en la puerta observando al inspector. Ambos se miraban como creyendo que Nic estaba desvariando, que se había obsesionado con esa chica y no era objetivo.

Estuvo unos veinticinco minutos revisando cada rincón, buscando una mínima pista que le diera la razón pues sabía que sus compañeros no estaban de acuerdo con él.

—Mirad —dijo de pronto.

—¿Qué has encontrado?

—Una aguja. ¿Por qué hay una aguja aquí?

—Tal vez de cuando lo revisó el médico.

—¿Y el médico le puso una inyección? Toni, ve a averiguar. —Nada más dar la orden el oficial obedeció.

—Nic, estás un poco paranoico.

—Solo soy mal pensado.

Preguntaron a los agentes que vigilaban los pasillos pero ninguno vio a nadie. Tal vez en el cambio de turno... Sí, eso debía de ser, alguien actuaba desde dentro. Tenían a un policía corrupto entre ellos.

Iván y él regresaron a la oficina discutiendo, entraron y encontraron a Lidia haciendo unos informes.

— Lidia, convence a Nic.

—¿De qué? —respondió ella.

—Encontré una aguja en la celda donde murió Juan —explicó Nic.

—¿Y qué piensas que significa? —preguntó Lidia sabiendo que el inspector le daría razones muy válidas pues el tiempo que había trabajado con él había descubierto su competencia y profesionalidad.

—Alguien entró, le inyectó algo para paralizarlo o dormirlo y después lo ahogó con la funda de la almohada, así el forense no encontrará muestras de lucha.

—Pero puede encontrar sustancias en la sangre. Antes de sacar conclusiones, esperemos los resultados de la autopsia —defendió Lidia.

—Ya le dije que está paranoico —insistió Iván.

—Hay muchas sustancias que no se detectan en sangre, verás cómo no encuentran nada, pero algo le hicieron, estoy seguro. No querían que hablara.

Toni se reunió con ellos nada más averiguar lo que su jefe le pidió. No estaba seguro si las noticias que le traía eran buenas o malas y tampoco estaba seguro de las conclusiones a las que llegaría su jefe.

—¿Y bien, Toni? —preguntó Nic en cuanto se acercó a ellos.

—El médico le vio anoche, solo le administró analgésicos y ya no volvió a pasar.

—¿Lo ves? Tengo razón.

—Puede que se le cayera del botiquín cuando fue a verle —dijo Toni.

—Me parece muy improbable.

—Pero puede ser —dijo Lidia.

—Ya veo que ninguno de los tres estáis de acuerdo conmigo.

—No es que estemos en desacuerdo contigo, es que si lo que dices es cierto, hay un policía corrupto en comisaría, un traidor y no puedo creer algo así—comentó Iván un tanto enfadado.

—No es descabellado, se ha oído alguna vez en otras comisarías.

—Nic, por favor, no me gustaría pensar eso —se preocupó Lidia.

—Está bien, dejemos de pelear, pero sí os digo una cosa, estad atentos.

—¿Crees que pasará algo más?

—Esto no se va a quedar así, es lo único que sé con certeza.

## 6

María y Sara estaban empaquetando todas las cosas de sus padres. Habían decidido donarlo a la beneficencia. Ella se quedó con las joyas de su madre y algunos objetos de recuerdo. Además, había aprovechado para buscar el dinero que, según el inspector, su padre había escondido. Por el momento no había tenido suerte, pero tenía la esperanza que con la mudanza apareciera.

Tenían dos posibles casas para mudarse, también eran planta baja para que su abuela no tuviese que subir escaleras, ahora solo les faltaba un comprador para poder trasladarse. Esperaba que no tardase mucho en aparecer pues el día a día en ese lugar, que ya no era su hogar, las estaba ahogando.

—Ya solo queda esta caja —suspiró Sara aliviada de haber acabado.

—Nunca creí que viviría esto —se lamentó María.

Mientras recogía las cosas había llorado una docena de veces. Cada pequeño objeto le recordaba a su hijo. Todavía no podía creer que hubiese perdido a los dos. Al menos le quedaba Sara y ojalá Darío decidiese volver, no sabía nada de él desde hacía años. Cuánto deseaba tenerlo cerca, cuánto deseaba poder abrazarlo y recordar a su otro hijo que tampoco estaba con ella. Dado que las malas noticias viajaban muy rápido, imaginaba que estaría bien.

—Mañana por la mañana, las donaré —anunció Sara interrumpiendo los pensamientos de su abuela.

—¿Vas a coger el coche de tu padre?

—Supongo, lo que hemos hecho hoy ha sido lo más duro.

—Todavía está muy reciente, pero saldremos adelante. No te dejaré sola, mi niña.

—Ni lo pienses siquiera, abuela. Te necesito mucho. —Dio varios pasos hasta la mujer y la abrazó con fuerza.

—Y yo a ti.

—A partir de hoy todo empezará a mejorar.

Un pequeño pitido de su móvil le anunció que había recibido una notificación. Sara se separó de su abuela y fue a mirar. Era un correo electrónico de una de las empresas a las que le había enviado su currículum.

Se apresuró a clicarlo, tan nerviosa estaba que había perdido la precisión

de sus dedos y casi presiona otra cosa.

Al fin lo abrió y leyó detenidamente. La sonrisa fue en aumento con cada palabra. Tenía una entrevista el próximo miércoles. Soltó el teléfono y comenzó a dar saltos.

—Pero Sara ¿qué pasa?

—Tengo una entrevista de trabajo.

—¡Felicidades!

—Todavía no me felicites, aún no lo he conseguido.

—Sé que lo lograrás, tengo mucha fe en ti y además, encenderé muchas velas.

—¡Ay abuela! Cómo eres.

Entre las dos prepararon la comida y se sentaron sin decir nada. Desde la muerte de sus padres, todas las comidas eran silenciosas. Así que solían encender la televisión que siempre coincidía con las noticias. La veían tan solo unos minutos porque no querían ver accidentes ni ningún otro tipo de tragedia.

«Ya se conocen los resultados forenses de la autopsia del único sospechoso por la muerte del matrimonio en su casa, que murió hace unos días en su celda. Todo indica que se trata de un suicidio...»

—¿Has oído eso? —preguntó incrédula la nieta dejando de escuchar la noticia.

—Debió ser culpable y no pudo con la carga.

—No me parece justo. Debía pagar en la cárcel el resto de su vida.

—Ahora Dios lo juzgará.

—Sucedió hace unos días y Nicolás no me avisó. —Sara cogió su móvil de encima de la mesa y se dispuso a llamarlo. Tras cinco tonos, salió el buzón de voz—. Y no me lo coge —bufó.

—Sara, siempre lo estás llamando, déjale trabajar.

—Hace días que no hablo con él y prometió mantenerme al tanto de la investigación, no está cumpliendo.

—Déjale uno de esos mensajes, ya lo verá.

—Ni hablar, voy para allá.

—Eres demasiado impaciente.

Cogió las llaves del coche de su padre y salió volando hacia la comisaría mientras su abuela se quedaba negando con la cabeza. Adoraba a su nieta con todas sus virtudes y defectos.

En cuanto Sara llegó, como ya sabía dónde estaba la oficina de Nicolás, entró sin más. Encontró a los tres compañeros del inspector trabajando en sus respectivos escritorios.

—Buenas tardes, busco a Nicolás.

—Ha ido a hablar con el jefe —contestó Iván—, puedes esperarle si quieres.

—Vale.

—Siéntate aquí —le ofreció Lidia una silla junto a la mesa de Nic.

Sara aceptó y se sentó a esperar. Tras unos minutos de silencio absoluto, en el que ella no sabía ni hacia dónde mirar, Iván tomó la palabra.

—Quizá nosotros podamos ayudarte en algo.

—Bueno yo... Escuché en la tele que se suicidó el sospechoso de la muerte de mis padres —dijo un tanto vacilante pues con quién tenía confianza era con Nicolás.

—Así es, nos hemos quedado como al principio.

—Como al principio no, Iván —intervino Toni—. Al menos tenemos un móvil del asesinato.

—¿Por qué no se me avisó?

—Porque no hay nada nuevo —volvió Iván a tomar la palabra—. Nicolás te dirá cuando tengamos novedades relevantes.

—Pues yo sí lo considero importante.

En ese momento, Nic entró en la oficina dando un portazo y bramando sin darse cuenta de que tenían una invitada.

—¡Maldita sea!

—El jefe no te creyó ¿verdad?

—No, Iván, pero te juro que este caso huele muy mal. —Fue entonces que al dirigirse hacia su escritorio la vio—. Sara...

—Hola, inspector.

—¿Qué haces aquí?

—¿Por qué no me dijiste que el detenido se había suicidado? He tenido que enterarme por las noticias.

—Porque no creo que haya sido un suicidio y he estado trabajando en ello.

Como excusa para no cumplir con su palabra, no estaba nada mal, pensó Sara. Luego cayó en la cuenta de lo que había insinuado.

—¿Crees que le mataron?

—Sí, pero soy el único que lo cree y ni siquiera los resultados forenses se han puesto de mi parte así que...

—¿Crees que lo hizo el mismo que mató a mis padres?

—Deberías irte a casa.

—¡Tengo derecho a saberlo!

—Te entiendo, pero no tengo nada certero que decirte, solo son intuiciones mías.

—Yo confío en ti, ya lo sabes.

Al menos alguien le creía, pensó Nic. Esa chica tenía fe ciega en él, casi estuvo a punto de sonreír, pero no era el momento.

—Te acompaño a la parada del autobús.

—Cogí el coche de mi padre.

—Me alegro mucho. ¿Ves? Todo era cuestión de tiempo.

—Siempre tienes razón. —Y le sonrió.

Nicolás se perdió por un momento en esa sonrisa, después reaccionó desviando la mirada y pasándose la mano por el pelo. ¿Acaso estaba nervioso?, se preguntó.

—Te acompaño al coche, entonces.

Salieron de la oficina con las miradas de sus compañeros tras ellos. Algo estaba pasando con el inspector Nicolás Castillo, pensaron.

Ya estaban en la calle, a punto de separarse cuando un hombre se les acercó.

—Sara —la llamó.

Ella dio media vuelta y le vio. Los ojos se le agrandaron y la boca le dibujó una «O». Hacía tanto tiempo que no sabía nada de él, tanto tiempo sin verle... Llevaba su pelo castaño perfectamente recortado, vestía un traje gris marengo y una camisa blanca sin corbata con algunos botones desabrochados. Sus ojos marrones estaban fijados en ella y sintió cómo se formaba un nudo en su estómago. Al fin estaba aquí.

—Darío —susurró su nombre al tiempo que ambos acortaban la distancia y se fundían en un caluroso abrazo, bajo la atenta mirada del inspector.

—Vaya, vaya, vaya... el primo desaparecido —comentó Nic irónico pues había adivinado quién era con tan solo escuchar su nombre.

Las miradas de los dos se desviaron hacia el inspector y se separaron.

—Darío, este es el inspector Nicolás, lleva el caso de mis padres.

—Espero que esté haciendo un buen trabajo —le dijo al tiempo que le

tendía la mano.

—Yo siempre hago un buen trabajo —contestó estrechándosela—. Te he estado buscando, hace tiempo que quiero hablar contigo. ¿Podría ser ahora?

—Nic, Darío acaba de llegar de no sé dónde. Deja que descanse y que yo hable con él primero.

—No te preocupes, Sara, estoy bien —respondió Darío.

—Pero quiero saber tantas cosas...

—Tranquila, prima. Si el inspector desea hablar, hablaré con él.

—Bien, entremos, pues. —Nic se apartó de la puerta y le indicó que pasara primero.

Sara decidió que ya no se marchaba a casa. Quería saber qué pasaba con su primo, dónde había estado, por qué había tardado tanto en regresar tras los asesinatos y sobre todo, quería saber qué quería el inspector de él. ¿Qué era tan importante que no podía esperar un día o dos?

Ella vio como le hacía cruzar una puerta y fue tras ellos, Nic le puso las manos en los hombros y la frenó.

—¿Adónde crees que vas?

—Con vosotros.

—Espera aquí.

—¿No puedo saber lo que hablarás con él?

—Le voy a interrogar, luego te cuento o te cuenta él.

—¿A interrogar? ¿Acaso es sospechoso? Te has vuelto loco, mi primo no ha hecho nada malo.

—Puede ser, pero necesito respuestas.

—Ni se te ocurra acusar a mi primo.

—Vete a casa.

—Ni hablar, os esperaré aquí.

Nicolás suspiró resignado, razonar con esa mujer era tiempo perdido.

—Haz lo que quieras. —Y se marchó dejándola plantada.



Nicolás lo condujo a la sala de interrogatorios, le dejó allí y llamó a sus compañeros para que le ayudasen. Toni y él entraron mientras que Lidia e Iván permanecieron tras el cristal que daba a la sala.

Nic se quedó de pie un rato estudiando sus gestos sin decir nada. No parecía nervioso, más bien todo lo contrario, su actitud era de calma y suficiencia.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Darío cansado de la actitud del inspector que le miraba fijamente.

—¿Vivías con las víctimas?

—Vivía con mis tíos, sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que mi padre, hermano de mi tío, murió. Nos quedamos en la ruina y mis tíos nos acogieron a mi madre y a mí en su casa.

—¿Os llevabais bien?

—Sí.

—¿Por qué te fuiste?

—Después de unos años, mi madre enfermó de cáncer y murió. Yo me sentí enfadado con todo el mundo, con la vida en general. Empecé a pelear mucho con mis tíos hasta que me largué. Pensaba que me tenían lástima.

—¿Ya no lo piensas?

—En ese entonces, era poco más que un adolescente enfadado, así que no, ya no lo pienso. Fui consciente de ello a los pocos meses de marcharme.

—¿Por qué no volviste?

—¿Qué tienen que ver estas preguntas con el asesinato de mis tíos?

—Todo a su tiempo. Necesito formarme un perfil tuyo.

—Está bien —contestó empezando a desesperarse—. No volví, ni llamé por vergüenza. Me sentía muy mal y me autocastigué con la soledad.

—¿Dónde has estado este último año?

—En Madrid. Desde que me fui solo he estado en Madrid, allí conocía a un amigo que trabajaba en unos grandes almacenes y me consiguió trabajo.

—¿Cuándo te enteraste de los asesinatos?

—Al día siguiente de producirse, lo vi en televisión.

—Hace más de un mes de eso, ¿por qué has tardado tanto en ver a tu familia?

—Por lo mismo de antes, vergüenza. Pensaba que me echarían en cuanto me vieran por no haber dado señales de vida.

—Pero al final decidiste volver.

—Sí, tenía que hacerlo. Se lo debía.

—Tu prima te ha recibido con cariño, no me pareció que te guardara rencor.

—Sí, ha sido una alegría para mí. Espero que mi abuela también lo haga.

—¿Dónde estabas el día de los asesinatos?

—Celebraba las fiestas navideñas con la familia de mi amigo. Como sabe que estoy solo cada año me acoge en su casa. —Sabiendo por donde iban las preguntas del inspector, añadió—: Había al menos quince personas que pueden corroborarlo.

—Está bien, tomaremos nota de los nombres y lo comprobaremos. —Nic, miró a Iván—. ¿Quieres preguntarle algo más?

—No, ya lo has dicho todo.

—Vale, en cuanto le digas a mi compañero los nombres de los testigos, te puedes ir —le dijo Nic a Darío.

—Muchas gracias, inspector —contestó irónico.

Cuando salieron se encontraron con una Sara, impaciente y con los nervios a flor de piel, que caminaba de un lado a otro. Se retorció las manos y se mordía el labio.

—Sara, ya estoy aquí —anunció el primo.

Ella corrió hacia él y volvió a abrazarle. Después lo soltó y depositó su mirada en Nic, que se encontraba detrás de Darío y no les quitaba los ojos de encima.

—Nic ¿está todo bien con mi primo?

—Sí, puedes llevártelo a casa.

Sara dejó a un lado a su primo, se acercó a Nicolás y le sonrió ampliamente.

—Gracias, inspector.

—De nada, Sara, solo hago mi trabajo —explicó sin poder quitar los ojos de sus labios alegres.

—Lo sé, lamento haber dudado antes. Sé que haces todo lo posible por

resolver el caso y que era tu obligación interrogar a Darío.

—Y no olvides que yo siempre cojo al asesino.

Sin previo aviso, ella se lanzó sobre él y le dio un beso en la mejilla, cubierta por su corta barba. Luego, se dio media vuelta y fue hacia su primo. Lo tomó del brazo y se dispuso a marcharse, pero antes giró su cabeza para decirle:

—Mantenme informada, inspector. —La sonrisa iluminó todo su rostro.

Decir que Nicolás se quedó embobado era decir poco. La sonrisa de Sara le había parecido preciosa, sentir sus labios frescos en la mejilla le había dejado medio tonto y la forma en la que le llamaba inspector remataba el hecho de que su relación con la chica no era lo habitual en él. Lejos de molestarle, le gustaba, quizá más de lo aconsejable en estos casos.

Fuera de comisaría, Sara condujo a su primo hasta el coche de su padre, un Seat Ibiza azul marino, para llevarle a casa. Darío le había contado que acababa de llegar de Madrid en tren y que había ido directo a la policía para enterarse bien de lo ocurrido.

Se subieron al coche y se dirigieron hacia la planta baja donde había vivido desde siempre. Durante el camino, Darío le contó por qué se había marchado de casa, su enfado con la vida y su posterior arrepentimiento pero que no pudo volver porque se sentía avergonzado de su comportamiento. Le pidió perdón por lo mal que lo había hecho y por haber tardado tanto en volver tras la muerte de sus tíos.

Sara se sintió emocionada al escuchar sus palabras, para ella Darío había sido como un hermano mayor y le afligía lo mal que lo había pasado y entendía que no se hubiera atrevido a volver antes. Pero ahora ya estaba allí, a su lado y eso la hacía muy feliz.

Aparcó a dos calles de la planta baja y juntos entraron en la casa. El olor a hogar inundó las fosas nasales de Darío y recordó cuánto lo había echado de menos. Cómo lamentaba no haber vuelto antes, cuando sus tíos todavía vivían. Poder darles las gracias por haberle acogido y haberse preocupado por él y también pedirles perdón por la forma en la que se marchó.

—¡Abuela! Traigo una sorpresa —exclamó risueña.

—Has tardado mucho, Sara —contestó saliendo de la cocina. De inmediato vio a Darío y sus ojos se volvieron acuosos por la emoción—. Hijo, hijo mío...

El nieto perdido acortó la distancia que lo separaba de su abuela y la estrechó entre sus brazos. Durante largos minutos permanecieron así. Darío extrañaba ese calor familiar, el cariño y el amor que sentía en ese abrazo.

Una vez repuestos de la sorpresa, se sentaron a la mesa, que María ya tenía preparada.

Se pusieron al día mientras cenaban. Darío fue consciente de la escasez en la que vivían su prima y su abuela, la única familia que le quedaba. Cada minuto que pasaba se arrepentía más de no haber regresado antes o haber llamado, por lo menos. También se fijó en las cajas apiladas a lo largo del pasillo y ya no pudo dejar de preguntar.

—¿Os mudáis?

—Sí, no podemos entrar en el salón desde lo ocurrido. Es mejor que no vivamos aquí —le respondió Sara.

—Entiendo. ¿Aún no habéis encontrado casa?

—Tenemos dos vistas, pero hasta que no vendamos esta no podemos comprarla.

—Os ayudaré.

—No te preocupes, estamos bien.

Darío supo que mentía, su sonrisa no llegaba hasta sus ojos que se veían tristes y apagados.

—Si me dejáis, me quedaré con vosotras, quiero cuidaros, compensar de algún modo todo lo que tus padres hicieron por mí y el tiempo que he estado fuera.

—Por supuesto que queremos que te quedes ¿verdad, abuela?

—Sí, hijo, no te vayas más, nunca más.

—Pero solo si tú quieres —continuó Sara—, no tienes que sentirte obligado porque una vez mis padres te ayudaron. No hay nada que compensar.

—No me siento obligado, ha sido una forma de decirlo. De verdad que deseo quedarme y ayudaros con los gastos.

—No sufras por eso, Darío —insistió Sara.

—No se hable más —sentenció la abuela.

—Te ha ido bien por Madrid, traes muy buena pinta —soltó ella acariciando la solapa de su traje.

—No me ha ido mal. Empecé a trabajar en unos grandes almacenes, año tras año escalé puestos hasta llegar a subdirector.

—¡Eso es fantástico!

—Antes de irme pedí mi traslado a esta zona, espero que me lo den pronto.

—Así que ya tenías intención de quedarte.

—Sí. Os he echado muchísimo de menos.

—Y nosotras a ti.

—No vuelvas a marcharte —suplicó María.

—Tranquila, abuela. Pienso quedarme para siempre.

María sonrió aliviada y feliz. Había perdido a sus hijos pero había recuperado a su nieto y eso no tenía precio. Miró a Sara y a Darío pensando que tenía junto a ella un trocito de los que ya no estaban.

Salía encantada tras su entrevista de trabajo. Le había ido muy bien, tuvo la sensación de que le había caído en gracia a su posible jefe, un hombre de unos cuarenta años con un poco de sobrepeso y una mirada clara. Le había prometido que si trabaja con él aprendería mucho y adquiriría experiencia. Esas palabras sonaban bien aunque no prometían un gran sueldo, pero lo importante era trabajar.

La empresa se encontraba en un polígono industrial situado a tres kilómetros de la ciudad.

Caminó hacia el coche que tenía aparcado en la esquina de atrás, ya que era hora laboral y estaba todo ocupado cuando llegó.

En cuanto estuvo al lado, sacó las llaves del bolso y antes de poder abrir la puerta, una mano ruda y áspera le tapó la boca impidiéndole gritar. Manoteó sin cesar pero alguien más le colocó una venda en los ojos y a rastras la metieron en un furgón. Allí, entre los dos tipos la ataron y amordazaron. Todavía la sujetaba con fuerza uno de ellos cuando el vehículo arrancó y salió a gran velocidad sin que ella pudiese hacer nada para impedirlo.

Sara se retorció y forcejeaba tratando de escapar de aquellas manos, entonces la soltaron dejándola caer en un rincón del furgón donde se golpeó la cabeza.

Trató de sujetarse a algo pues los bandazos del vehículo la hacían rodar de un lado a otro, pero al tener las manos atadas era una tarea muy difícil. Las rudas manos volvieron a sujetarla por el codo, la sentaron de forma brusca y al menos dejó de rodar. Podría haberle dado las gracias si no fuera porque estaba allí en contra de su voluntad.

Mientras estaba sentada a la espera de ver a dónde la llevaban, el pánico que sintió desde que la capturaron empezó a no dejarla respirar, no entendía lo que le estaba pasando, la estaban secuestrando pero para qué. ¿Acaso la violarían o la matarían? ¿Quizá ambas cosas? Dios mío ¿qué iban a hacer con ella? Solo esperaba que no fuera muy doloroso o que acabasen pronto con su vida.

¡Oh! Su querida abuela se moriría de dolor si la perdía. No, no se dejaría,

lucharía por sobrevivir, sería fuerte y aguantaría cualquier cosa que le hiciesen.

Las lágrimas escapaban de la venda que cubría sus ojos y resbalaban por sus mejillas blancas y frías como la porcelana.

El viaje duró lo que le parecieron horas, pero no sabía cuánto tiempo había transcurrido con exactitud. La cogieron por un brazo y la bajaron sin miramientos. El olor a sierra llegó hasta su olfato, el aire fresco rozó su piel con suavidad indicándole que ya no estaban en la ciudad.

Dos hombres la agarraban uno de cada brazo tirando de ella con brusquedad, sintió la tierra bajo sus pies y también piedras gruesas. No cabía duda de dónde se encontraba, muy posiblemente, en medio de la nada.

La hicieron entrar en un lugar húmedo y frío donde, al fin, dejaron de empujarla.

Una vez allí escuchó los pasos de una tercera persona. No le quitaron la venda de los ojos pero sí la mordaza.

—¡Soltadme! —comenzó a gritar—. ¡Socorro! ¡Qué alguien me ayude!

—No pierdas el tiempo gritando, aquí nadie va a oírte.

Sara intentó calmarse porque entrar más en pánico no la ayudaría.

—¿Qué vais a hacer conmigo?

—La pregunta correcta sería ¿qué queremos de ti?

—¿Quién eres?

—Soy el hombre que tu padre quiso engañar y pagó por ello.

—¿Tú los mataste? —Lejos de sentir miedo, sintió rabia y coraje—. ¡Animal! ¡Desalmado!

Sara, tras decir esas palabras, recibió un puñetazo en la mandíbula que no esperaba para nada, hizo que su pie se doblara y cayera de costado golpeándose la cadera.

—¡Ah! —se lamentó y empezó a sollozar.

Al llevar las manos atadas no podía levantarse y lo hizo uno de sus captores tomándola del brazo y dándole un impulso tan fuerte que casi se lo desencaja. Ella trató de aguantar estoicamente.

—No vuelvas a hablarme de esa forma. —Sara no contestó y el que estaba al mando continuó hablando—. Ahora te diré qué es lo que quiero, el dinero que tu padre me robó.

—No sé nada de ningún dinero —consiguió contestar.

—No te creo.

—De verdad, te lo juro. Te lo entregaría si supiese dónde está.

—Está bien, te daré el beneficio de la duda. Te doy una semana para que me lo entregues.

—Esto no puede ser real —musitó.

—Por supuesto que lo es. Le pagué a tu padre por adelantado para que me hiciera unos cuantos trabajos pero solo hizo dos y ¿sabes qué es lo que más me sorprendió?

—¿Qué? —preguntó con miedo a saber qué le diría aquel psicópata.

—Que se quedó con todo el dinero y se negó a devolverlo cuando se lo pedí.

—No puede ser.

—Si dejarme tirado tiene un precio, robarme tiene uno mayor, la vida. Así que te aconsejo que no me hagas lo mismo.

—Lo buscaré, te prometo que lo buscaré —contestó apresuradamente.

—Eso espero, no quisiera que tu abuela sufriera las consecuencias.

—¡No toques a mi abuela!

—De ti depende. Ah, y ni se te ocurra contarle a la policía.

—No, claro que no.

—Sé que te llevas muy bien con cierto inspector, no le hables de esta reunión ¿está claro?

—Sí, pero no le hagas nada a mi abuela, ella no le ha hecho daño a nadie.

—Mis chicos se pondrán en contacto contigo. —Se dirigió después a sus hombres—: Vámonos.

Escuchó como se marchaban en la furgoneta, dejándola en aquel lugar perdido donde nadie la podía oír, con los ojos vendados y las manos atadas.

Cayó de rodillas y lloró sin poder de forma desconsolada, se había contenido durante todo el tiempo y ya no pudo más. Necesitaba desahogar la presión y el estrés.

Pasado un rato, logró calmarse y fue consciente de que tenía que salir de ese lugar por sus propios medios, nadie sabía dónde estaba, nadie la iba a encontrar si no hacía algo.

Respiró hondo e intentó aclarar la mente. Su bolso, todavía lo llevaba cruzado, ahí llevaba el móvil, tenía que llamar a Nic, él la ayudaría, la rescataría.

Se sentó y pasó sus manos atadas a la espalda por debajo de las piernas para colocarlas delante. Después, se llevó las manos a la venda que le



impedía ver y se la quitó. Achicó sus ojos para adaptarlos a la luz y descubrió que estaba en la habitación de una casa en ruinas que ni siquiera tenía un techo completo y las paredes estaban medio caídas.

Hurgó en su bolso y sacó su teléfono móvil y sin pensar que estaba llamando a la policía, pulsó el nombre de Nicolás.

—Hola, Sara —contestó el inspector alegre al tercer tono.

—Nic —sollozó.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasó? —Nic se levantó de su escritorio y se puso en alerta al escuchar la voz temblorosa al otro lado de la línea.

—Nic ¿puedes venir a buscarme? —le pidió con la voz rota.

—Claro que sí, dime dónde estás.

—No lo sé. —Y rompió a llorar sin poder evitarlo.

—Tranquilízate y mira a tu alrededor.

Ella salió cojeando de la casa y vio que se encontraba en una sierra y que no había nada a su alrededor más que piedras.

—Estoy en la sierra. —La cobertura se iba por momentos y le aterró que no pudiera alcanzar a decirle dónde se encontraba.

—¿Cómo has llegado hasta ahí? Espera, mándame tu ubicación.

—Vale.

Sara entró en Whatsapp y pulsó la ubicación, el círculo que indicaba que estaba cargando daba vueltas y vueltas y no se enviaba. «Por favor, por favor», rogó en silencio. Pasado un minuto eterno, logró enviarse y ella soltó la respiración que había contenido todo el tiempo.

—Ya lo tengo, no te muevas de donde estás —le ordenó Nic.

—No tardes, por favor.

—Intenta estar tranquila.

—Gracias, Nic.

Colgó y se fijó en la ubicación que le había enviado Sara. Un lugar en la sierra a la que solo se accedía mediante un camino de tierra. Según Google Maps estaba a quince kilómetros de distancia. Iba a tardar demasiado en llegar, solo esperaba que Sara estuviese bien. No entendía qué le había pasado y cómo había llegado hasta allí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Iván al ver que su compañero se marchaba.

—Le pasó algo a Sara, voy a ver.

—Te acompaño.

—Mejor voy solo.

—Puedes necesitarme.

—Tienes trabajo, mejor que me acompañe Toni. —El aludido cogió sus cosas sin perder tiempo.

Iván hubiese preferido ir él, la historia con esa chica le preocupaba, eran amigos desde la adolescencia y siempre se habían protegido el uno al otro. Nic era capaz de dejar cualquier cosa que estuviese haciendo por ella y eso le inquietaba.

Sara se sentó en el escalón de la entrada a la casa y mordió las cuerdas queriendo soltarse pero sin éxito, solo consiguió raspase las muñecas. Suspiró y miró al horizonte esperando ver a Nic de un momento a otro.

De pronto, se dio cuenta de que haberle llamado significaba que había avisado a la policía. Dios mío ¿cómo había sido tan estúpida? Si se enteraban matarían a su abuela.

Nicolás esperaba una explicación y por lo poco que lo conocía no se conformaría sin que le contase lo ocurrido, insistiría hasta saber la verdad. No le quedaba de otra que explicarle a medias y esperaba que la creyera, era lo único que se le ocurría en ese momento.

Los minutos no pasaban en aquella espera infinita. Volvió a revivir sin querer todo lo que le había sucedido desde que saliera de la entrevista de trabajo. La voz de ese hombre hacía eco en su mente y la imagen de su abuela pasó fugazmente. Las lágrimas volvieron a hacerse presentes.

El sonido de un coche acercándose, la hizo ponerse en pie. Se secó la cara con las manos manchadas de tierra y miró hacia el camino que estaba varios metros más allá.

El Mazda rojo paró delante de la casa, la puerta se abrió y Nicolás salió de él. Fue hacia ella hasta que advirtió el estado en el que se encontraba y se paralizó por un instante, después echó a correr hasta alcanzarla.

Toni, fue tras él quedándose a cierta distancia.

## 9

Nicolás llegó hasta ella y se paró a pocos centímetros. Observó sus manos atadas, la tierra que cubría su ropa y su cara. Una herida en su labio inferior, un moretón en la parte derecha de la mandíbula y también un chichón al lado de la sien.

—¿Qué es lo que te ha pasado? —preguntó mientras tomaba sus manos y deshacía los nudos.

—Me cogieron y me trajeron aquí —sollozó.

—¿Quiénes?

—No lo sé, me taparon los ojos con una venda, nunca les vi.

—¿Te han... hecho algo?

Una vez las manos de Sara quedaron libres, se abalanzó sobre Nic y le rodeó con los brazos. Después lloró sobre su hombro descargando todo el miedo que había pasado. Ahora ya se sentía segura.

—Nic.

—¿Qué te han hecho esos desgraciados? ¡Cuéntamelo!

—No puedo.

—Los atraparé y se arrepentirán.

—No, Nic —dijo mientras seguía sollozando.

—Te llevaré al hospital.

—No —negó separándose un poco de él—, no quiero que mi abuela se entere. Estoy bien.

—Es evidente que no lo estás.

—Me han asustado, nada más. De verdad. Llévame a casa.

Nicolás estudió sus ojos verdes sabiendo que no estaban siendo sinceros del todo. No obstante, no la presionaría ahora, estaba demasiado aterrada.

Miró hacia atrás y le ordenó a Toni que llamara al equipo científico. Había que tomar fotos y buscar pistas que les llevaran a quienes habían atacado a Sara.

—Quédate a esperar al equipo, yo la llevaré a casa.

—Bien, Nic —respondió el oficial.

—¿Va a venir la policía? —preguntó asustada.

—Averiguaremos quién te ha hecho esto.

—¡No! Que no vengan.

—¿Te han amenazado?

—Nic, estoy bien. Déjalo así.

—Ni hablar. —La tomó por los hombros y la miró a los ojos, estaba aterrada—. Es evidente que te han amenazado, pero no tienes que preocuparte, seremos discretos, no se enterarán.

—No sé...

—Estamos acostumbrados a este tipo de situaciones, sabemos lo que hacemos, no te preocupes. —Miró a Toni y este asintió con la cabeza sabiendo lo que debía hacer, después su mirada regresó a Sara—. Vamos, ve delante de mí —le ordenó.

—Vale, sabes que confío en ti más que en nadie.

Nic apartó la mirada sin acostumbrarse a que le dijese esas cosas. Al ir hacia el coche se fijó que cojeaba, entonces, se puso a su altura y la tomó del brazo para ayudarla.

—¡Esos hijos de su madre te han pegado! Cuando los atrape pagarán por lo que te han hecho.

Sara no contestó, no quería hablar más de la cuenta. La policía ya estaba allí y harían una investigación. Aun confiando en Nic, tenía miedo por su abuela, demasiado miedo.

Siguió andando hasta el Mazda, Nicolás la ayudó a subir y se agachó para ponerle el cinturón pasando su rostro a escasos centímetros de ella. Sin querer el corazón se le aceleró y la respiración se le cortó por un instante.

Condujo con cuidado para no zarandearla. Intentó sacarle información pero no consiguió que dijera una palabra, así que hicieron el resto de camino en silencio hasta llegar a su destino.

Una vez aparcado el coche, Nicolás la miró y descubrió que se había dormido, seguramente el estrés y el cansancio por lo sucedido habían acabado con ella. Se quedó por unos segundos observándola, ver las heridas de su cara le hizo hervir la sangre. Tenía que conseguir que Sara hablara y haría pagar al responsable, vaya si lo haría.

—Ya hemos llegado —anunció en voz más alta de lo habitual para despertarla, pero ella ni se inmutó. Levantó la mano, la posó sobre su hombro y la sacudió de forma suave—. Hemos llegado, Sara.

Ella abrió los ojos despacio, dándose cuenta de que se había dormido delante de él, se sintió avergonzada.

—Lo siento, me dormí.

—No te preocupes, es normal. Debes de estar muy cansada.

—¿Dónde estamos? —preguntó al no reconocer el lugar en el que se hallaban.

—En mi casa.

—Nic te dije que me llevaras a la mía.

—Dijiste que no querías que tu abuela se preocupara, si te ve así ¿qué crees que pensará?

—Ah, tienes razón.

—Como tampoco querías que te llevara a un hospital, pensé que en mi casa podrías lavarte y curarte las heridas.

—Gracias, Nic. Tienes un gran corazón.

Otra vez volvió a sentirse incómodo con las palabras de Sara, no creía merecer tantos halagos como ella le dedicaba. Además, él no tenía un gran corazón, él era un policía duro, curtido por las atrocidades que había tenido que vivir en su profesión... al menos así había sido hasta ahora.

—Eh... vamos.

Dejó el coche fuera, como era su costumbre, pues le resultaba más cómodo para salir, entró por la puerta peatonal y cruzaron el jardín uno al lado del otro. Llegaron hasta la puerta principal.

—Guau, menuda casa tienes.

—Es de mis padres. También vive mi hermana, mi cuñado y mi sobrina. La casa es bastante grande y yo paso muy poco tiempo aquí. —Una vez acabada la explicación, abrió la puerta y la invitó a entrar primero.

—Oh no. —Se negó a pasar.

—¿Por qué no?

—¿Has visto la pinta que llevo? No pienso conocer a tu familia así.

Nicolás no pudo evitar reír. Después de todo lo que había pasado, esa chica se preocupaba de su aspecto.

—Vamos, Sara, no vas a conocer a tus suegros ni nada de eso —bromeó.

Ella alzó las cejas y le clavó la mirada. Estaba seria, era evidente que no había entendido la broma, pensó él. ¿Por qué había dicho esa estupidez?, se recriminó. Últimamente hacía cosas que no había hecho nunca y decir estupideces no era nada habitual en él.

—Claro —contestó ella al fin.

Entraron al salón, a Sara le llegó el olor a comida recién hecha, el calor del hogar era palpable en el ambiente. Observó entonces la estancia, pudo apreciar una mesa grande de comedor a la izquierda junto a una vitrina clásica, paseó la vista hacia el otro lado donde se encontraba un gran televisor, una mesita y un gran sofá donde descubrió a dos mujeres sentadas,

—Hola Nic —saludó la mujer de más edad.

—Vaya, mi hermanito llegando temprano —comentó la otra chica.

—Yo me conformo con que llegue —replicó la mujer.

—Lo siento, mamá. Sé que paso poco por casa.

Después de los saludos, las miradas de las dos mujeres se depositaron en la chica que acompañaba a Nicolás.

—Hola, bienvenida —le dijo la madre de Nic acercándose a ella.

—Os presento a Sara —anunció él, después se dirigió a ella—: Esta es mi madre, Asunción y mi hermana, Susi.

—Encantada —las saludó Sara avergonzada por su aspecto, era consciente de que estaba hecha un desastre.

Asunción se fijó más en la chica y vio que estaba herida y que llevaba la ropa llena de tierra. Se preocupó al instante.

—¿Qué te ha pasado?

—Me... me caí.

—No quería ir al hospital, así que la traje aquí para que se lavara un poco.

—Susi, préstale algo de ropa —pidió Asunción a su hija.

—Voy.

—No, no. No hace falta, no se moleste —reclamó Sara.

—Primero, no me llames de usted y segundo, no es ninguna molestia.

—Sara —intervino Nic— debes saber que nunca se discute con mi madre.

—Así es —corroboró la aludida—. Mi hijo ya me conoce.

Sara agachó la cabeza y prefirió no mirar a nadie.

—Sígueme, te llevaré al cuarto de baño. —Nic la tomó por el brazo para acompañarla.

—El botiquín está en el de arriba.

—Gracias, mamá —contestó él dirigiéndose hacia las escaleras.

Una vez arriba, giraron a la izquierda y caminaron por un pasillo. Pasaron dos puertas y en la tercera se pararon.

—Aquí es. Pasa.

Al entrar un aroma a limpio y fresco la hizo relajarse un poco. Observó el lugar, era bastante amplio, había una bañera redonda que más bien parecía una piscina. Tenía dos lavabos juntos unidos por una piedra de mármol color hueso. Había un armario de espejo donde imaginó que guardaban toallas y esas cosas. Los azulejos de tonos marrones y crema le daban un toque elegante que le gustó mucho.

—Es más grande que mi casa.

Nic rio ante aquel comentario. Siempre había vivido allí y nunca le había dado importancia pero sabía que la casa de sus padres podía impresionar un poco a alguien como Sara.

—Anda, lávate la cara primero.

Ella así lo hizo, mientras, Nic cogió una banqueta que estaba a un lado y cuando Sara acabó, la ayudó a sentarse. Luego, abrió el armario y sacó el botiquín. La tomó por la barbilla e inspeccionó el golpe.

—Deja, yo puedo curarme —indicó ella apartándole la mano.

—Está bastante feo, mañana lo tendrás muy morado.

Ignorando su comentario, Nic cogió del botiquín una pomada y fue a ponérsela.

—Ya te dije que...

—No seas niña y estate quieta.

Ella resopló y se dejó hacer. El inspector pasó con suavidad los dedos por la cara de Sara haciéndola estremecer sin saber por qué. Siguió durante un minuto más, Sara pudo escuchar el latido de su corazón golpeando con fuerza su pecho. Entonces, no aguantó más, su cercanía la estaba poniendo en extremo nerviosa.

—Ya está bien, Nic.

Él paró al instante.

—Solo quería extenderla bien. El corte del labio, se te pasará solo, procura no humedecértelo.

—Vale.

Ahora cogió sus manos y observó las raspaduras de sus muñecas. Sara había tratado de soltarse, pensó Nic.

—Habrá que poner un poco de yodo aquí.

Sara tragó saliva, las manos cálidas del inspector sumado a su delicadeza y preocupación, la hacían sentir un hormigueo que nacía en su estómago y se expandía por todo el cuerpo. Esto ya no eran solo nervios, pensó ella turbada.

Suspiró resignada porque sabía que no la dejaría hasta haber curado todas sus heridas, así que dejó que hiciese lo que quisiera.

Una vez acabó de curarle las muñecas, Nic siguió con sus atenciones.

—Sácate el zapato.

—¿Para qué?

—Tienes una torcedura, encontré una tobillera, te la pondré.

—No hace falta.

—Obedece.

Sara bajó la cremallera de su botín y se lo sacó, a continuación, también se quitó el calcetín.

Antes de ponerle la tobillera, le puso pomada en el pie. Lo acarició con delicadeza y ella volvió a sentir ese hormigueo en su cuerpo que era más intenso que el propio dolor del pie.

—Llévalo varios días, quítatelo solo para dormir.

—De inspector a doctor —ironizó sin querer a lo que él sonrió.

—No sabía que fueras tan mala paciente.

—Lo siento, gracias por todo.

Asunción subió hasta el cuarto de baño con la ropa de su hija en la mano. La puerta estaba abierta pero sintió que interrumpía al verles tan cerca el uno del otro. Como ni cuenta se dieron que estaba ahí, dio dos golpes a la puerta. Ambos voltearon la cabeza.

—Te dejo esto para que te cambies y te sientas más cómoda —indicó enseñándole lo que portaba en sus manos.

—Muchas gracias —le contestó ella.

Nic fue hasta su madre y cogió la ropa para entregársela a Sara. Asunción sonrió y se dispuso a marcharse, ya estaba fuera cuando una frase de su hijo, la hizo pararse.

—¿Me vas a contar ahora lo que te pasó?

—Esos hombres me cogieron y me asustaron, nada más.

—¿No te... tocaron?

—No, Nic, eso no.

—Entonces ¿qué querían? ¿Quiénes eran?

—No lo sé, no lo sé. —Y rompió a llorar.

Asunción decidió irse en ese momento. El tema era bastante delicado y confiaba en que su hijo sabría resolverlo. Ya tendría tiempo de preguntarle cuando estuviesen a solas.



—Tranquila, Sara, no llores —intentó consolarla. Se acuclilló frente a ella y le apartó el pelo de la cara—. Tendrás que lavarte la cara otra vez.

Al sentir la caricia, se lanzó a sus brazos y siguió llorando en su hombro. Nicolás pudo sentir cómo lo apretaba fuertemente contra ella. Estaba demasiado nerviosa y asustada, no le contaría nada. Esperaba que su equipo hubiese encontrado alguna pista en el lugar del secuestro.

—Perdona, Nic. Es que... —dijo separándose de él.

—No te preocupes. —Se puso de pie—. Ahora cámbiate y comeremos algo.

Asintió con la cabeza y vio cómo Nic salía del cuarto de baño y cerraba la puerta. Se quitó la ropa sucia, se miró el moretón que tenía en la cadera y se puso de esa pomada que había sacado él del botiquín. Después se vistió con la ropa limpia.

# 10

En cuanto abrió la puerta, lo encontró apoyado en la pared del pasillo mirando el móvil. Iba un tanto despeinado, su barba estaba un poco más crecida de lo habitual y sus labios formaban muecas mientras leía los mensajes, le pareció tremendamente sexy. Sonrió y de inmediato la borró de su rostro para que él no se diera cuenta.

—¿Ya estás lista?

—Sí.

—Vayamos a comer, Juanita es una cocinera estupenda, te va a encantar.

—No tengo mucha hambre.

—Aunque sea un poco, debes comer.

—Sigues en plan doctor.

Sin contestarle, la tomó de la mano y la arrastró hasta la cocina donde Juanita estaba haciendo café antes de irse, por si a alguien le apetecía más tarde.

La cocinera de cincuenta y ocho años, lleva más de veinte trabajando para la familia, conocía a Nicolás y a Susi casi desde su nacimiento. El cariño que se profesaban era palpable en cada palabra que se decían y en el trato que se daban.

Nicolás fue hasta la mujer y la sorprendió por detrás. Le dio un beso en la mejilla como saludo.

—¡Oh, Nicolás! —exclamó dándose la vuelta.

—Buenas tardes, esta es Sara —se la presentó.

—Mucho gusto.

—Lo mismo digo.

—¿Quedó algo de la comida? —preguntó él.

—Claro, yo siempre hago lo suficiente por si vienes.

—Esa es mi Juanita. —Y volvió a darle otro beso.

—Eres un zalamero.

Tanto Nic como Sara ayudaron a Juanita a preparar la mesa. Cuando todo estuvo listo se sentaron, Juanita se despidió y se marchó a su casa, que no estaba muy lejos de ahí, no volvería hasta la hora de preparar la cena.

A Sara le dio hambre solo de oler el estofado de pollo que tenía delante. Llenó una cucharada y se la metió en la boca, estaba delicioso.

—Tenías razón, Juanita es una gran cocinera.

—Por supuesto, nunca miento.

Comieron bastante rápido, al parecer sí tenían hambre y no habían sido conscientes hasta que tuvieron el plato delante.

Una vez acabaron con el estofado, ambos comenzaron a recoger todo, si Juanita llegaba y encontraba la cocina desordenada, se llevarían una buena regañina.

Ya estaban acabando de limpiar cuando el teléfono de Sara sonó. Se secó las manos con el paño y lo cogió, al mirar la pantalla pudo leer el nombre de su primo

—¡Dios mío!

—¿Qué ocurre?

—No llamé a casa, deben estar preocupados.

Sintiendo una culpa tremenda, descolgó.

—Dime, Darío.

—¿Estás bien? Tu abuela y yo estábamos preocupados.

—Sí, estoy bien. Quedaos tranquilos.

—Podrías haber llamado, son las cinco de la tarde.

—Tenía la cabeza en otra parte, lo siento mucho. Dile a la abuela que no se ponga nerviosa.

—¿Dónde estás? ¿Necesitas que vaya a buscarte?

—No, estoy con Nic.

—¿Qué Nic?

—El inspector.

—¿Pasó algo?

—No, quédate tranquilo. En un rato estaré en casa.

Hubo unos segundos de silencio y Darío tomó la palabra.

—¿El inspector y tú eráis amigos?

—Sí, bueno no. Es decir, no nos conocíamos antes pero ahora sí.

Nicolás solo podía escuchar las respuestas de ella que le indicaban ahora mismo que él era el tema de conversación. Le dio coraje que tuviera que darle tantas explicaciones precisamente a su primo que se había esfumado por años sin una sola llamada de teléfono.

—Ya entiendo, os he interrumpido —comentó enfadado.

—No has interrumpido nada. Ha sido culpa mía por no avisaros.

—Seguro que os he pillado en juegos de cama, qué tonto soy.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¡Te has pasado de la raya!

—Llevas horas desaparecida ¿qué quieres que piense?

—¡No estoy en la cama con Nic! Y si lo estuviera, no sería asunto tuyo.

Nicolás se atragantó con su propia saliva al escuchar la réplica de Sara. Aquello se estaba saliendo de madre y Sara tenía razón, no le debía ninguna explicación, ella podía hacer lo que le diese la gana.

—Está bien, lo siento —se disculpó Darío.

—Dile a la abuela que no se preocupe. —Dichas esas palabras guardó el móvil. No entendía porque su primo se había puesto de esa manera. En cuanto estuviese en casa, le pediría una explicación, no tenía ningún derecho a hablarle así.

—Oye... —empezó diciendo Nic— ¿tienes algo con tu primo?

—Otro que tal. ¿Qué os pasa a los tíos? ¿No pensáis en otra cosa?

—Solo un novio celoso te habría hecho esas recriminaciones.

—Así que estás en plan policía. Mi primo es como un hermano para mí, he crecido con él, no puedo verle de otra forma y estoy segura de que él tampoco.

—De eso último no estoy tan seguro.

—¡Venga ya!

—¿Nunca has oído ese dicho que dice «cuánto más primo, más te la arrimo»?

—¡Qué asqueroso eres! Todos los hombres sois iguales.

—Venga, no te enfades. —Nic le dedicó una de sus mejores sonrisas, enseñando sus perlados dientes y ella no tuvo más remedio que claudicar.

—Vale. —Dio un largo suspiro y añadió—: ¿Me llevas a casa?

—Habría que ir a comisaría para poner una denuncia.

—Creí que ya lo habías olvidado.

—¿Cómo voy a olvidarlo si cada vez que te miro veo las heridas en tu cara?

—No voy a denunciar nada.

—Escúchame, Sara. —Colocó las manos en sus hombros y acercó su rostro al de ella—. Entiendo que estés asustada. Me doy cuenta de que te han amenazado para que no hables con la policía pero estoy acostumbrado a este tipo de casos. Sé cómo ocuparme sin que se den cuenta.

—No sé.

—Varias veces has dicho que confías en mí, hazlo ahora.

—Pero si pongo una denuncia...

—Lo haremos tú y yo, como mucho pediré la ayuda de Toni, Lidia o Iván. Confío plenamente en ellos, sabemos ser discretos en estos casos.

—No sé... —seguía dudando ella.

—Si dejas que te amenacen o te chantajeen, nunca acabaré. Te lo digo por experiencia.

Nicolás tenía razón, pensó ella. Además, eran los asesinos de sus padres ¿iba a dejarlos que se salieran con la suya? ¿Qué no pagaran por lo que hicieron? Es cierto que estaba en juego la vida de su abuela pero... con esos asesinos sueltos, su seguridad nunca estaría garantizada de todos modos.

—De acuerdo, Nic.

—Acompáñame.

—¿A dónde?

—A mi habitación, allí podrás contarme todo lo que pasó.

Sara le siguió por las escaleras y continuó tras él por el pasillo hasta llegar a una de las puertas. Nicolás la abrió y le cedió el paso.

Ella entró en un dormitorio masculino, sin adornos, tan solo alguna foto enmarcada decoraba la pared y el escritorio. Una estantería con libros y algunas cajas, también había un armario sin espejo. Olía a *aftersave* y le gustó esa masculinidad que se respiraba en el ambiente.

Nicolás colocó la silla del escritorio frente a otra que había en una esquina y la invitó a sentarse. Él también tomó asiento y esperó un minuto a que ella estuviese preparada para hablar.

—Cuando salía de una entrevista de trabajo, en el polígono, dos hombres me agarraron y me metieron en un furgón. Me vendaron los ojos y me amordazaron, nunca vi sus rostros. Me llevaron a la sierra y me arrastraron hasta la casa en ruinas, una vez allí llegó otro hombre, por cómo habló debía de ser el jefe de ellos. Fue el único que habló, los otros dos no abrieron la boca.

—¿Qué te dijo?

—Me dio una semana para encontrar el dinero que mi padre le robó o... — De pronto, rompió a llorar.

—O matarán a tu abuela ¿verdad?

—Sí. —Se limpió las lágrimas con las dos manos y miró los ojos negros de Nic—. ¿Me vas a ayudar?

—Por supuesto, ¿lo dudas? —Y le dedicó una sonrisa.

—No quieren que llame a la policía. Que les cuente lo del dinero.

—Llevaremos este caso tú y yo, nadie más.

—¿Ni siquiera tus compañeros?

—Por el momento no, si necesitase que alguien me cubra, ya lo estudiaría.

Confía en mí.

—Lo hago.

—Sí, lo sé.

Las lágrimas todavía escapaban de los ojos de Sara, Nic cogió un pañuelo de algodón de su mesita de noche y le limpió con ternura la cara. Ella cerró los párpados y se dejó hacer. Disfrutó de que alguien la cuidara, que se preocupara por ella aunque solo fuera por una vez. Desde que sus padres se habían ido, se había hecho cargo de todo, su abuela estaba muy mayor y también necesitaba que la cuidaran pero ¿y a ella quién?

—¿Qué pasará si después de una semana, no encuentro el dinero?

—Busca bien por toda la casa, te ayudaré si quieres.

—Vacié la habitación de mis padres y no vi nada.

—¿Viste papeles, documentos, cosas así?

—Sí, los metí todos en una caja y la guardé para revisarlos en otro momento.

—Sería bueno mirar ahí.

—Solo son papeles.

—Papeles que pueden contener una pista de dónde puede estar escondido. Un título de propiedad u otra cosa.

—No lo había pensado. Al llegar a casa empezaré a revisarlos.

—Vamos, te llevaré.

—Gracias, Nic. No sé qué haría sin ti.

No sabía por qué pero esta chica tenía el poder de hacerlo sentir raro. No le hablaba como lo haría cualquier víctima, lo hacía como una amiga, una amiga bastante importante. Era cierto que desde que se conocieron se habían tratado mucho y la unión entre ellos había crecido pero ¿estaba pasando algo más? No estaba seguro, se sentía muy confundido respecto a Sara.

Tenía que dejar de pensar tanto y trabajar más, se reprochó.

Eran las siete y media de la tarde cuando Nicolás dejó a Sara en su casa. Se despidieron con la promesa de que si ella encontraba el dinero, le llamaría

de inmediato.

Nada más entrar en la cocina se encontró con la cara, de pocos amigos, de Darío y el intenso abrazo de su abuela.

—Lo siento mucho, debí haber llamado —se disculpó Sara.

—No pasa nada, hija. Ya estás aquí, es lo que importa.

—¿Has estado todo este tiempo con ese inspector? —se interesó su primo.

—Sí, hemos hablado del caso de mis padres.

—No creo que estuvieras tantas horas hablando de eso. —De pronto, observó el golpe que ella llevaba en la cara—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te caíste? ¿Alguien te pegó?

—Me caí al salir de la entrevista. Como me dolía la cabeza no quería conducir y llamé a Nic para que me ayudase, después hablamos del caso hasta ahora.

—¿Llamaste a un desconocido teniendo a tu primo en la ciudad?

—No empieces, Darío.

—Es que no lo entiendo, eso es todo.

—Ese golpe está feísimo —le dijo su abuela cortando aquella discusión—. Tengo unos remedios que van muy bien para eso.

Su abuela se marchó a por dichos remedios y Darío tomó la palabra de nuevo, esta vez no sacó el tema del inspector ya no quería discutir más sino alegrarla un poco.

—Tengo una sorpresa.

—¿De verdad? Enséñamela —contestó ilusionada.

—Mañana.

—¿Me estás castigando? —Ambos rieron con la broma

—Claro que no, es tarde. Si hubieses venido antes, la habrías visto.

—Eres un rencoroso.

—Y tú muy impaciente —dijo feliz, había conseguido lo que quería, hacerla reír y se sentía orgulloso de ello. La abuela también estaba contenta y por primera vez sintió que podría tener un hogar allí.

—Me alegro de que estés con nosotras. —anunció Sara riendo de las bromas. Después, le dio un beso en la mejilla—. Voy a acostarme, estoy muy cansada.

Se encerró en su cuarto sin ser consciente de la mirada que Darío le echó mientras se iba.

Sara agarró la caja con los papeles que había guardado de su padre y

comenzó a revisarlos, no había tiempo que perder.



A primera hora de la mañana, Darío recogió el coche, que Sara dejó en el polígono el día anterior, y lo trajo a casa. En cuanto llegó, tocó el claxon y Sara y su abuela salieron a la calle pues ya estaban preparadas. Las dos mujeres se subieron al vehículo y él las condujo hasta la sorpresa.

Sara había estado todo el tiempo intentando sacarle algo de información pero no lo había conseguido. Se sentía como una niña a la espera de los regalos de su cumpleaños, le gustaba sentirse así ya que hacía mucho que no lo hacía. Por un momento había olvidado su pena y volvía a sentir ilusión por algo.

María se lo tomaba con más calma aunque ver la emoción en la cara de sus nietos le devolvía la alegría. Solo deseaba que fueran felices y que ella pudiera verlo antes de que el Creador se la llevara con Él.

Darío aparcó en el parking de un edificio alto y céntrico, los tres subieron al ascensor que daba acceso al edificio mediante una llave.

—¿A dónde nos llevas? —preguntó ella risueña.

—Ya lo veréis.

—No estoy yo para tantas emociones, hijo.

—Calma, abuela, te va a gustar.

Llegaron hasta la décima planta y Darío abrió la puerta que había al final de un corredor. Entró primero y le siguieron las dos mujeres.

—Guau, es precioso —anunció ella al ver la entrada acristalada y lujosa del piso.

—Gracias, Sara. No es cosa mía lo compré amueblado y solo cambié alguna cosa.

—¿Es tu casa, hijo? ¿Vas a vivir aquí?

—Sí, abuela, pero no lo haré solo, quiero que vengáis a vivir conmigo.

Tanto Sara como su abuela se quedaron boquiabiertas, no esperaban nada parecido por parte de Darío. Ellas se conformaban con que hubiera regresado a sus vidas y esperaban que se quedara para siempre. Solo se tenían los unos a los otros, ya que se habían despegado del resto de parientes que eran lejanos, además, nunca habían tenido el suficiente roce como para preocuparles a estas

alturas. Así pues, solo quedaban ellos tres.

—No te preocupes por nosotras —dijo Sara.

—Tu familia me acogió cuando más lo necesité, después os decepcioné pero al regresar me habéis vuelto a acoger. Lo mínimo que puedo hacer es ayudaros, sé que queréis salir cuanto antes de la planta baja.

—Es cierto que queremos mudarnos lo más pronto posible, pero la abuela no estará cómoda aquí, odia los ascensores.

—Gracias, hijo, pero este piso es demasiado.

—Quedaos, al menos hasta que vendáis vuestra casa y podáis comprar otra.

—De forma provisional... —dijo Sara pensativa—. ¿Qué dices, abuela?

—Ay, no sé. Esto está muy alto.

—Darío, podrías haberte comprado un primero o un segundo, ¿tenía que ser el décimo?

—Era el mejor —le contestó a Sara, después se dirigió a su abuela—. Verás que en unos días te habrás acostumbrado, además, es temporal y mucho mejor que estar en la planta baja con el salón cerrado pasando por delante todos los días.

—Tienes razón, hijo. De acuerdo, nos mudaremos contigo pero solo hasta que vendamos la casa.

Darío abrazó a su abuela y la besó feliz de haberla podido convencer. Se alegraba de saber que podría compensarles, de algún modo, lo mal que se había portado en el pasado. Su deber ahora era cuidar de ella.

Y también le gustaba la idea de tener a Sara allí, bajo su mismo techo. Sería la última persona que vería al acostarse y la primera al levantarse.



Hacia un par de días que se habían mudado al piso de Darío. La habitación que le había cedido su primo era la más grande y una de las que contenía baño propio. Su abuela se instaló justo en la de al lado, para tenerla lo más cerca posible. Darío, dormía al final del pasillo en otro cuarto con baño.

El salón principal era enorme y la cocina también, además, el piso tenía una pequeña salita de donde la abuela apenas salía porque se había acomodado con su mecedora y sus labores.

Lo más costoso era subirla en el ascensor, tenía que hacerlo acompañada y

mientras subía o bajaba, se sujetaba con intensa fuerza a cualquiera de sus nietos.

Durante varios días, Sara no había tenido mucho tiempo de buscar, entre los papeles de su padre, alguna pista que diera con el dinero que necesitaba. La mudanza les había llevado tres días, no obstante, cada noche le había dedicado un poco de tiempo y ahora, que ya estaban instaladas, todo el que podía ya que el plazo se acababa.

Aquella tarde llevaba horas metida entre los documentos, los ojos le dolían y las letras empezaban a ponerse borrosas.

El sonido de una campanita le anunciaba que acababa de recibir un mensaje a su móvil.

«Hola, Sara. ¿Tus heridas están mejorando?»

Ella sonrió al leer el mensaje de Nic. Cada día, desde que la rescatara, le preguntaba lo mismo. Pulsó el teclado y se dispuso a contestarle.

«Hola, Nic. Todavía tengo el morado en la cara, pero ya duele menos».

«Me alegro de que estés mejor. ¿Has encontrado algo sobre el dinero?»

«Todavía nada, sigo buscando».

«Voy mañana a tu casa y te ayudo, se te cumple el plazo».

«No estoy viviendo en la planta baja».

«Ah, ya tenéis nueva casa».

«No, pero nos hemos mudado al piso de mi primo».

Después de enviar ese último mensaje, no recibió respuesta. Se quedó mirando el móvil unos segundos más antes de dejarlo sobre la mesita al tiempo que arqueaba las cejas confusa. Quizá le había surgido algo, pensó. Entonces, empezó a sonar el timbre de llamada y lo cogió rápido.

—Hola, Nic.

—¿Vives con tu primo? —preguntó casi gritando.

—Sabes que nos ahogábamos en la planta baja. Todavía no conseguimos comprador para poder mudarnos, así que mi primo se compró un piso y nos pidió que fuéramos con él. Será temporal.

—¿Lo conoces bien? Recuerda que os abandonó.

—Claro que sí, nos criamos juntos.

—La gente cambia...

—Nic, no digas tonterías. —Se quedó unos segundos pensativa y añadió—: ¿No sospecharás todavía de él?

—No, ya comprobamos su coartada.

- Pues no sé a qué vienen tus palabras.
- Vale, vale. Dame la dirección —aceptó en un tono seco.
- Te la mandaré por mensaje.
- De acuerdo, te veo mañana, Sara.
- Adiós, inspector.

Dos horas después, Darío llamó a la puerta de su prima varias veces, al no responder, entró preocupado. La encontró en la cama, dormida y sobre un montón de papeles. Se acercó muy despacio y se quedó largos minutos observándola. Era preciosa, en cuanto la vio después de tantos años supo que tenía que ser suya, que Sara tendría que ser para él. No importaba que fuera su primo, no sería el primero al que le sucedía y antiguamente era habitual que los primos se casaran.

Se agachó sobre ella y le acarició el pelo con los dedos, después desvió la mirada a todos los documentos que tenía esparcidos por la colcha, era evidente que buscaba algo ahí, esperaba que tuviera la suficiente confianza y se le contara. Deseaba poder ayudarla, ser su salvador...

Dio un largo suspiro y salió de la habitación.

Ella despertó un rato más tarde y se dio cuenta de que tenía la cabeza apoyada sobre uno de tantos documentos. Se frotó los ojos y lo cogió para alisarlo pues lo había dejado hecho un desastre, esperaba que no fuera demasiado importante. ¿Cómo había sido posible que se quedara dormida de ese modo? Debió de ser el cansancio, pensó. Si la llega a ver la abuela se hubiera llevado una buena regañina.

Fue a dejarlo con los demás cuando la membresía de un banco, en el que su padre no tenía cuenta, le llamó la atención y comenzó a leerlo. Cuando llevaba la mitad leído, se dio cuenta de que se trataba de un contrato de alquiler de una caja de seguridad.

¡Podría ser! ¡Podría estar ahí!

Buscó el móvil, que también tenía tirado por la cama entre los papeles, de forma desesperada, la emoción recorría sus venas y debía avisar a Nicolás de inmediato.

Pulsó su nombre con el dedo tembloroso, a punto estuvo de marcar a otra persona, y esperó ansiosa.

- Dime —respondió él al tercer tono.
- ¡Creo que lo encontré! —gritó eufórica.

—¿El dinero?

—Sí, podría estar en una caja de seguridad de un banco. Encontré el contrato.

—Eso es genial. Tenemos una pista.

—¿Crees que estará ahí?

—Es muy probable que sí, aunque también puede que no. Tienes que estar preparada para cualquier cosa.

—Lo estaré.

—Iremos por la mañana.

—¿A las nueve?

—Perfecto, paso a recogerte y no olvides el certificado de defunción de tu padre —concluyó Nic.

—De acuerdo.

—Buenas noches, Sara. —Y colgó el teléfono.

Iván dio unas palmadas en la espalda a su amigo y compañero mientras sonreía.

—¿Otra vez esa chica?

—Tiene una pista, iremos mañana a averiguar.

—Espero que sea buena, todavía esperamos el informe del lugar donde la secuestraron.

—Recuerda guardar el secreto sobre la identidad de Sara.

—No somos principiantes, Nic.

—¿Crees que el secuestro y la muerte de sus padres están relacionados? —quiso saber Toni.

—Puede ser.

—¿Esa pista está relacionada con el caso? —volvió a preguntar el oficial.

Nic, que no tenía intención de contarles nada por el momento, le miró sin contestar pues antes debía saber si el dinero estaba allí, después esperar a que el asesino llamase y por último, urdir un plan. Todavía faltaba mucho y algo podía salir mal si hablaba demasiado.

—¿Por qué no salimos a cenar? —sugirió Lidia. Llevaban varios días comiendo en comisaría, apenas salían de la oficina y así eliminarían un poco la tensión que se había creado en el equipo.

—Será lo mejor —aceptó Nic.

Todos dejaron lo que estaban haciendo y salieron a cenar. Cruzaron la calle y entraron en una tappería a la que solían ir. Se pidieron unas cervezas sin

alcohol y trataron de relajarse.

—Nos ocultas algo, Nic —soltó Iván.

—Os informaré cuando tenga algo.

—Vamos, Nic, somos más que compañeros, somos amigos desde que teníamos quince años.

Nic no podía negar eso, su lazo de unión con Iván era muy fuerte, ambos habían querido ser policías y lo lograron. Pasaron meses estudiando codo con codo para conseguirlo y aquí estaban, siempre se habían ayudado, pero no podía contarle, era una promesa que le había hecho a Sara.

—Yo no te conozco tanto tiempo, Nic, pero sabes que cuentas conmigo para cualquier cosa —intervino Toni.

—Sí, recuerdo cuando el Inspector Jefe te echó el paquete por una locura mía.

—Lo pasamos bien. —Toni se rio recordando aquella anécdota. Nic se empeñó en registrar una discoteca sin la orden judicial y al único que convenció en esa tontería fue a él. Pero las cosas salieron bien, el dueño se puso nervioso y cayó en la trampa. Aun así, no se libraron de la regañina del jefe.

—Empiezo a sentirme discriminada —bromeó Lidia que era la nueva del grupo.

—No lo hagas Lidia, sabes que te apreciamos y jamás te dejaríamos de lado —le dijo Toni, después le guiñó un ojo.

—¡No hagas eso, tonto! —lo reprendió dándole un manotazo en el brazo al que le siguieron otros dos de sus compañeros, Iván y Nicolás.

Los cuatro agentes acabaron riendo.

## 12

Nicolás aparcó su Mazda rojo frente al enorme edificio acristalado donde ahora vivía Sara. No pensaba subir y tener que ver al hijo pródigo, así que le mandó un mensaje y la esperó abajo.

No tardó más de diez minutos en bajar, cruzó al otro lado y se subió al coche.

—Buenos días —saludó con una amplia sonrisa.

—Hola. —También sonrió—. Te ves contenta hoy.

—Lo estoy, tengo un buen presentimiento.

—¿Me enseñas lo que encontraste?

Sara abrió el bolso y sacó el documento, lo desplegó y se lo entregó. Él lo estudió detenidamente y asintió con la cabeza.

—Creo que lo tenemos.

—Yo también lo pienso. En dos días se cumple el plazo que me dieron para entregar el dinero así que esta es nuestra oportunidad.

Nic también recordaba, con inquietud, los días que faltaban. Arrancó el coche y se dirigieron al banco. Aparcaron a una sola manzana de distancia y entraron.

Esperaron a que uno de los empleados estuviera libre. Una chica rubia, de larga melena les hizo un gesto con la mano en cuanto su anterior cliente se hubo marchado.

Ellos se acercaron, tomaron asiento y Sara sacó el documento y el certificado de defunción de su padre.

—Verá, encontré esto en la habitación de mi difunto padre y me gustaría abrir la caja y ver qué guardaba.

La chica estudió los dos papeles que le había entregado.

—Esperen un momento. —La chica levantó el auricular del teléfono y marcó dos dígitos—. Hola Raúl, ha venido la hija de un cliente que ha muerto y quiere abrir una de las cajas. ¿Puedes ahora? De acuerdo. —Colgó y se dirigió a ellos—. Mi compañero ya viene y les acompañará.

—Muchas gracias.

Se abrió una puerta de madera de pino y apareció el tal Raúl, Nic pudo

leerlo en su identificador que llevaba prendido en la solapa. La chica le entregó el documento donde indicaba el número de caja de seguridad.

—Buenos días, acompáñenme.

Ellos se levantaron y le siguieron. Cruzaron la puerta de pino y caminaron por un largo pasillo hasta una puerta metálica. Raúl pulsó un código y la puerta se abrió. Entraron en una cámara llena de cajas similares a las taquillas de un gimnasio. El hombre abrió la ciento doce y sacó un cajón de dentro que colocó sobre la única mesa que había en la sala. Después se apartó de forma discreta para darles un poco de intimidad.

Sara sintió como los nervios se apoderaron de ella y no pudo acercarse para ver lo que había en el interior, se había quedado paralizada.

Posó su mirada en Nic rogándole ayuda. Él percibió su necesidad y la tomó de la mano, dio un ligero apretón y ambos se acercaron a la vez.

—¡Dios mío! —exclamó ella poniéndose una de sus manos en la boca.

Nic no hizo ningún comentario, se quitó la mochila que llevaba al hombro, la puso sobre la mesa y abrió la cremallera.

—Te concedo los honores, Sara —le dijo él con una mirada orgullosa.

Ella cogió el primer fajo de billetes y lo metió en la mochila de Nic, después él hizo lo mismo y entre los dos guardaron todo el dinero.

Su abuela estaría a salvo, se repetía una y otra vez.

—No puedo creer que lo hayamos encontrado —comentó ella saliendo ya del banco.

—Lo has hecho todo tú. Buen trabajo.

—Gracias, pero la idea de revisar papeles fue tuya.

—Formamos un buen equipo. —Le guiñó un ojo y le sonrió de forma traviesa.

Sara sabía que lo había dicho de broma, pero los gestos de Nic le cortaron la respiración por unos segundos.

Se subieron al coche y Nicolás condujo de vuelta al enorme edificio acristalado. Paró justo en la puerta y se quedaron un rato sin hacer nada.

—¿Y ahora qué?

—Ahora hay que esperar, Sara. Te llamarán en acabar el plazo.

—¿Qué hago con esto? —dijo señalando la mochila.

—Guárdalo bien, no se lo cuentes a nadie, ni siquiera al pródigo.

—¿El pródigo?

—Tu primo.



—¿Por qué lo llamas así? —le reprochó. Él solamente se encogió de hombros—. Tengo la sensación de que no te cae muy bien.

—No es eso, es que os abandona durante años y ahora cree que no podéis vivir sin él.

—No creo que piense eso.

—Yo creo que piensa demasiadas cosas.

—Nic, no tengo más familia que mi abuela y él.

Nicolás no creía que él pensara en Sara como en familia, más bien la quería para formar una propia. Pero ¿qué le importaba?

—En cuanto se pongan en contacto contigo, me llamas. No importa la hora que sea ¿vale?

—Vale, lo haré.

Entró en el piso con la mochila colgada de un hombro. Darío no se encontraba allí, todavía esperaba que le llegara el traslado para ponerse a trabajar, así que no tenía mucha idea de dónde podría estar. A Sara le pareció genial pues acostumbraba a hacer muchas preguntas y seguro que le pediría explicaciones sobre la mochila que llevaba.

Fue directa a su habitación, abrió el armario ropero y la escondió entre unas mantas. Después fue hasta la salita donde encontró a su abuela viendo una telenovela colombiana. La observó con amor desde el quicio de la puerta, no permitiría que nada le pasara, haría todo lo que estuviera en su mano y más para protegerla.

—Hola, hija. No te quedes ahí.

Sara entró, se acercó y le dio un beso. Luego se sentó junto a ella y esta empezó a contarle todo lo que pasaba en la telenovela, desde el enfado que tenía con el personaje protagonista, porque siempre lo engañaban, hasta el personaje malvado que, misteriosamente, todo le salía bien.

Llegada la hora de la comida, apareció Darío. Las encontró en la cocina preparando todo.

—Vaya, hoy llegaste pronto, Sara —ironizó.

—Siempre como en casa.

—No cuando sales con ese inspector.

—Y tú ¿dónde has estado? —preguntó ignorando su comentario sobre Nic.

—Me voy a Madrid el fin de semana. He reservado un vuelo, traeré mi coche y algunas de mis cosas.

—Es genial.

—Dejad de hablar y ayudadme con la olla —se quejó la abuela que sostenía una enorme olla y trataba de abocar el caldo en un *Taperware* para posteriores comidas.

—Haber avisado antes —replicó Sara.

—Déjame a mí, abuela. Yo lo cojo —contestó Darío y fue hasta ella para cogérsela de las manos.

Después se sentaron a la mesa y la comida fue bastante amena, Darío les explicó en profundidad sus planes, pero cuando le preguntaron a Sara qué había hecho con el inspector, esta se quedó callada y cambió de tema.

—¿No nos vas a contar? —indagó su primo.

—Son cosas del caso que lleva Nic.

—Nic... —dijo Darío con una mueca.

—Oh Sara, ese hombre me cae muy bien —afirmó María—. Lo poco que he tratado con él, se nota que es un hombre comprometido con su trabajo.

—Pero está implicando a Sara.

—Seguro que tiene sus motivos, yo confío en ellos.

—Gracias, abuela. —Y le dio un beso en la mejilla.

Las dos mujeres estaban aliadas contra él, pensó Darío. No le gustó que ese inspector se entrometiese en sus vidas. Debía dedicarse a investigar y listo. Sin embargo, buscaba cualquier excusa para enredar a Sara y ella ni se daba cuenta, le seguía como perrito faldero. Pero ¿qué podía hacer él? Solo necesitaba un poco más de tiempo y hablaría seriamente de su futuro con ella. Sí, solo un poco más de tiempo y rogaría para que ese inspector no se le adelantara.

Llegó el viernes y el primo de Sara se despidió antes del mediodía para coger su vuelo, estaría de regreso el domingo por la noche. La casa iba a estar más apagada sin él, pensó ella, pues Darío siempre tenía palabras alegres, bueno, casi siempre porque cuando se hablaba del inspector se ponía de mal humor y no entendía por qué. Al parecer ninguno de los dos se habían caído bien.

La cosa era que en poco tiempo se había acostumbrado a conversar y a contar con él para cualquier cosa, a ver una peli acompañada, ya que los gustos de su abuela eran más clásicos, le gustaban pero a veces también le apetecía ver una de terror o ciencia ficción.

Iba a ser el primer fin de semana que pasaran solas en aquel piso tocando el cielo. Se sentía un tanto rara porque, a pesar de ser la prima del dueño, era extraño estar en ese lugar. Sabía que era provisional, pero ¿hasta cuándo?

Su abuela se había acostumbrado a subir en ascensor, ya no hacía falta que nadie la acompañara pero cada día seguía preguntándole si ya tenían comprador para la planta baja.

Sentía que el día que se fueran de allí, le romperían el corazón a Darío pero era necesario y cuánto antes se marchasen sería mejor.

## d

Era sábado y en comisaría, el equipo de investigación de Nicolás, acaba de recibir el informe de la policía científica. Por desgracia no se habían dejado ni un miserable pelo para poder identificar a alguien.

Habían recogido huellas de dos vehículos y tres hombres a parte de las de Sara.

—Según esto, del furgón salió un hombre que arrastró a Sara hasta la casa abandonada, después un segundo hombre bajó del lado del conductor y también entró en la casa —explicó Toni—. Luego llegó otro vehículo y un tercer hombre se unió a ellos.

—¿Se sabe la marca de los vehículos? —preguntó Nic.

—Del furgón sí, los neumáticos vienen de serie de un año y modelo concreto. Del otro solo sabemos que es un turismo de alta gama, pero nada más, las marcas encontradas son muy comunes en este tipo de vehículos.

—Al menos tenemos algo. Investiga el furgón, debemos encontrarlo.

—Me pongo a ello —contestó Toni dejando el informe sobre la mesa de su jefe.

—Lidia, ¿tienes algo de las cámaras de seguridad en el polígono?

—Iván y yo las revisamos, como aparcó en la parte de atrás no se grabó nada.

—Solo pudimos ver a Sara saliendo por la puerta principal y perdiéndose en la esquina —completó Iván la información.

—Nos pondremos todos a buscar ese furgón ya que es lo único que tenemos.

Era frustrante cuando las pistas no llegaban a nada, se sentía inútil pero

nunca se rendía, siempre atrapaba al culpable, era algo que se prometía a sí mismo.

Pasaron el resto de la tarde trabajando y ya eran las nueve de la noche cuando llegó a su casa.

—¡Tío Nic!

La vocecita de Lucía llegó hasta él, se dio la vuelta y la vio llegar corriendo, se agachó para recibirla en sus brazos.

—¿Cómo está mi sobrina favorita?

—Juega conmigo.

—De eso nada, jovencita, hay que dormir —apuntó Susi.

—Mamá, nunca juego con el tío.

—Porque el tío tiene mucho trabajo.

—¿Hay mucha gente mala, tío Nic?

—Un poco, pero no te preocupes, los atraparé a todos.

—Lucía, dale un beso a tu tío y a la cama.

La niña lo besó en la cara y Nic la abrazó antes de devolvérsela a su hermana. Después fue hasta el salón donde la cena ya estaba servida.

—Hola, Nic. ¿Cómo ha ido el día? —le preguntó su padre.

—Ahí vamos.

—Por ese tono, diría que hoy no has conseguido encerrar a nadie —bromeó su cuñado.

—No te equivocas, Alberto, necesito sospechosos, al menos uno.

—Eres uno de los mejores inspectores, no tardarás en encontrar evidencias que te conduzcan a un culpable —aseguró Asunción.

—Se nota que eres mi madre.

Todos se echaron a reír pues el orgullo que sentía Asunción por su hijo era notable y lo manifestaba siempre que podía.

Susi se incorporó a la cena después de haber dormido a Lucía, la pequeña de tres años era un terremoto, pero cuando tocaba la almohada, caía redonda. Se sentó justo al lado de Nicolás y frente a su marido.

—Te echa de menos —le comentó su hermana refiriéndose a la niña.

—Un día de estos, la llevaré al cine o al parque de atracciones.

—Vale, pero no se lo digas hasta que la lleves seguro o se desilusionará.

La cena transcurría con normalidad, hablando todos los miembros de la familia de sus cosas cuando el teléfono de Nic sonó.

—Deberías apagar ese trasto en la mesa —le recriminó su madre.

—No puedo hacer eso mientras tenga un caso abierto —explicó mientras sacaba el móvil. En la pantalla leyó el nombre de Sara y se apresuró a contestarle—. Dime.

—Nic —sollozó.

—Sara ¿estás bien?

—Sí... no...

—¿Qué ocurre? —preguntó poniéndose en pie. Algo había pasado.

—Me ha llamado.

—Tranquilízate, voy para allá.

Nicolás se metió dos trozos de filete en la boca y cogió su chaqueta mientras masticaba, se despidió rápidamente de su familia y se dirigió hacia la puerta.

—¡Espera! —gritó Asunción. Él se paró y se dio la vuelta.

—¿Es sobre esa chica? ¿La que trajiste el otro día?

—Sí, mamá.

—Me gustaría que me mantuvieses informada.

—Mamá, no puedo hacer eso.

—Al menos un poco.

—Tengo que irme.

—A ver qué día sacas un rato para tu madre y me cuentas algo de tus cosas.

—Está bien. Ahora tengo prisa, mamá.

—Vale, cuídate.

—¿Cuándo no lo hago? —Le sonrió de esa forma traviesa, característica en él, y se fue.

Nicolás condujo todo lo rápido que pudo hasta el piso donde vivía Sara. La había notado muy asustada y nerviosa por teléfono. ¿Qué le habría dicho ese desgraciado? Cuando le pusiera las manos encima se iba a arrepentir de haberse metido con ella.

Dejó el coche en una esquina y corrió hacia la puerta. Pulsó el portero automático y una voz apagada le contestó.

—¿Quién es?

—Soy Nic, abre. —La puerta se abrió al instante.

Fue hasta el ascensor y pulsó la décima planta. Subir en aquel aparato nunca le había parecido tan lento. Cuando al fin llegó, salió y la vio esperándolo en el rellano, estaba pálida, desgredada y tenía los ojos rojos.

—Nic —susurró.

Cuando el inspector se acercó a ella, Sara se lanzó a sus brazos y se apretó contra su cuerpo. Necesitaba el calor de Nic, su consuelo, su protección.

—Tranquila, ya estoy aquí —le dijo posando sus manos en la espalda y acariciándosela con suavidad.

—Nic, su voz me da mucho miedo.

—Entremos y me cuentas.

—No quiero que se entere la abuela, está en su salita.

—No lo hará.

Se separaron lentamente, él la dirigió hasta el salón y se sentaron en el sofá. La miró durante un momento y no pudo resistir tomar uno de sus mechones de cabello y colocarlo detrás de la oreja.

—¿Darío no está? —preguntó él.

—No, ayer se fue a Madrid.

Aquel comentario le dio cierto alivio, no le gustaba que su primo estuviese cerca de ella pero, por otra parte, con Darío no estaban solas.

—Cuéntame, ¿qué te dijo? ¿Era la voz de quien te secuestró? ¿Preguntó por el dinero?

Ella se secó las lágrimas e intentó contestar a las preguntas de una en una.

—Sí, era el mismo que me amenazó en la sierra. Quería saber si ya tenía el

dinero, le contesté que sí.

—¿Qué más?

—Quiere que hagamos un encuentro, que me llamará después para darme las señas.

Sara empezó a sentir cómo su respiración se aceleraba hasta el punto de faltarle el aire, con cada inspiración sus pulmones necesitaban más oxígeno del que le entraba.

—Sara, tranquila. Intenta respirar con calma.

—No puedo, Nic. —El ataque de ansiedad era inminente.

—Toma aire por la nariz y expira por la boca, despacio. Se te pasará.

Ella así lo hizo y poco a poco la respiración empezó a normalizarse y su pulso también se apaciguó.

—Te traeré agua. —Fue hasta la cocina, llenó un vaso de una jarra y al regresar se la ofreció—. Toma, bebe despacio.

—Gracias —expresó después de beber.

—¿Mejor?

—Sí.

—Así que te llamará después. ¿Te dijo algo más?

—Sí, también comentó que no quiere que hable con ningún policía, que mi abuela lo pagará.

—Tu abuela estará bien porque lo voy a atrapar y desde la cárcel no podrá hacer nada.

—¿Me lo prometes?

—Sí, lo cogeré y tu familia estará a salvo. Es la única solución porque si cedes a los chantajes, estos nunca acabarán.

—Vale, confío en ti, Nic. Ya lo sabes.

—Eh... voy a saludar a tu abuela y me quedaré contigo hasta que vuelva a llamar. —Se rascó la cabeza, se levantó y Sara lo vio salir del salón.

Nicolás fue hasta la salita y encontró a la señora María sentada en su mecedora de toda la vida, tejiendo mientras veía una película.

—Buenas noches, señora María.

—Por favor, solo María. Ya nos hemos visto varias veces.

—Me quedaré con Sara, esperamos una llamada importante.

—Muy bien, yo seguiré con mis cosas. Si tenéis hambre hay comida en la nevera.

—Gracias, María.

Nic, regresó al salón y se sentó junto a Sara que se había quitado los zapatos y se había acomodado en el sofá.

—Pon la tele o haz algo, te vendrá bien distraerte —sugirió el inspector.

—Ve lo que quieras —contestó ella cediéndole el mando a distancia.

—¿Te gustan los documentales?

—Según.

Nicolás puso uno de animales, le pareció lo mejor para distraerla ya que las películas podían ser agresivas y no era el mejor momento para ver tiroteos.

Pasó más de una hora desde que habían puesto ese canal cuando la cabeza de Sara se ladeó hacia el hombro de él quedando apoyada.

Nic la miró, se había quedado dormida, pensó con una sonrisa. Apagó la tele, echó la cabeza hacia atrás, se acomodó y cerró los ojos. Sin ser consciente de su propio cansancio, se quedó dormido también.

Cuando acabó la película que estaba viendo María en su salita, dejó sus labores, le dio al botón de apagado y fue a despedirse de los muchachos que, con seguridad, seguían en el salón.

La escena que descubrió la enterneció. Nicolás dormía sentado en el sofá, con la cabeza apoyada en el respaldo, su nieta también dormía recostada sobre el hombro del inspector. Él tenía sus manos sobre el abdomen mientras que Sara tenía una de ellas sobre las de él.

Hacían una pareja muy bonita, pensó. María regresó a su salita, cogió la manta con la que se solía tapar y la llevó al salón. Se inclinó sobre los ellos y los tapó a ambos. Después se fue a su dormitorio.

Ya entraba la luz del día por las ventanas cuando Nicolás se despertó perezosamente, apenas se movió al ver que Sara seguía sobre él. Levantó una mano y le sacudió el hombro con suavidad.

—Sara —la llamó, pero ella ni se inmutó. Miró su reloj, eran las ocho de la mañana. Había pasado la noche entera allí sin darse ni cuenta. Hacía mucho que no dormía de un tirón. Volvió a sacudirla—. Sara, despierta.

—Mmm Nic —gimió.

—Sí, soy Nic. Buenos días —la saludó alegre. Era la primera vez que la veía así y le gustaba. Parecía tan tierna...

Adormilada abrió un poco los ojos y sonrió. Alzó una mano, la posó en la mejilla de él y le acarició la barba.

—Nic —musitó de nuevo, después alzó la cabeza y besó sus labios.

El inspector se quedó paralizado, por unos segundos fue incapaz de



reaccionar al beso, pero ella le mordisqueó el labio inferior de forma juguetona y cuando lo rozó con su lengua, no pudo resistirse a devolver el beso. Fue dulce y apasionado a la vez, vulnerable y fuerte.

El móvil de Sara sonó en ese momento y el hechizo se rompió al instante. Nic se separó de ella que todavía mantenía los ojos medio cerrados.

—Sara, el teléfono.

De pronto, las palabras de Nic llegaron a su cerebro y dio un salto del sofá haciendo caer la manta que los tapaba. Sara tomó el móvil de encima de la mesa y contestó nerviosa.

—¿Dígame?

—Sara, Sara, Sara... el lunes a mediodía en la Plaza del Norte. No faltes y trae el dinero.

—De... acuerdo.

—Nada de policías si no quieres ver el cuello de tu abuela rebanado.

—No... claro que no.

—Adiós, Sara.

Soltó el móvil que cayó sobre la manta que estaba en el suelo, se tapó la cara con las manos e intentó no llorar. Estaba cansada de soltar lágrimas, no dejaría escapar ni una más. Sería fuerte y se enfrentaría a ese asesino.

—¿Qué te ha dicho?

—El lunes a mediodía en la Plaza del Norte

—No es tonto...

—¿Por qué?

—Los lunes hay mercado, la plaza estará a rebosar de gente. Es una forma de protegerse.

—Volvió a amenazar a mi abuela.

—Preparé un operativo y enviaré a dos agentes a proteger a tu abuela. No tienes nada por lo que preocuparte.

—Vale, Nic.

—No se lo cuentes a nadie.

—Claro que no ¿por quién me tomas?

Ella recogió el teléfono y la manta del suelo y empezó a plegarla, mientras Nicolás la miraba asombrado. ¿Acaso no le daba importancia al beso que acababan de compartir?

—Sara...

—¿Cogiste tú la manta? —le preguntó.

—No, debió de taparnos tu abuela.

—Es maravillosa —rió pensando en ella.

—Debió de vernos dormidos.

Nicolás seguía clavándole la mirada, no era posible que hiciese como si nada. No lo había planeado pero ese beso había cambiado algo dentro de él, algo que ya de por sí solo empezaba a ser diferente.

—¿Por qué me miras así? —quiso saber ella al darse cuenta de que Nic no le quitaba los ojos de encima—. ¿Pasa algo?

¿Era posible que ella estuviese dormida cuando le besó?, se planteó Nic. Menuda suerte la suya.

—Supongo que estoy despeinada, tengo ojeras y legañas. —Sara esperaba que fuera eso, porque era imposible que supiese lo que había soñado. Un sueño bastante dulce y apasionado, ojalá hubiera pasado de verdad.

Nic se quedó un rato más mirándola y Sara empezó a sospechar si no lo había soñado después de todo. Se sonrojó y desvió la mirada.

Al inspector le gustó ver los colores en sus mejillas, algo recordaba... ¿Pensaría que no había sido real? Saber que Sara soñó con él y lo besó creyendo que todavía soñaba lo puso de buen humor. Había dicho su nombre antes de tocar sus labios, así que no había duda de que le besaba a él, aunque fuera dormida.

Decidió no torturarla más, dejaría así las cosas y que siguiesen el rumbo que tuviesen que tomar.

—Sí, eso mismo. —Nic advirtió como soltaba el aire que había retenido todo el tiempo.

—¿Pareces contento? No dejas de reír y no creo que esta situación sea para estar así.

—Lo siento, Sara. —Se puso serio—. Sí, estoy contento porque el lunes todo habrá acabado. Podrás seguir con tu vida sin preocuparte de ninguna amenaza.

—Ojalá.

—Tengo que irme. El lunes a primera hora vendré por ti y prepararemos el plan.

—Vale.

—Despídeme de tu abuela.

—Estoy agotado —anunció Darío recostándose en uno de los sillones que tenía en su salón.

—Es normal, has conducido más de cuatro horas —le dijo Sara.

María apareció con un bocadillo de magra con tomate y se lo dejó en la mesita de centro.

—No te molestes, abuela, luego voy a la cocina.

—Nada de eso, estás cansado y tienes que cuidarte —le replicó su abuela.

—Deja que te mime, lo disfruta —le sonrió Sara. Mientras, la abuela ya había ido a la cocina y le había traído una cerveza.

—Gracias, abuela. Echaba de menos tenerte cerca.

—Y yo, hijo. —Le dio una palmadita en la cara—. Me voy a mi salita.

Mientras Darío se comía el bocadillo, Sara se puso a limpiar el polvo de las estanterías. Después, trajo la escoba y comenzó a barrer. Su primo se quedó a medio masticar mientras la miraba extrañado.

—Sara —la llamó.

—Cenas como un niño, mira cuántas migas.

—Sara, mañana barreré y llamaré a la asistenta que limpie la casa.

—No, odio pisar migas de pan. Levanta los pies —le dijo en tono amenazador.

—Sara, son casi las doce de la noche.

Ella no le hizo caso y terminó de barrer el salón. Darío pensó que ya había acabado aquel impulso pero se dio cuenta de su error cuando la vio aparecer con un limpiacristales.

Se levantó del sofá y se lo arrebató de las manos.

—¿Qué estás haciendo, Sara?

—Limpio.

—Te pasa algo.

—No me pasa nada.

—Claro que sí, te veo como... nerviosa, muy nerviosa.

—No creo que pueda dormir esta noche.

—¿Y eso por qué?

—Mañana te lo contaré.

—¿Por qué no ahora?

—Porque no. Es mejor así.

—Sara, te sentirás mejor si me lo cuentas. Ya verás.

—Pero Nic...

—¿Ese tío lo sabe y tu primo no? Me doy cuenta de que no confías en mí.

—No es eso, es que... —Sara observó los ojos decepcionados de su primo y claudicó—. Está bien, pero prométeme que no se lo dirás a nadie y menos a la abuela.

—No voy a divulgar tus asuntos por ahí, quédate tranquila.

—Es el hombre que me secuestró, me ha llamado y quiere que le devuelva un dinero que mi padre le robó. Creo que por eso lo mató. Nic está preparando un operativo para mañana.

—Joder, ¿de verdad? —Se pasó las manos por el pelo sin saber qué decir, en ningún momento había imaginado que le diría algo así—. Con razón estás nerviosa. ¿Vas a participar en ese operativo?

—Sí, se supone que la policía no estará, es un secreto para atraparlo. Si se dan cuenta matarán a la abuela.

—¿Qué me estás contando? Joder, no puedo creer que estés tratando con asesinos y traficantes sin haberme dicho nada.

—Bueno, Nic...

—Deja a ese inspector a un lado. Soy tu familia, debería estar al tanto de estas cosas, no vuelvas a ocultármelas.

—No te enfades, por favor.

—Y ese policía te va a poner en peligro a ti y a la abuela, todo por cerrar un caso y echarse las flores, no lo puedo creer.

—¡Eh! Nic no es así. Solo quiere ayudar.

—Voy a llamar a ese desgraciado y me va a oír.

—¡Ni se te ocurra! Es su trabajo, sabe lo que hace y confío en él.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo?

—Nada, quédate con la abuela y cuídala.

—Mientras tú arriesgas tu vida.

—Por favor, Darío, no me pongas más nerviosa. Así no me ayudas.

—Está bien, de acuerdo. —Darío cedió antes su insistencia, se acercó a Sara y le acarició el pelo—. Solo me preocupo por ti.

Ella se echó hacia atrás con disimulo ya que vio algo diferente en su mirada

y su caricia.

—Gracias. —Y dicha esa palabra se fue hasta su habitación, allí trataría de dormir un poco.

En comisaría, el equipo de Nicolás se pasó casi media noche preparando el operativo, como sospechaba de que alguien pudiese estar pasando información, no quiso contar con ningún otro agente, ni siquiera se lo comentó al Inspector Jefe, mañana sufriría las consecuencias pero no le importaba, debía proteger a Sara y a la señora María.

Ya tenían todo listo, solo faltaba contarle el plan a ella y explicarle qué debía hacer, él estaría a escasos metros junto a Lidia en un furgón, Iván y Toni estarían paseando por la plaza muy cerca de ella para que nada malo le pasase.

También habían colocado un rastreador a la mochila del dinero, una vez se hiciese la entrega, sacaría a Sara de ese lugar y seguirían la señal del dinero.

El inspector cogió su móvil y la llamó.

—Hola, Nic. ¿Ya sabes algo? —preguntó ella nada más descolgar el teléfono. Eran las cuatro de la madrugada y no había dejado de dar vueltas en la cama. Los nervios no la habían dejado pensar en nada más.

—Sí, a las siete de la mañana iré por ti y te explicaré lo que debes hacer.

—No voy a poder conciliar el sueño.

—Inténtalo.

—Quiero que ya pase el día de mañana.

—Y pasará. Duerme un poco.

—Tú también.

Sara dejó el móvil en la mesita y se volvió a acostar. Se puso de costado y cerró los ojos. Trató de dejar la mente en blanco para poder conciliar el sueño pero no pudo. Entonces imaginó cómo sería su vida una vez que todo acabara, vendería la planta baja y se mudaría con su abuela a una mejor; la llamarían de un trabajo y tendría un buen sueldo para mantenerse; Nicolás ya no sería el inspector que llevaba su caso sino un buen amigo con el que podía contar o quizá el hombre del que enamorarse sin que nada se interpusiese.

Con ese último pensamiento, Sara consiguió dormir.

El día empezaba a aclarar cuando Sara y Nicolás entraron en comisaría. Sus compañeros ya habían llegado y estaban listos para iniciar el operativo.

—Ven, te pondré un micro y estaremos en contacto contigo todo el tiempo —le explicó Lidia enseñándole un aparato y unos cables que llevaba en la mano.

Ella se dejó colocar el artilugio de forma que no se le viera. Lo probaron varias veces para comprobar que funcionaba.

—Como ves, estaremos en contacto todo el tiempo, no estarás sola —la tranquilizó Nic.

—Lo sé.

—Yo estaré moviéndome por tu derecha, intenta no mirarme directamente pero si notas algo raro, estaré muy cerca —le dijo Iván.

—Y yo a la izquierda —habló Toni.

—Cuando se acerque a ti, recuerda su voz, si es él nos avisas con la contraseña que acordamos.

—Tocarme la nariz.

—En cuanto le entregues el dinero, te vienes rápidamente para el furgón —le recordó Nic. Después se dirigió a Iván y a Toni—. En cuanto ella esté lejos, procurad que no se os escape. Yo me uniré a vosotros cuando tenga a Sara a salvo.

—¿Y si no es?

—Ya te lo expliqué antes, presta atención es muy importante y peligroso.

—Lo siento, Nic, estoy muy nerviosa.

—De acuerdo, tranquila. Si no es, debes coger un mechón de tu pelo y colocarlo detrás de tu oreja.

—Es verdad.

—Estad atentos a las contraseñas, chicos, si no es nuestro hombre, seguiremos el localizador de la mochila.

Todos asintieron con la cabeza.

Nic insistió en repasar el plan una vez más, especialmente para Sara, que los nervios le hacían olvidar lo que tenía que hacer. No podían permitirse ningún error, debían atrapar a ese asesino.

Llegó la hora, el equipo al completo se subió al furgón policial encubierto. Dos calles antes de llegar a la plaza, se bajaron Iván y Toni. Continuaron por la calle hasta parar a una manzana de su destino.

—Debes bajarte aquí, Sara —le dijo Lidia.

—No voy a poder hacerlo. —Las manos le temblaban y la voz se le cortaba.

Lidia miró con preocupación a Nicolás pensando que Sara no iba a ser capaz, estaba demasiado nerviosa y se derrumbaría en cualquier momento.

Nic leyó los pensamientos de Lidia en sus ojos, él también lo pensaba, pero era la única forma de acabar con todo y Sara era fuerte, lo lograría. Le tomó las manos entre las suyas y las apretó dándole su calor, transmitiéndole su fuerza y su confianza.

—Sí puedes.

—Oh, Nic. —Lo abrazó y apoyó su cara en el hombro de él—. Tengo miedo.

Nicolás le devolvió el abrazo y recordó el beso de la otra noche, tuvo ganas de hacerlo de nuevo pero se contuvo.

—Es normal que estés asustada, pero debes estar tranquila para que todo salga bien. Estaremos pendientes de ti.

—Vale. —Se separó de él y sus miradas se encontraron durante largos segundos. Después, Sara bajó del vehículo y fue hasta la plaza para colocarse en su posición.

Pasaban cinco minutos del mediodía. Sara se encontraba junto a la fuente que había en mitad de la plaza. El lugar estaba muy concurrido, había mercado y la gente caminaba de unos puestos a otros, muchos cruzaban por delante de ella para llegar antes al que deseaban ir. Sara miraba en todas direcciones con nerviosismo pues no tenía ni la menor idea de por dónde aparecería ese hombre.

—Se retrasa —indicó ella a punto de darle un paro cardíaco. Necesitaba acabar ya y volver a refugiarse en los brazos de Nicolás.

—Tranquila —contestó Nic por el pinganillo.

Sara sentía que el corazón se le iba a salir del pecho, seguía mirando en todas partes buscando a alguien que la observase, que se acercase o cualquier persona sospechosa, pero la gente hacía sus compras como si nada malo fuera a ocurrir. Se fijó en los rostros de los que pasaban por su lado, pero eran ajenos a ella y a lo que estaba viviendo.

Sintió como la mochila se le resbalaba del hombro y la acomodó de nuevo. Se mordió el labio y suspiró. Era febrero pero sentía gotas de sudor en su frente, caería enferma si aquello duraba más tiempo.

Consultó su reloj, ya pasaban diez minutos de la hora acordada y no había señales de ningún tipo que indicara que iba a hacer la entrega.

De pronto el móvil sonó. El timbre de llamada le dio tal susto que pegó un saltó hacía atrás y casi acaba dentro de la fuente. Respiró hondo y lo cogió.

—¿Sí?

—Sara, Sara, Sara...

—Aquí tengo el dinero.

—Me has traicionado, hay policías por la plaza.

—¿Qué? —Dios mío, lo sabía, cómo lo sabía—. ¡No! Yo no sé nada de eso.

—Pensé que tu abuela era más importante para ti.

—No le hagas nada, por favor, por favor. —La línea se cortó y ya nadie había al otro lado—. ¡Nic!

Nicolás escuchó el grito desesperado de Sara, dejó los auriculares que



llevaba puestos, abrió la puerta y saltó del furgón. Corrió como alma que lleva el diablo, esquivando a la gente hasta llegar a ella en menos de un minuto. Estaba paralizada, las lágrimas rodaban por sus mejillas y solo el nombre del inspector salía de sus labios.

Nic la envolvió en un fuerte abrazo.

—Cálmate y cuéntame qué te ha dicho.

—Nic. Mi abuela.

—Hay dos agentes con ella, no te preocupes.

—Sabe que llamé a la policía. Le hará daño.

—Vamos para allá y verás que está bien.

La tomó de la cintura y la condujo, atravesando la plaza, hasta el furgón. Allí ya se habían reunido Iván y Toni con Lidia.

—¿Qué ha salido mal? —preguntó Toni.

—Parece que se enteró de que estábamos aquí —respondió Nic.

—¿Cómo? Ni siquiera se lo contamos al Inspector Jefe —dijo Iván incrédulo.

—No lo entiendo.

—Quizá te espían, Nic, y han visto que mantienes contacto con ella —aventuró Lidia.

—Tal vez. —Nic no quería pensar en eso ahora, lo más importante era asegurar la vida de la señora María—. Arranca, Toni.

Toni así lo hizo y se dirigieron al piso de Sara, debían comprobar el estado de la Señora María y ver si los agentes habían visto algo raro por allí.

Pararon el vehículo de mala manera delante de la puerta. Con Nic a la cabeza, subieron a toda prisa. Al llegar a la décima planta pararon en seco, vieron a los dos agentes que se paseaban por el pasillo como si nada hubiera pasado.

—¿La señora María está dentro? —preguntó Nic a uno de los ellos.

—Sí, no ha salido en toda la mañana.

—¿Hay alguien más dentro del piso?

—El nieto de la señora.

—¿No ha venido nadie más? ¿Ni siquiera para preguntar?

—No, inspector.

—Hasta que se levante la orden de protección, no dejéis pasar a nadie y que la señora no salga sola a la calle.

—A la orden.

Nicolás tomó del hombro a Sara y la empujó ligeramente para que entrara al piso. Los compañeros de Nic les siguieron.

Ella fue hasta la salita para buscar a su abuela mientras los demás se quedaron en el salón. Darío que les vio llegar, se acercó a ellos.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Nada —se adelantó Nic a contestar.

—Mi prima llegó blanca como el papel y con los ojos rojos. Y tengo a dos policías en mi puerta, ¿por qué?

—Es por vuestra seguridad. Procura que nadie más que vosotros entre a este piso.

Darío decidió no preguntar más al inspector, le pediría a Sara que le explicara. Posiblemente las cosas no habían salido como esperaban, tenía ganas de gritarle a ese tipo, de insultarle por poner en peligro a su familia, pero se contuvo porque se suponía que él no sabía nada de lo que habían hecho esa mañana y no pensaba delatar a su prima.

Ya tendría tiempo, se la guardaría para otro momento.

—¿Y ahora qué? —preguntó Toni.

—Podríamos rastrear la llamada que le hicieron a Sara —sugirió Lidia.

—Buena idea —la felicitó Nic—, vamos.

Sus compañeros salieron del piso y esperaron a Nicolás que había ido hasta la salita para pedir el móvil de Sara.

La encontró recostada en el regazo de su abuela llorando mientras María le pasaba la mano por el pelo y trataba de calmarla.

—Ejem... Sara —carraspeó antes de llamarla.

—Ya pasó, hija. El inspector te espera.

Ella se incorporó, la besó en la cara y dio un largo suspiro. Después se levantó y fue hasta Nic.

—Tengo mucho miedo, Nic —susurró para que no la escuchara su abuela.

—Es normal. —El inspector se perdió por un instante en sus ojos verdes—. Eh... necesito tu móvil.

—Toma. —Se lo dio sin más.

Él buscó en las últimas llamadas recibidas y anotó el número desconocido que allí aparecía, después se lo devolvió.

—Investigaremos el número. Lo vamos a atrapar.

Sara asintió con la cabeza sin muchas ganas de hablar, la mañana había sido intensa y agotadora, además casi no había dormido la noche anterior,

necesitaba cerrar los ojos y olvidar por un rato toda la pesadilla que estaba viviendo.

Una vez en comisaría, Lidia se puso a trabajar con el teléfono, Toni e Iván seguían descartando furgonetas hasta dar con la que buscaban. Nic estaba parado frente a una pizarra donde iba anotando las pistas y los posibles enlaces entre ellas. Lo que había ocurrido esa mañana daba vueltas en su cabeza, ¿cómo podía haberse enterado el asesino del operativo? Solo lo sabían ellos cuatro y Sara. La idea, que ya había tenido anteriormente, volvió a su mente, había un traidor entre los suyos. Un policía corrupto que trabajaba para el traficante y asesino, pero ¿quién?

Se giró y posó su mirada en Iván, su amigo y compañero desde la adolescencia, habían compartido todo, habían crecido juntos, habían soñado con ser policías y lo habían logrado, jamás dudaría de él.

Su mirada pasó a Toni, estaba en su equipo desde hacía varios años. Había conseguido, no solo ser compañeros sino también amigos. En alguna ocasión habían tomado alguna copa juntos y ligado juntos también. Era un policía que amaba serlo, se sentía orgulloso de su placa. En una ocasión le salvó la vida y se la debía, le tenía afecto y tampoco podría dudar nunca de él.

Por último, observó a Lidia, la conocía menos, solo hacía unos meses que formaba parte de su equipo. La habían trasladado desde otra ciudad por petición propia. En una noche nostálgica les confesó que se peleó con sus padres y quiso alejarse. Era una policía que cumplía las reglas, nunca se las saltaba y cuando ellos lo hacían se llevaban una reprimenda por parte de ella. Era muy buena con los temas informáticos y gracias a ella habían cerrado muchos casos. Era una gran policía, ¿cómo dudar de ella?

Entonces ¿quién era el policía corrupto? Debía de ser algún agente que acostumbraba a poner la oreja en la puerta o donde sea.

—Conozco esa mirada —dijo Iván.

—¿Tan transparente soy? —bromeó Nic.

—Será que pasamos demasiado tiempo juntos.

—Lo que vosotros necesitáis es una mujer en vuestras vidas —sonrió Lidia.

—Las mujeres no arreglan las cosas, más bien las complican —replicó Toni.

—Eso solo lo podría decir un hombre.

—Chicos, centraos en el caso —los regañó Nic.

—Piensas que ha sido un agente de policía. —Iván volvió al tema.

—Sí, no tengo otra explicación.

—¿Y Sara? —sugirió Lidia.

—¿Viste lo asustada que estaba? ¿Crees que puede trabajar para ellos?

—No me refería a eso, Nic, sino a si ella se lo ha contado a alguien.

—No lo creo, tenía mucho miedo por su abuela.

—¿Ni siquiera a su primo?

Nicolás frunció el ceño al escuchar aquellas palabras. No era descabellado pensar que Sara se lo hubiera contado a su primo, al fin y al cabo era de su familia y confiaba en él. Ahora que lo pensaba, su actitud había sido extraña cuando llegaron del operativo. No pidió explicaciones de lo ocurrido ni le recriminó el estado de su prima. ¿Sería por qué ya sabía lo que había pasado?

Sin querer pensar más, cogió el móvil y llamó a Sara.

—Hola, Nic. ¿Hay novedades?

—¿Le contaste lo del operativo a alguien?

—Claro que no.

—¿Estás segura?

—Jamás pondría en peligro la vida de mi abuela. Lo sabes.

—Sí, eso lo sé. —Unos segundos de silencio—. ¿Se lo contaste al pródigo?

—Eh... se trata de nuestra abuela.

—¡Se lo contaste! Te ordené que no se lo dijese a nadie.

—A mí no me das órdenes.

—Sí te las doy si trabajas en un operativo bajo mi mando. Si quieres colaborar conmigo, me obedecerás.

—No entiendo por qué te pones así.

—Porque alguien se chivó de nuestros planes y por eso salieron mal.

—¿Y piensas que fue Darío? ¿Cómo se te ocurre?

—No estoy diciendo que él sea el chivato, solo que tal vez se le escapó y lo habló por ahí.

—Él no haría eso.

—Dile que venga a comisaría, quiero hablar con él.

—¿Lo vas a detener?

—No, solo quiero hablar con él. Dile que venga o ¿prefieres que mande a unos agentes para que me lo traigan?

—Le diré que se pase —aceptó en un tono seco y cortante.

—Que venga ya. Lo estoy esperando.

—Cómo te gusta mandar. Que sepas que estás equivocado, Darío no ha hecho nada malo. Estoy segura.

—Eso ya lo veremos.

Nicolás caminaba de un lado al otro de la oficina impaciente por interrogar al pródigo. Aunque no se lo había dicho a Sara, había una gran posibilidad de que fuese el cómplice del asesino. Dudó de él desde que le vio por primera vez y ahora lo hacía todavía más.

Tras una hora de espera, apareció en su oficina acompañado de Sara. Prefería que hubiera venido solo, pero dejar a Sara fuera de algo relacionado con su familia era difícil por no decir imposible.

Los dos hombres se desafiaron con la mirada en cuanto se vieron. Sara iba cogida de su brazo y ese gesto le repateó el estómago. Si ese hombre tenía algo que ver en todo aquello lo quería a kilómetros de ella.

—Iván llévale a la sala de interrogatorios.

—¡Dijiste que no le ibas a detener! —protestó ella.

—Y no lo voy a detener... si me gustan sus respuestas.

—No me lo puedo creer —protestó Sara.

—Ya pasé por ahí, ¿o no lo recuerdas, inspector? —dijo el aludido.

—Sí, pero ahora voy a hacerte preguntas nuevas.

—Te acompañaré, Darío —indicó ella.

—No. —La respuesta de Nicolás fue rotunda—. Iván llévale ya. —Su compañero obedeció y Darío no opuso resistencia.

Cuando desaparecieron por de la oficina, Sara se acercó a Nicolás antes de que se marchara también.

—Nic, él no es el responsable de lo que ocurrió hoy, le conozco muy bien.

—¿Estás segura? Desapareció cinco años, puede que haya cambiado en ese tiempo.

—El tiempo que lleva viviendo con nosotras me ha demostrado que no lo ha hecho.

—Si es como dices, no deberías preocuparte.

—No puedo evitarlo. —Se acercó más a él y le tocó el brazo haciendo que le prestara una mayor atención—. Prométeme que lo dejarás marchar.

—No puedo hacer eso.

Nicolás levantó su mano y le acarició la cara, después, la dejó allí plantada

y se fue tras su compañero hasta la sala.

Darío ya estaba sentado a un lado de la mesa, Iván estaba de pie junto a un gran espejo. Nic se sentó frente al primo de Sara.

—¿Cuándo te informó Sara de nuestro plan?

—El domingo por la noche, estaba muy nerviosa. Ella no quería decirme nada pero le insistí para que me contara lo que le pasaba y así lo hizo.

—¿Le contaste a alguien lo que ella te dijo?

—No, me explicó la amenaza a mi abuela. Jamás la pondría en peligro, no como otro que tengo frente a mí.

Nicolás se puso en pie.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada, lo digo claramente. Con tu bonito plan pusiste en peligro a mi abuela y a mi prima.

—Hasta que no cojamos al asesino siempre estarán en peligro.

—Qué bien para ti usar a una chica inocente y a una anciana para atrapar a un asesino, después, cerrar el caso con broche de oro y las felicitaciones de tus amigos policías. Con un poco de suerte hasta consigues un ascenso.

Sin poder contener la furia, Nic arremetió contra Darío golpeándolo en la cara con su puño.

—¡Serás desgraciado! —gritó Nic y fue a pegarle otra vez, pero Iván lo retuvo.

—Tranquilo, compañero.

—Te denunciaré por violencia policial —dijo Darío.

—¡Haz lo que te dé la gana!

—Supongo que no gusta oír las verdades.

—Jamás he utilizado a nadie para mi propio beneficio. Si vuelves a insinuarlo te romperé la cara y nadie me lo podrá impedir —amenazó mirando a Iván de soslayo.

En ese momento, entró Lidia en la sala.

—Nic, el jefe te llama.

—Ve, Nic, yo continúo el interrogatorio.

Nicolás salió del aquel cuarto y se marchó hasta la oficina del Inspector Jefe. Ya imaginaba qué era lo que le iba a decir. Seguro que ya sabía de su operativo fallido.

Mientras, Iván acabó de hacer las preguntas pertinentes a Darío, tras acabar le dejó marchar pues no había nada que le acusase de ser el cómplice del

asesino.

Sara esperaba a que acabaran en la oficina, donde Toni y Lidia estaban trabajando. Vio llegar a Iván y poniéndose en pie, le preguntó:

—¿Dónde está Darío?

—No lo sé, salió hace un rato.

—¿Y se fue sin mí? Qué raro.

—Supongo que tendría prisa o no sabía que lo esperabas.

—Puede ser. —Le pareció extraño, quizá estuviera enfadado y deseara estar asolo—. ¿Y Nic?

—Lo llamó el jefe.

—Y puede que tarde —añadió Lidia.

—Me voy a casa, es muy tarde, mi abuela ya se habrá quedado dormida y puede que Darío esté allí.

—Puedo decirle a Nic que te llame cuando acabe —sugirió Iván, que por la cara que llevaba, imaginaba que lo desearía.

—No hace falta... o lo que él quiera...

La única contestación de Iván fue una sonrisa que compartió con sus compañeros de oficina cuando ella se marchó.

Hacia media hora que Sara se había ido cuando Nicolás entró en la oficina. Efectivamente el jefe se había enterado de su operación secreta y no le había hecho ninguna gracia, sobre todo porque había salido mal. Si al menos hubiera podido encerrar a alguien o cerrar un caso... Había tenido que soportar largos minutos de reprimenda después de contarle todo. Además, que Sara hubiera participado no le ayudó a mejorar su humor y más porque, ahora, la señora María necesitaba más protección.

Todo había salido mal y la culpa la tenía el traidor que se movía entre ellos. Todavía no había descartado a Darío del todo, pero lo más seguro es que fuera un agente de policía.

Observó a su equipo, Lidia tecleaba a velocidad de tortuga, Toni se había dormido sobre el escritorio e Iván daba cabezadas mientras sostenía unos documentos en su mano. El día había sido demasiado largo.

—Supongo que Sara se ha ido —comentó.

—Dijo que la podías llamar cuando acabaras.

Miró su reloj, ya había entrado la madrugada, era demasiado tarde, le mandaría un mensaje. Sacó su móvil y tecleó.



«¿Cómo estás?»

Después se dirigió a su equipo.

—¡Muchachos! Vayamos a descansar, mañana estaremos frescos para continuar la investigación.

—Será lo mejor —contestó Toni levantando la cabeza.

—¿Qué te ha dicho el jefe?

—En conclusión, que la próxima vez que le oculte un operativo, me suspenderá.

Lidia lo miró con cara de «pues ya sabes lo que debes hacer», le contestó con una mueca y cogió sus cosas para irse.

—Buenas noches —les dijo a todos.

Los demás también se despidieron y cada uno se marchó a descansar.

Cuando Sara llegó al piso, la abuela estaba dormida tal y como había imaginado, solo que no estaba en su habitación sino en la mecedora y con la costura en las manos. Le acarició el brazo con cariño para despertarla.

—¿Me he dormido? —preguntó la abuela al abrir los ojos.

—Sí, debiste irte a la cama.

—Quería esperarte.

—¿Darío llegó?

—Sí, pero apenas lo vi. Nada más entrar se fue a la ducha y se encerró en su cuarto.

—Lo importante es que esté aquí.

—¿Ha pasado algo en comisaría?

—Nada malo, que yo sepa. Nic quería hacerle unas preguntas a Darío, se las hizo y ya está.

—Todo lo que se haga para atrapar al asesino es bueno.

—A ver si mañana está más comunicativo y me entero de lo que hablaron.

Sara había pensado en llamar a su puerta para preguntarle, pero la abuela tenía razón, mejor esperar a mañana. Estaría muy cansado y haber tenido que ir a comisaría no le tendría de buen humor.

—Buenas noches, abuela. —Le dio un beso y se fue a su habitación.

Entró en su propio cuarto de baño, se lavó la cara y los dientes. Se cepilló el pelo y se hizo una trenza para dormir. Alzó la vista y se quedó mirando su propio reflejo en el espejo. Tenía unas ojeras impresionantes, y el blanco de los ojos había tomado un tono rojizo. Sus labios un tanto blancos. Dios mío,

¡tenía un aspecto lamentable!

Dejó de mirarse antes de que le entrara una depresión, se colocó el pijama y se acostó con la promesa de que mañana iba a estar preciosa.

Nada más apagar la luz recibió un mensaje. Cogió el teléfono y al ver que era de Nic se apresuró a abrirlo. Sonrió al leerlo y se dispuso a contestarle.

«Muy cansada».

«Duerme, mañana será un nuevo día».

«Tú también, Nic. Buenas noches».

Dejó el móvil en la mesita, cerró los ojos y soñó con los de cierto inspector que la mantenía en un estado de perturbación.

Con el cuerpo y la mente descansados, Nicolás entró en la oficina muy temprano. Toni y Lidia ya habían llegado, al parecer Iván llevaba un poco de retraso.

—¿Cómo van las cosas?

—Ayer di con el furgón del secuestro de Sara.

—¡Y hasta ahora me lo dices!

—Fue por la noche, estabas hablando con el jefe y cuando llegaste, me había quedado dormido. Lo siento, pero sí hice algo nada más llegar.

—¿Qué?

—Conseguir la orden de registro.

—Está bien, eso lo compensa. No perdamos más tiempo.

—Sí, jefe —Toni rio porque nunca lo llamaba así a no ser que fuera con retintín.

Informaron a Lidia de adonde iban y a grandes zancadas salieron de comisaría.

A penas había atravesado la puerta cuando Iván llegó.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Toni encontró el furgón, Nic y él han ido a investigar.

—Espero que sea una buena pista. —Se sentó en su escritorio y empezó con su trabajo.

—Conseguí el teléfono —comentó Lidia—. No es público pero pertenece a un sitio público.

—¿De quién es?

—De una cafetería y... no te lo vas a creer.

—Qué.

—Está situada en la Plaza del Norte, estuvo todo el tiempo a nuestro lado.

—Pues investiguemos las cámaras de seguridad, cuando venga Nic le daremos la sorpresa —dijo Iván riendo.

El furgón pertenecía a una empresa de alquiler de vehículos sin conductor. Necesitaban registrarlo para recoger alguna pista. Entraron en la oficina, enseñaron sus placas y la orden que tenían. Les atendió una joven secretaria a la que le pidieron hablar con el responsable. El encargado de la empresa no tardó en aparecer.

—Buenos días, ¿deseaban hablar conmigo? —los saludó un hombre de unos cincuenta años, canoso y un tanto obeso.

—Tenemos una orden de registro para este vehículo —le informó Toni enseñándole el documento.

—¿Ha ocurrido algo con uno de mis furgones?

—No podemos revelarles esa información.

El hombre rodeó el escritorio, se sentó y comenzó a revisar el ordenador en busca de dicho vehículo.

—Vaya, ese furgón fue alquilado a primera hora.

—¿Por cuánto tiempo?

—Todo el día, hasta las ocho de la tarde no lo devolverán.

—Deme el nombre de quien lo alquiló.

—No puedo hacer eso, es información confidencial.

—Tenemos una orden judicial, debemos encontrarlo ya.

El hombre, que todavía sostenía el documento en su mano, pensó qué era lo correcto y decidió colaborar con la policía dándoles el nombre de su cliente. Volvió la vista al ordenador y tecleó un poco más.

—Está bien, se llama Alberto Miró.

—¿Tiene alguna dirección?

—No, solo el nombre.

—De acuerdo, si llegara antes de la hora prevista, por favor llámenos —le dijo Nic entregando una de sus tarjetas de inspector—. Gracias por su ayuda.

Salieron de la empresa y subieron en el coche de Nic.

—Seguimos sin tener nada —comentó con pesar.

—Al final de la jornada lo tendremos, Nic.

—Eso espero.

Arrancó y puso su Mazda rumbo a comisaría. Nada más llegar se topó con el Inspector Jefe, el cabreo que llevaba era tal, que le pareció que una de las venas de su frente le reventaría.

—¿Qué sucede ahora?

—¿Y te atreves a preguntar, Nicolás? Piensa un poco en lo que pasó ayer.

—Ah, ya le expliqué el operativo de ayer, por qué salió mal y...

—No, inspector, eso no.

—Revele el misterio, señor, por favor.

—Agrediste a un hombre al que estabas interrogando. Le diste un buen puñetazo en la cara, según la denuncia que te ha puesto.

—¿En serio? ¿Se atrevió a denunciarme?

—Pues sí y no quiero que mi departamento cobre mala fama.

—No fue nada y no le pegué interrogándole, fue porque me ofendió.

—No tengo ni tiempo ni ganas de oír tus explicaciones. Vete a casa.

—¿Me suspende por un puñetazo?

—No te suspendo, todavía. Este caso te trae muy nervioso, vete a casa, te relajas y no quiero verte por aquí hasta mañana.

—¡Pero tengo mucho que hacer!

—Tómame un día libre, lo harás mañana.

—Localizamos el furgón, debo ir esta tarde para el registro.

—Que lo hagan tus compañeros.

—¡Joder!

—Si vuelves a replicar, entonces sí te suspenderé.

—Está bien. —Nic esperó a que se fuera el jefe—. Toni, mantenme informado de todo y esta tarde iremos juntos a ver ese furgón.

—Pero el jefe...

—El jefe no me puede impedir ir por las calles a donde yo quiera.

Toni se rio de la ocurrencia de Nic, cuando algo se le metía en la cabeza, no había Dios que se lo sacara.

Sara estaba desayunando cuando Darío entró en la cocina. Se cogió unas tostadas que ya estaban hechas, se preparó un café con leche y se sentó junto a ella. La abuela ya había acabado y se había ido al mercado, acompañada de los dos agentes.

Darío untaba su tostada con mantequilla cuando el grito de su prima lo sobresaltó.

—¡Ah!

—¿Te has cortado?

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—¿Esto? —dijo tocándose el pómulo izquierdo que sabía lo morado e inflamado que se había puesto.

—Sí, está muy hinchado.

—Fue un ragalito de tu querido inspector.

—¿Nic te pegó?

—Sí, ayer mientras me interrogaba.

—Eso no es posible.

—¿No me crees?

—Es que no puedo creer que te pegara sin más. ¿Algo debió de ocurrir?

—No le gustaron mis respuestas. Al parecer esperaba que confesara algún crimen o algo así.

—Voy a hablar con él.

—Déjalo, Sara. Ya no importa.

—Te pegó ¿cómo no va a importar?

—De verdad, Sara, prefiero que no le digas nada.

Sara acabó de desayunar pensando en Nicolás, cómo había podido pegarle a su primo y lo que más le intrigaba era por qué.

Darío comenzaría hoy su trabajo de subdirector en los grandes almacenes. Al fin habían aceptado su solicitud de traslado así que esperó a que su primo se marchara de casa para salir ella también. No pensaba quedarse callada por mucho que le rogara, se notaba que su primo tenía buen corazón pero ella no iba a aguantar ninguna clase de abuso a su familia, ni siquiera por parte del Inspector Nicolás Castillo Mora.

Llegó a comisaría dispuesta echarle un sermón, entró en la oficina con el ceño fruncido y los labios apretados. Solo encontró a Toni sentado en su escritorio.

—Hola —lo saludó.

—¿Qué tal, Sara?

—Quiero hablar con Nic.

—No está.

—Puedo esperarlo ¿tardará mucho?

—No vendrá hasta mañana, el jefe lo mandó a casa.

A Sara le preocuparon aquellas palabras. Que el jefe te mande a casa no es

una buena señal ¿sería por culpa del operativo secreto que realizaron? Esperaba que no echaran a Nic solo por tratar de ayudarla. La furia con la que había llegado empezaba a remitir, no obstante, tenía que hablar con él sobre lo de pegarle a su primo.

—Espero que no sea por el operativo. Él actuó de la forma que mejor creyó.

—No ha sido eso, es que... no sé cómo decírtelo.

Toni titubeaba, ahora sí estaba preocupada. ¿Estaría enfermo y por eso lo mandaron a casa? ¿O tal vez un accidente? ¿Habría recibido algún disparo? Cada pensamiento que le llegaba a la mente era peor que el anterior.

—¿Nic está bien? ¿Le ha pasado algo malo?

—Tranquila, está bien. Es solo que... le pegó anoche a tu primo.

—Ah, eso. Ya lo sé, me lo contó Darío esta mañana. Es por eso que quería hablar con él.

—Pues resulta que tu primo denunció a Nic por agresión y el jefe lo echó de comisaría. Al menos por un día.

Sara abrió la boca asombrada, al parecer Darío había omitido un pequeño detalle. ¡Había denunciado a Nic! Por un puñetazo en el pómulo, ni que lo hubiera mandado al hospital. ¿Cómo había podido denunciarle después de todo lo que el inspector había arriesgado por ella y por su abuela? Era consciente de la dedicación que Nic estaba poniendo en el caso.

Se había precipitado al juzgarle, Darío no había especificado el motivo del puñetazo, pero Nic le contaría todo, vaya sí lo haría...

—¿Nic está en su casa?

—Supongo.

—Gracias.

Fue hasta el coche, subió y se dirigió a casa de Nic, solo había estado una vez pero recordaba bien dónde era. Una casa como esa era difícil de olvidar.

Mientras conducía no tenía ni idea de qué le iba a decir, tampoco sabía cómo reaccionaría él al verla allí sin previo aviso. La verdad es que no le importaba, estaba dispuesta a averiguar qué diablos les había pasado a esos dos cabezotas.

Cuando llegó vio el coche de Nic aparcado fuera y ella dejó el suyo detrás. Llamó al timbre un par de veces.

—¿Quién es?

—Soy Sara, tengo que hablar con Nicolás.

Como única respuesta la puerta se abrió. Entró caminando como lo había hecho unas semanas atrás, cuando Nic la llevó allí para curar sus heridas. Recordó aquel momento con una sonrisa. Solo él era capaz de hacerla sonreír en situaciones como esta.

Atravesó el jardín y llegó a la puerta principal, estaba entreabierta, así que solo tuvo que empujar y la abrió del todo.

Sin atreverse a entrar, esperó en la puerta.

—Hola, Sara. Qué alegría verte —le dijo Asunción entusiasmada de volver a ver a esa chica. Tenía ganas de que su hijo sentara la cabeza.

—Buenos días.

—Pasa, no te quedes en la puerta.

—Venía a hablar con Nic —anunció mientras entraba.

La cara de Asunción perdió toda la alegría. Sara pudo ver la preocupación y la frustración en su rostro.

—Qué bien que hayas venido porque no sé qué le pasa. Llegó muy enfadado hace un rato y no quiso contarme nada. ¿Sabes algo?

—No tengo los detalles, solo sé que anoche le pegó a alguien mientras le hacía unas preguntas.

—Como policía, supongo que no debió de pegarle, pero confío en que tuviera un buen motivo.

—Lo peor es que esta persona le ha denunciado y el jefe lo mandó a casa.

—¡Oh! Ahora lo entiendo. —Dio un largo suspiro y añadió—: Sube, está en su cuarto.

Ella asintió con la cabeza y comenzó a subir por las escaleras hasta la primera planta. Caminó por el pasillo hasta llegar, levantó la mano y golpeó la puerta con dos toques de sus nudillos.

—¿A quién busca, señorita Rey?

Sara reconoció al instante ese tono irónico que le caracterizaba, dio media vuelta y los ojos se le agrandaron como platos. Nunca imaginó encontrar así a Nic, nunca pensó siquiera en verle tan... tan... ¿mojado? ¿Desnudo?



Nicolás acababa de salir de la ducha y solo una toalla envuelta en la cintura le cubría. De su cabello caían gotas de agua que paraban en su pecho y resbalaban por la piel hasta morir en la toalla.

Sara no pudo evitar seguir con la mirada una de esas gotas, desde el hombro pasando por el vello de su pecho hasta llegar al claro de sus marcados abdominales. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, levantó la cabeza rápidamente y se fijó en su rostro. Su boca estaba ladeada formando una sonrisa traviesa y sus ojos negros estaban clavados en ella.

—Eh... yo venía a...

—Voy a vestirme y ahora hablamos.

—Sí, mejor —contestó pasándose la mano por el pelo.

Se apartó de la puerta y le dejó entrar. Nicolás pasó por su lado deteniéndose unos segundos en sus ojos, después entró y cerró.

La cabeza de Sara dejó de pensar durante varios minutos. El cuerpo semidesnudo de Nic estaba grabado en su mente. ¿Tanto tiempo hacía que no estaba con un hombre? ¿O estaba enamorada de verdad? Lo cierto era que se sentía incapaz de estar lejos de él, le gustaba su mirada, su sonrisa, su forma de hablarle, de consolarla, de tratar de solucionar los problemas... en verdad le gustaba todo de él.

—Pasa —indicó el inspector al abrir la puerta de nuevo.

Ella tardó unos segundos en darse cuenta de que le había hablado. Agachó la cabeza, avergonzada por el descaro con que lo había mirado antes y entró en la habitación.

—Nic...

—Imagino por qué has venido —comentó interrumpiéndola.

—No me andaré por las ramas. ¿Por qué le pegaste a Darío?

—Me insultó.

—¿Y ya está?

—No fue un insulto cualquiera.

—¿Qué fue?

Nicolás se rio al darse cuenta de que estaba siendo interrogado por Sara.

—Eres buena.

—No entiendo de qué te ríes, esta situación no es graciosa. Él te insultó, tú le pegaste, él te denunció... ¿qué es lo próximo?

—Buen resumen. Podrías ser policía.

—No bromees, Nic. Me he preocupado mucho.

Nicolás dejó de reír al ver la expresión de angustia en Sara. Sus ojos verdes parecían haberse oscurecido, su cabello ondulado se veía más rubio, sus mejillas estaban muy sonrosadas.

—Me dijo que utilicé a tu abuela y a ti para atrapar a un asesino y echarme flores, medallas... y no sé qué más estupideces.

—¿Y para qué le haces caso?

—Yo jamás te podría en peligro, lo sabes ¿verdad? Y mucho menos para echarme flores.

—Lo sé, Nic. —Se acercó a él y le acarició la corta barba que cubría su rostro. Le gustaba ese tacto varonil.

—¿Estás enfadada?

—Lo estaba. —Sara no apartó la mano de su barba, entonces, él posó la suya sobre los suaves dedos de ella.

—¿Y ahora ya no?

—Bueno... quizá un poco, no debiste pegarle.

Se quedaron un rato así, tocándose las manos y mirándose como bobos. ¿Sería buena idea intimar con la hija de una víctima?, se preguntó Nic. La respuesta era sencilla: No.

—¡Qué demonios! —bramó él antes cogerle la cara con las dos manos y besarla con pasión.

A Sara la pilló desprevenida, pero no tardó en ser consciente de la boca de Nic sobre la suya, de las manos masculinas presionando su rostro para no dejarla escapar de sus labios. Sus lenguas se enredaron, sus alientos se mezclaron y los corazones de ambos comenzaron a latir más fuertes que nunca.

Nicolás colocó sus manos en la cintura de ella y la condujo hacia la cama sin dejar de besarla, cayeron sobre el colchón y empezaron a tocarse por encima de la ropa.

Sara le estaba desabotonando la camisa cuando el teléfono de Nic sonó. Él levantó la cabeza y miró hacia el escritorio. Ahí estaba, encendido, sonando y vibrando a la vez.

—¡Joder! Puede ser de comisaría.

—No pasa nada, cógelo.

—No te muevas de aquí —dijo al tiempo que se levantaba de la cama.

Fue hasta su móvil, era su compañero Toni. Contestó.

—Más te vale que sea importante. ¿De verdad? Dame una hora y te acompaño. ¿Por qué no? Está bien, hasta luego.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella sentada sobre la colcha.

—Toni encontró el furgón con el que te secuestraron pero no podemos ir ahora a registrarlo. Además, Iván y Lidia tienen novedades así que, como no puedo ir a comisaría, hemos quedado para comer y me cuentan.

—Iré contigo.

—De eso nada, es una investigación.

—La de la muerte de mis padres —le recordó ella para que no la dejara al margen.

—De acuerdo, ven. Así vas practicando para cuando seas policía.

—Ja, ja, ja —dijo ella con sarcasmo.

Nicolás la miró bien, el pelo alborotado, su boca estaba enrojecida por el roce de su barba pero la respiración ya se había calmado.

—¿Qué quieres hacer? —le dijo él inseguro.

—Nos hemos dejado llevar por un arrebató, tu madre está abajo.

—Ya, ni me acordaba de dónde estaba, lo siento.

—No te disculpes.

Nunca había visto a Sara tan guapa, pensó Nic. Esto era una locura, pero bendita locura, hacía demasiado tiempo que no se sentía tan vivo. Le ofreció la mano y le dijo:

—¿Vamos?

Ella ni se lo pensó, se la tomó y ambos rieron ilusionados por lo que acababa de comenzar entre ellos, algo especial, algo que nunca antes habían vivido.

Nicolás atravesó la casa tirando de Sara, llegaron hasta el salón donde sus padres estaban charlando. Levantó la mano que tenía libre para despedirse de ellos.

—Nos vamos, no nos esperéis.

—Vale —alcanzó a decir Asunción que aun parpadeaba pensando en su hijo cogido de la mano de esa chica.

—¿Te gusta esa chica para él? —le preguntó Rodrigo a su mujer.

—Es muy diferente a Nic, pero solo quiero verle feliz. —Se recostó sobre

el hombro de su marido y sonrió al recordar la cara de su hijo cuando salió con Sara.

—Pero ¿qué sabemos de ella?

—Ya nos lo contarán, Rodrigo.

—Tuve que aceptar que se hiciera policía, que no quisiera trabajar conmigo y ahora ni nos habla de la chica con la que sale.

—Es evidente que acaban de empezar, ten paciencia.

Asunción besó a su marido en los labios y le acarició el brazo, su marido tenía temperamento pero siempre acaba claudicando a la felicidad de sus hijos.

Se subieron en el coche de Sara y esta condujo hacia donde le indicó Nicolás. Había quedado con sus compañeros para hablar sobre las pistas que habían conseguido mientras comían algo.

Cuando llegaron al restaurante, Toni y Lidia ya estaban allí. Nic y Sara se acercaron cogidos de la mano haciendo que las cejas los dos agentes se levantaran con sorpresa. No obstante, no dijeron nada al respecto.

Tras pedir lo que querían al camarero, Nic fue directo.

—Toni ¿conseguiste registrar el furgón?

—No.

—Dijiste que lo habías encontrado, que no hacía falta que yo fuera.

—Así es, pero no pudimos registrarlo y no creo que eso sirva de mucho ahora.

—Deja de hablar con acertijos.

—Lo encontramos en un descampado totalmente calcinado. Lo rentaron con un nombre falso, así que no tenemos nada.

—Maldita sea, se nos han vuelto a adelantar.

—¿Otra vez con tu teoría de la conspiración? —preguntó Lidia.

—Ya van tres veces, no puede ser casualidad. Alguien avisa de nuestros movimientos y el asesino se nos adelanta.

—Yo empiezo a creer tu teoría, Nic. Lo de la furgoneta ha sido muy extraño.

—¿Quién crees que puede ser? —preguntó Sara preocupada porque si alguien estaba sabotando la investigación, nunca cogerían a los asesinos de sus padres y además, no podría mantener a salvo a su abuela.

—Una persona que está cerca de nosotros, tal vez un agente de policía.

—¿Eso es posible?

—No sería el primer caso de corrupción dentro del cuerpo, Sara.

Sirvieron la comida y todos comenzaron menos ella que tenía un nudo en la garganta y se sentía incapaz de tragar ni un bocado.

—Vamos, cariño, come algo.

Nuevamente las cejas de sus compañeros se levantaron pero esta vez no guardaron silencio.

—¿Desde cuándo vosotros dos... ya sabéis? —soltó Toni.

—Desde hace una hora más o menos —contestó Nic mirando a Sara y sonriendo.

Los dos agentes rieron a carcajadas viendo por primera vez gestos *ñoños* en su jefe. En ese momento llegó Iván y se unió al grupo.

—¿Qué os hace tanta gracia?

—Nic tiene novia —anunció Lidia sin previo aviso.

—Verlo para creerlo —contestó Iván—. ¿Y quién es? ¿La conocemos?

A Nicolás no le hicieron ninguna gracia aquellas preguntas delante de Sara. ¿Su amigo lo hacía a propósito para molestar o realmente no se imaginaba que fuera Sara? Vio como la sonrisa de ella abandonaba su rostro y se enfadó todavía más.

—Eres idiota o qué —espetó Nic.

Fue entonces que Iván cayó en la cuenta de que Sara estaba presente. No sabía si sería bueno que su amigo se implicase de ese modo con la hija de una víctima cuyo caso estaba investigando. Le pareció una auténtica locura, Nicolás había perdido la cabeza del todo, pero tampoco le sorprendió puesto que su comportamiento de los últimos días indicaba que aquello pasaría tarde o temprano.

Al escuchar la réplica de su compañero y su cara de pocos amigos, fue consciente de su metedura de pata. De todas formas no debía inmiscuirse ya que era asunto de Nic y él nunca se lo permitiría.

—Lo siento, no me di cuenta. Felicidades.

Nicolás captó a la primera que no fue sincero, pero supuso que sería por la sorpresa. Lidia decidió cortar la tensión del momento.

—Iván, dale las buenas noticias a Nic.

—¿Todavía no se lo dijiste?

—Te estaba esperando, fue un trabajo de los dos.

—Hablad, no nos dejéis con la intriga —intervino Toni, olvidando ya el

percance.

—Localizamos el número del que llamaron a Sara —comenzó a explicar Iván.

—Pertenece a un teléfono público situado en una cafetería. ¿Adivina dónde? —continuó Lidia.

—Sorpréndeme.

—En la Plaza del Norte.

—Es decir, que estuvo todo el tiempo observándonos —concluyó Nic.

—Sí.

—Alguien nos espía.

—¿Sigues sospechando de Darío Rey? —indagó Iván.

—¡Mi primo! —gritó Sara escandalizada.

—Iván eres un bocazas —lo regañó Lidia.

—Es una posibilidad, Sara —explicó Nic—. El traidor es alguien cercano a nosotros, que sabe todos nuestros movimientos.

—Mi primo no es, ya te lo he dicho muchas veces.

—Aunque yo me decanto más por un agente de policía, no puedo descartar a nadie.

Sara bufó y se calló. Nic no creía al cien por cien que fuera su primo y ella confiaba en él, tendría que seguir haciéndolo.

—Habrá que buscar en las cámaras de seguridad, hay que dar con ese desgraciado —indicó Nic.

—Lidia y yo ya estamos trabajando en ello —apuntó Iván.

—Y yo veré que saco del furgón, no será mucho pero hay que intentarlo —señaló Toni.

—Muy bien, yo seguiré con mi castigo. Mañana me ponéis al día, pero si sucediera algo importante, me llamáis, no importa la hora que sea.

—Tranquilo jefe —dijo Lidia sonriendo.

Terminaron todos de comer mientras charlaban de cosas triviales, después Nicolás se despidió de ellos, tomó a Sara de la mano y fueron hasta el coche.

—Dame las llaves —le pidió él.

—Es mi coche.

—Pero quiero llevarte a un sitio sorpresa.

—Si es por eso... —Y le lanzó las llaves que Nic agarró al vuelo.

Llevaban quince minutos de viaje cuando Sara imaginó a dónde la llevaba. El olor a salitre y el graznido de las gaviotas le anunciaban que estaba muy cerca del mar. Pocos minutos después, sus ojos alcanzaron a ver el horizonte color azul y la emoción de pasar un día diferente se apoderó de ella.

Bajó la ventanilla del coche y respiró el aire fresco llenándose los pulmones por completo. Cerró los párpados y se permitió soñar con una vida libre de problemas y peligros. Una vida donde descansar en paz y no dejar de sonreír.

Nic la miró de soslayo y se alegró de haberla traído. Ambos necesitaban un paréntesis, olvidar todo por un rato para poder volver a la realidad descansados y con fuerzas de seguir luchando.

Circulaban por el pueblo costero con tranquilidad ya que apenas había tráfico. Todavía era invierno y el lugar era apacible, tan solo se atrevían a salir algunos transeúntes y senderistas a los que les gustaban los largos paseos.

—La brisa es muy fría en esta época y no traje bufanda —comentó ella, hacía rato que había tenido que subir la ventanilla para no helarse.

—Sí, pero no la necesitarás.

—¿A dónde vamos exactamente?

Acababa de soltar la pregunta cuando Nic hizo un giro de noventa grados y paró a las espaldas de unas viviendas adosadas, de dos plantas cada una, en primer a línea de playa.

—Ya hemos llegado.

Bajaron, la tomó de la mano y casi la arrastró hasta una de las casas. Entraron por la puerta de atrás.

—¡Vaya! ¿Es de tus padres?

—No, es mía.

—No imaginaba que te gustara el mar.

—Aún hay muchas cosas de mí que no sabes. —Le dio un rápido beso en los labios y tiró de ella.

Cruzaron la casa hasta llegar a la parte delantera, salieron a la terraza y se

detuvieron junto a la barandilla. Frente a ellos se hallaba un amplio paseo de baldosas decorativas, luego un carril bici. Una balaustrada separaba el paseo de la playa y al mirar más allá vio cómo se expandía el Mar Mediterráneo en todo su esplendor.

—Es precioso.

—La compré el año pasado, en mi casa siempre hay mucha gente y cuando necesito un poco de paz siempre vengo aquí.

—Es bueno disponer de un lugar en el que poder exhiliarte.

—Esta zona, incluso en verano, es tranquila porque no hay cafeterías ni restaurantes, solo viviendas. —Volvió a tomarla de la mano—. Ven, te enseñaré el resto de la casa.

Nicolás le enseñó cada rincón, no era demasiado grande pero sí muy acogedora. Un salón más cocina con terraza abajo, con un cuarto de baño y arriba dos habitaciones, otro cuarto de baño y una terraza algo más pequeña pero coqueta.

Sara siempre había querido pasar unas vacaciones frente al mar, pero sus padres nunca se animaron a alquilar una casita en la playa aunque fuera un par de semanas. Decían que era por la abuela pero ella pensaba que el verdadero motivo era que a su padre nunca le gustó la arena.

Se sentaron en dos hamacas que había en la terraza superior y quedaron largo rato en silencio, mirando cómo el mar golpeaba la orilla con suaves olas. Era un lugar maravilloso para olvidarlo todo y disfrutarlo, pero no pudo y su mente voló, sin ser consciente, hacía el caso que tenían entre manos.

—¿De verdad sospechas de mi primo? —soltó ella de pronto.

—Si te soy sincero sospecho de más gente, pero no quiero creerlo.

—¿De quienes sospechas?

—Olvídalo.

—¿De mí? —preguntó aterrada de que la respuesta fuese afirmativa.

—¡No! ¿Cómo se te ocurre? Eres la víctima en todo esto, en ningún momento dudé de ti. —Nic se puso de pie, fue hasta la barandilla y apoyó los codos. Ella le siguió y se colocó a su lado.

—Está bien, no me lo digas.

—Es que no puedo todavía. Seguramente estoy equivocado y es un agente cualquiera, uno del que no sé ni su nombre.

—Así lo espero porque no creo que sea mi primo.

—Reza para que no lo sea.



—No me asustes, Nic.

Nicolás se puso muy serio, tomó a Sara por los hombros y la puso de frente a él.

—Escúchame bien, no hables de esta conversación con nadie, ni con tu primo, ni con tu abuela, con nadie. ¿Me has entendido?

—Sí, no hace falta que me lo recalques.

—Esto es muy serio, Sara. En esta investigación pueden salir cosas que no nos gusten, tienes que estar preparada al igual que yo.

—Lo sé, enterarme de lo que hizo mi padre, me dejó destrozada. Lo tengo asimilado pero recordarlo todavía me duele.

Nic vio formarse una niebla que cubrió sus ojos impidiendo ver resplandecer sus pupilas, en realidad, desde que la conoció, nunca las vio brillar.

La tomó en sus brazos para darle consuelo. Sabía que lo que averiguó de su padre le había roto el corazón, solo esperaba que su primo no fuera cómplice y sobre todas las cosas, deseaba mantener a su abuela fuera de todo peligro. Dos muertes en la familia ya eran suficientes para cualquiera.

La separó unos centímetros de él, cogió un mechón de su pelo y se lo colocó tras la oreja. Ella tomó su cara con las dos manos, se puso de puntillas y lo besó.

Nic la rodeó con sus brazos y la apretó contra su cuerpo. Al sentir la turgencia de sus pechos y el latido acelerado de su corazón, se excitó sobremanera. La empujó hacia dentro de la habitación sin despegar sus labios de ella, chocaron con el borde de la cama y cayeron sobre el colchón.

Sara le desabotonó la camisa, acercó sus labios y dejó una hilera de besos en su pecho varonil.

—Sara... —jadeó.

Ella no contestó y siguió paseando sus labios por su cuerpo hasta llegar al abdomen.

—Sara... —volvió a decir, pero esta vez se apartó un poco de ella.

—¿Sí, inspector? —contestó de forma juguetona.

—Antes de continuar quiero decirte algo.

—¿Hice algo mal? —preguntó preocupada, su rostro travieso ya había desaparecido.

—¡No! Es que... Esto va muy rápido y no quiero hacerte daño.

—Soy mayorcita, sé lo que me hago.

—Pero yo necesito saber qué quieres de mí o qué buscas en mí.

—Solo quiero que me ames.

—Mi amor ya lo tienes.

—Pues no quiero nada más.

—¿Ninguna promesa?

—Si tengo tu amor, no la necesito, confío en ti.

—Jamás he conocido a nadie como tú, que crea en mí de esa forma, que me quiera sin condiciones.

—Yo tampoco he conocido nunca a nadie como tú, dispuesto a darlo todo por la vida. Eso fue lo que más me atrajo de ti.

Ante aquellas palabras, Nic no supo qué decir, se sentía maravillado con la mujer que tenía frente a él.

Sara sonrió al tiempo que colocaba las manos, de nuevo, en el pecho de él para deslizar la camisa por sus brazos hasta sacársela. Nic cogió el bajo de la camiseta de ella y la levantó hasta quitársela por la cabeza.

Ambos amantes sonrieron antes de posar los labios en los del otro y comenzar a devorarse. Rodaron por la cama mientras se tocaban y se terminaban de desnudar. Como hacía frío se cobijaron bajo la colcha. Nic se colocó sobre ella, acarició su intimidad con los dedos una y otra vez mientras ella se retorció de placer, después la penetró uno de ellos. Sara gritó de placer al tiempo que levantaba sus caderas y comenzaba a moverse entorno a su mano, gozando de cada segundo. Cuando Nic la notó húmeda por completo y, sin perder un instante, sustituyó sus dedos por su miembro llenándola por completo.

Danzaron al unísono, sintiendo con cada embestida un rayo de placer que les atravesaba el cuerpo. Antes de la culminación, Sara se colocó sobre él para poder cabalgar y disfrutar a sus anchas del cuerpo masculino.

Nic tomó sus pechos mientras ella subía y bajaba sobre él, el éxtasis se acercaba y nada lo podía detener.

—¡Sara! ¡Sara!

—Tranquilo que también voy.

Y con grito ahogado cayó sobre él cobijando la cabeza bajo su cuello. Nic la abrazó fuerte para que no se separase de él todavía.

—Eres maravillosa —la alabó después de besar su nariz.

—Tú tampoco has estado nada mal.

Cerraron los ojos y dejaron que sus cuerpos regresasen a su ritmo normal.

Sin darse cuenta se quedaron dormidos más de una hora, no sabían si había sido por el cansancio acumulado, el estrés que los mantenía en vilo o la hazaña amorosa que acababan de realizar.

Al despertar estaban hambrientos, pidieron unas pizzas y cenaron con la música de Alejandro Sanz sonando de fondo. Después se acomodaron en el sofá y pusieron una película.

Estaba a punto de acabar cuando Nic se animó a preguntarle algo que había estado dándole vueltas desde la cena.

—Sara.

—Mmm.

—¿Te quedas conmigo?

—¿Te refieres a esta noche? —indagó ella levantando la cabeza del hombro de Nic.

—Aprovechemos este día hasta el final.

Ella se mordió el labio inferior. Nada deseaba más que pasar la noche entera en los brazos de Nic.

—Avisaré a mi abuela.

La mañana llegó más rápida de lo que habrían deseado, sobre todo porque habían vuelto a hacer el amor durante la madrugada y estaban agotados. Nic sabía que debía marcharse temprano y averiguar cómo iba la investigación, pero el cuerpo desnudo de Sara le impedía moverse de la cama.

Acarició su espalda con suavidad haciendo que ella se girara hacia él.

—Buenos días, inspector.

—Buenos días, mi amor.

—Me gusta eso de «mi amor» —dijo ella encantada.

Comenzaron a besarse al tiempo que con sus manos tocaban cada rincón de sus cuerpos.

De pronto, el sonido del teléfono de Nic los interrumpió. De forma perezosa, y un tanto molesto, fue a cogerlo. Vio que era comisaría, sus compañeros lo reclamaban, debía regresar al trabajo. La conversación fue escueta, nada más colgar llamó a un taxi y comenzó a vestirse.

El día libre, que tuvo que tomarse por obligación, había sido muy provechoso, al fin y al cabo, pero ya se había concluido y debía volver a la realidad.

—Me voy ya.

—Espera y te llevo.

—He llamado a un taxi, así puedes desayunar con tranquilidad. —Fue hasta cómoda y cogió un llavero—. Ten las llaves y cierra bien cuando te vayas.

Le dio un beso rápido en los labios y se marchó. Sara permaneció en la cama algunos minutos más rememorando las últimas horas con Nic. Ahora sí, ahora sí estaba enamorada hasta las trancas de ese inspector cabezota.

Desayunó, dejó la casa en óptimas condiciones y se marchó a casa. Ella también debía volver a la realidad.

Llegó sobre el mediodía al edificio acristalado, había aparcado a dos calles. En sus oídos todavía resonaban las palabras de amor de Nic, en su piel todavía podía sentir sus caricias que la hacían arder y en su mente no dejaba de rememorar el día anterior.

Subió por el ascensor hasta la planta décima con una sonrisa que iluminaba su rostro, no iba a poder disimular su felicidad ante su abuela, pensó. Se lo contaría nada más verla, le diría que estaba enamorada de Nicolás y compartiría con ella su alegría.

Se pondría muy contenta porque en más de una ocasión ya le había dicho que necesitaba un novio, un compañero de vida que la cuidara al tiempo que ella también cuidaba de él. Solo así se iría al otro mundo tranquila, le decía.

Las puertas del ascensor se abrieron y salió sonriendo. No había dado ni dos pasos cuando un grito desgarrador escapó de su garganta.

Un gran charco de sangre cubría a los agentes que custodiaban a su abuela. Era incapaz de acercarse pero tenía que hacerlo, la puerta del piso estaba abierta y su abuela podría estar... podría estar muerta. No quería ni pensarlo, todavía tenía en su mente la imagen de sus padres sobre la alfombra del salón. Otra vez no, no podría soportarlo, por favor no, rogaba para sí misma.

Lentamente avanzó hacia los cuerpos de los agentes, conforme se acercaba tuvo que taparse la boca con una mano, los ojos se le llenaron de lágrimas y apenas veía por donde pisaba. Cuando llegó hasta ellos, se quedó muy quieta, para entrar tendría que atravesar el charco de sangre y no sabía si sería capaz. De pronto, uno los agentes la agarró del tobillo haciéndola gritar de puro terror. Al instante, se dio cuenta de que el pobre hombre seguía vivo. Se agachó sobre él y lo tomó de la mano impregnándose con su sangre.

—Tranquilo, avisaré a una ambulancia, te pondrás bien.

Sacó el teléfono de su bolso y comenzó a marcar pero las manos le temblaban demasiado y se equivocó dos veces hasta que al fin consiguió llamar.

—Ya vienen para acá, te ayudarán —le dijo al agente caído—. Ahora tengo que dejarte, necesito ver a mi abuela.

El agente cerró los ojos comprendiendo a la chica pero a la vez no queriendo quedarse solo, morir solo.

—Vendré en seguida, no te preocupes, no voy a irme —dijo por último adivinando los pensamientos del agente.

Sara se secó las lágrimas y armándose de valor entró en el piso cruzando entre medio de los dos cuerpos. Había dado una larga zancada para evitar pisar la sangre pero no lo había conseguido.

En el interior todo parecía ordenado, como si nada hubiese pasado. Avanzó con pasos vacilantes, dejando tras de sí sus propias huellas carmesíes.

—¡Abuela! ¡Abuela! —exclamó con desesperación.

Miró en la cocina, su habitación, la salita y el resto del piso, no estaba. Su abuela había desaparecido. No sabía si sentirse horrorizada o aliviada, al menos no estaba en mitad de la casa, muerta. Había esperanza.

Salió del piso y esperó que llegara la ambulancia junto al agente herido de gravedad. Le volvió a tomar la mano y a decirle palabras de ánimo.

Nicolás estaba en la oficina repasando las declaraciones de algunos testigos. Iván y Lidia habían salido a comer y solo estaban Toni y él.

Una llamada por radio les hizo levantar las cabezas de los papeles que estaban estudiando.

—¿Has oído eso? Dos agentes caídos —señaló Toni.

—Sí, ¿ese tiroteo no es donde vive Sara?

—Quizá sea al lado —dijo sin mucho convencimiento, solo por tranquilizar a su jefe.

—¡Maldita sea! ¡Sara!

Nic salió disparado de la oficina con Toni tras él. Estaba tan nervioso que le lanzó las llaves a su compañero porque no se veía capaz de conducir sin que tuviesen un accidente. Mientras Toni arrancaba, Nic colocó la sirena policial y llegaron en tiempo record aunque para él se le hizo eterno. La seguridad de Sara era su prioridad, ansiaba comprobar que estaba bien. Si algo malo le pasaba, no sería capaz de continuar con su vida. La necesitaba.

Al llegar, vio una ambulancia en la puerta, el miedo hizo presa de él, oprimió su pecho hasta casi no poder respirar. Corrió hacia la puerta del edificio, pero no pudo entrar ya que los sanitarios sacaban a uno de los agentes en camilla.

—¿Todavía vive? —preguntó Nic.

—Sí, pero está muy mal —respondió el médico que salía detrás del herido.

Sin perder más tiempo, Nicolás entró en el edificio, llamó el ascensor pero era demasiado lento para él y decidió subir las diez plantas por las escaleras.

La cantidad de sangre desparramada le hizo sentir un miedo atroz, jamás había sentido nada parecido en sus años como policía.

—¡Sara! —gritó su nombre.

Los policías ya habían acordonado la zona y le prohibieron pasar. Nic usó la fuerza y tuvieron que sujetarlo entre tres agentes. Mientras les bramaba que también era policía, sacó su cartera y les enseñó la placa. Solo así, se apartaron de su camino.

—¡Sara! —la volvió a llamar esta vez desde dentro del piso.

—Nic —susurró ella saliendo de su habitación.

—Sara, gracias a Dios. —Corrió hacia ella y la abrazó con fuerza. Sintió

tanto alivio de verla a salvo y de poder tenerlas entre sus brazos de nuevo—. Tuve tanto miedo cuando oí por radio lo que había pasado. ¿Estás herida?

—No, es la sangre del policía herido. Le sujeté la mano hasta que llegó la ambulancia.

—Seguro que te lo agradeció.

—Nic... mi abuela —sollozó junto a su cuello pues todavía no quería despegarse de él.

—No me digas que...

—No está, se la llevaron.

—La encontraré, no te preocupes, aunque me cueste la vida te la traeré.

—No quiero que te cueste la vida.

Se separaron unos centímetros para mirarse a los ojos.

—Sé cuidarme. Ahora tienes que salir de aquí, te vendrás a mi casa.

—¡No! Tengo que encontrar a mi abuela.

Nicolás la cogió por la cintura y la condujo fuera del piso. Toni estaba controlando que nadie pisara la escena del crimen mientras llegaba la científica. Además, el juez estaba de camino para el levantamiento del cadáver del agente caído.

—¿A dónde la llevas? —preguntó a Nic.

—A mi casa, está en shock.

—Hay que tomarle declaración.

—No la llevaré a comisaría, lo haremos allí mañana.

—Pero...

—Ahora no está bien. Avisa a Iván y a Lidia, poneos a trabar en esto.

—De acuerdo.

Sara apenas se mantenía en pie mientras él la llevaba hasta el coche. No dejaba de llorar y llamar a su abuela.

Llegó a su casa, esta vez no dejó el coche fuera y entró el Mazda hasta puerta. Giró el pomo y entraron. Susi, que estaba en el salón, al verles, pegó un salto mientras un grito de terror escapó de sus labios.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

Sara que no era consciente de que su ropa estaba empapada en sangre, se sobresaltó.

—Tranquila, Sara, vamos al cuarto de baño y te darás una ducha. — Después se dirigió a su hermana—. Por favor, Susi, tráele ropa limpia.

—¿Se encuentra bien? ¿Está herida?

—No, la sangre no es suya.

Nicolás la cogió por la cintura y subieron las escaleras, una vez en el baño la ayudó a desvestirse hasta dejarla en ropa interior.

—Nic, mi abuela.

—Los muchachos trabajan en ello, no te preocupes. En cuanto estés bien, iré a comisaría y trabajaré día y noche si es necesario.

Susi llegó con la ropa limpia, sin decir nada la dejó sobre el lavabo, le echó una mirada preocupada a Nic y se fue.

—Nic...

—Sara, ¿podrás tú sola?

—Sí, ve a buscarla.

Nicolás la dejó sola, una vez fuera escuchó el sonido del agua mezclado con el llanto desconsolado de ella. Se sentó en el suelo del pasillo a esperar que acabara, no podía irse y dejarla así, todavía no.

Susi había avisado a sus padres que subieron rápidamente a ver qué había ocurrido. Nic les explicó sobre el tiroteo y el secuestro de su abuela, que ella había sido la primera en llegar a la escena y eso la había dejado en shock.

—Pobrecita, ojalá pronto acabe todo —comentó Asunción.

—Primero sus padres y ahora esto. —Nic también les contó sobre el caso.

—Qué desgracia —dijo su padre.

—Necesito pedirlos un favor.

—Adelante, dínos.

—Quiero que Sara se quede aquí, que la cuidéis y no la dejéis sola por nada. No se encuentra bien y tengo miedo de que haga cualquier tontería.

—Confía en nosotros, la cuidaremos.

—Gracias a los dos. Ahora me marcho, cuando salga que duerma en mi cuarto y decidle que volveré en cuanto pueda.

—Descuida —contestó su madre, luego se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

Nicolás y su equipo trabajaban sin descanso. Iván había recogido las imágenes de las cámaras de seguridad del edificio. Por un momento habían dejado de trabajar en los vídeos de la Plaza del Norte para centrarse en estos. El secuestro de la señora Ponce era primordial. Toni había tomado declaración a vecinos, comerciantes y transeúntes. Entre todos trabajaban buscando una pista con toda la información que habían podido reunir.



Ya había caído la noche y llevaban horas y horas encerrados en la oficina. Nic había deseado llegar a su casa y darle alguna noticia a Sara, pero no iba a ser posible y la frustración por no poder hacer nada lo tenía cabreado. Se pasó las manos por los ojos y suspiró, en ese momento el móvil sonó, se incorporó un poco en la silla y lo cogió rápido al ver que era su madre.

—Dime, mamá. ¿Sara está bien?

—Sí, tranquilo, es que ha venido un hombre que quiere llevársela.

—No la dejes que se vaya con nadie.

—Dice que es su primo y que debe estar con su familia.

—Ni hablar, no se irá con él.

—Se lo diré. Espero que no arme ningún jaleo.

—¿Sara está mejor?

—Está durmiendo.

—Cuando se despierte le dices que vino su primo y listo. Pero no la dejes salir.

—Hijo, si la chica quiere irse, no creo que la pueda retener por la fuerza.

—Me refiero a que la convenzas, y si no lo consigues, me llamas y al menos que me espere.

—Está bien.

Nada más colgar el móvil se quedó pensando en el pródigo, ¿dónde había estado hasta ahora? Todavía no podía descartar que fuera el cómplice.

—Mamá.

—Sí, todavía estoy aquí.

—Dile a ese hombre que venga a comisaría y que hable conmigo.

—Vale.

Nicolás les contó a sus compañeros las sospechas sobre Darío, veía bastante raro que hasta ahora no se hubiese enterado de lo ocurrido. ¿Dónde se había metido, bajo tierra? Aprovecharía las ganas que ese tío tenía de medirse con él para interrogarle de nuevo.

Apareció por la oficina furioso, con ganas de darle un puñetazo a ese inspector arrogante y prepotente. Se había atrevido a llevarse a su prima y por si fuera poco, se la habían negado cuando quiso verla. Era su única familia y la quería ¿acaso no lo entendía? Era cierto que la amaba como hombre también pero mientras el inspector estuviese por medio, sabía que no tenía ninguna oportunidad con ella.

—Busco al inspector Nicolás —anunció nada más entrar mirando a Toni y Lidia que estaban frente a la puerta.

—Aquí estoy —contestó él levantándose de su escritorio.

Darío se giró al escuchar su voz y avanzó rápido y directo hacia él, tenía los puños apretados y su boca era una línea recta. Nic imaginó lo que se disponía a hacer y nada más llegar a su altura, se adelantó levantando el brazo y parando el golpe que le iba a propinar. Darío trató de darle con el otro puño, pero Nic se agachó y le pegó en el estómago tan fuerte que lo hizo doblarse. Al instante sus compañeros corrieron hacia ellos y los separaron.

—Maldito desgraciado.

—Tranquilo, Darío.

Iván lo cogió por los hombros y lo sentó en una silla.

—Es culpa tuya, tú las pusiste en peligro.

—¿Dónde has estado todo el día? —preguntó Nic sin rodeos.

—No me lo puedo creer. ¿Me acusas a mí?

—Solo te pregunto dónde has estado. ¿Cómo es que no te has enterado hasta ahora?

—Estaba trabajando, he empezado hace unos días y tengo que ponerme al día. Hago muchas horas.

—¿Tienes testigos?

—Por supuesto.

—Toni toma nota, lo comprobaremos.

—Esto es perder el tiempo, deberías buscar a los verdaderos culpables y rescatar a mi abuela.

—Ten por seguro que lo haré.

—¿Ya me puedo ir, inspector? —preguntó con retintín.

—En cuanto le des los nombres de tus testigos a mi compañero.

Darío así lo hizo y Toni tomó nota de todos ellos. Cuando acabó se levantó más furioso de lo que había entrado. Había ido decidido a hacer pagar a ese policía y había resultado ser un sospechoso. ¿Cómo su prima podía haberse fijado en un hombre así? Era un egoísta que solo miraba por sí mismo. Antes de irse, se volvió hacia Nicolás.

—Quiero ver a mi prima.

—Sara necesita descansar.

—La llevaré a un hotel.

—No.

—¿Quién eres tú para decidir?

—Su novio.

Darío abrió la boca de asombro. ¿Sería eso cierto? ¿Sara y ese policía se habían hecho novios? ¿Por qué su prima no le había dicho nada? Ahora necesitaba hablar con ella con más urgencia.

—Eso no te da derecho a no dejarme verla —replicó.

—Puedes verla cuando quieras, lo que no puedes es molestarla cuando está durmiendo o llevártela.

—La llamaré.

—Le diré que te llame ella.

—No puedes prohibirle las llamadas.

—No se lo prohíbo a ella sino a ti. No quiero que la perturbes. Mañana estará mejor y podrás hablar con ella.

—Sara no consentirá que la controles así, cuando se entere de lo que me has hecho...

—Cálmate —lo cortó él—. ¿Crees que no sé que estás enamorado de ella? No me nombraron inspector por gusto.

—Y qué si lo estoy.

—Que te vayas olvidando de ella, ahora es mi novia.

—Veremos lo que te dura. —Dicho esto, salió de la oficina sin esperar una respuesta, quería acabar con aquella discusión porque, sea como fuere, la estaba perdiendo.

Nicolás volvió a sentarse en su escritorio, cogió el móvil y marcó el número de su casa, necesitaba comprobar el estado de Sara. Su madre le contestó enseguida y comentó que todavía dormía, el estrés sufrido debió

dejarla agotada. Colgó algo más tranquilo y siguió trabajando.



Pasaba de la medianoche cuando Iván dio con el vídeo que necesitaban. En él se veía a dos personas vestidas de negro, con pasamontañas, una alta y un poco gruesa y la otra más baja y delgada. Aparecían sin más desde la esquina del edificio, ni vehículo, ni rostros. A los quince minutos volvían a salir, esta vez con la señora Ponce amordazada. La mujer trataba de resistirse sin conseguirlo, ambos individuos eran muy fuertes y la arrastraron hasta la esquina donde supuestamente tendrían el vehículo.

—Habrà que buscar si en esa calle hay cámaras o en la anterior, debemos encontrar el coche con el que se la llevaron —les dijo Nic.

—Yo iré a ver y trabajaré en esos vídeos—se ofreció Iván.

—También tendremos que pinchar el teléfono de Sara. Los secuestradores la llamarán.

—Pediré la orden ahora mismo—dijo Toni.

—Está bien, ahora nos iremos a descansar por turnos, no podemos dejar de trabajar hasta encontrar a la señora María.

—Lidia y yo nos quedaremos —se adelantó Iván—, vosotros iros a dormir un rato.

—De acuerdo, si descubris algo importante, no dudéis en avisarme.

Toni fue a solicitar la orden antes de marcharse mientras que Nicolás se fue directo al coche para irse a su casa. El cansancio hacía mella en ellos, pero estaban dispuestos a dormir dos o tres horas y volver a comisaría. Se despidió de su compañero y cada uno cogió su coche.

Nic ansiaba ver a Sara, necesitaba comprobar personalmente que estaba bien. Llegó a su casa, todos dormían excepto su madre que estaba viendo la tele en el salón, se negaba a acostarse por si la chica salía de noche sin darse cuenta, le había prometido a Nicolás que la cuidaría y eso era lo que estaba dispuesta a hacer.

—Hola, mamá.

—Te ves agotado.

—Sí, voy a dormir un poco, hazlo tú también ya que has estado despierta por mi culpa.

—Tranquilo, Nic. —Hizo una pequeña pausa y agregó—: Esa chica es importante para ti.

—La quiero, mamá.

Asunción sonrió satisfecha, el milagro se había dado. Solo lamentaba que, su recién estrenada nuera, tuviese problemas tan serios. Hasta que no se solucionasen, no podrían ser felices. Se acercó a su hijo, le dio un beso de buenas noches y se marchó con el deseo de que pronto todo acabase.

Nic subió las escaleras saltando los peldaños de dos en dos y fue hasta su habitación. Encontró a Sara dormida en su cama, se sentó a su lado y se quedó largo rato mirándola. De pronto, empezó a moverse de un lado a otro, la respiración se le aceleró y supo que estaba sufriendo una pesadilla. No era de extrañar con lo que había vivido.

—No... Nic... Nic...

—Despierta, Sara —le susurró—. Solo es una pesadilla.

—No, no, no...

—Sara —volvió a llamarla esta vez zarandeándola con delicadeza.

—¡Nic! —gritó al tiempo que abrió los ojos.

Ella al verlo a su lado, se abrazó a él y lo apretó contra su cuerpo.

—Tranquila, fue una pesadilla, todo está bien.

—Nic, esos hombres, los que se llevaron a mi abuela... te mataban en mi sueño.

—Pero fue solo eso, un sueño. Estoy aquí.

—No quiero que te hagan daño.

—Y no lo harán.

—No puedo perderte, me moriré.

—No me perderás, Sara.

—Eres el aire que respiro, el sol que me calienta, la luz que me ilumina...

—Todo eso eres para mí también.

Nicolás besó su mejilla, su cuello, le acarició el pelo y la espalda. Ella apoyó la cabeza en su hombro y se dejó mimar.

—¿Has averiguado algo?

—Hemos encontrado un video de los secuestradores entrando y saliendo del edificio. Iván y Lidia se quedaron en comisaría trabajando en el caso. Cuando duerma un poco les relevaré. No descansaremos hasta rescatar a tu abuela.

—Gracias, Nic.

—No me des las gracias, te prometí que nada le pasaría y he fracasado.

—Has hecho lo que has podido, no dudo de ello.

—Pero te dije que estuvieses tranquila, que la protegería y no he podido, no he cumplido.

—No te culpes, Nic. Solo esos asesinos son los responsables.

Agradecía la confianza de Sara pero no podía dejar de culparse. Sintióse como un inútil, se acostó al lado de ella.

Sara acercó su cuerpo al de Nic y ambos cerraron los ojos tratando de no pensar en nada malo, solo en olvidar el día de hoy para enfrentar con fuerza el de mañana. Sara se mantuvo despierta durante horas, tras la pesadilla no había logrado conciliar el sueño, colocó su cabeza sobre el pecho de Nic y pasó el tiempo escuchando su corazón. Había perdido a sus padres, su abuela estaba desaparecida... si algo malo le sucedía a Nicolás no lo soportaría. Lo amaba tanto.

Nic se levantó muy temprano y fue a darse una ducha para despejarse, apenas había descansado cuatro horas. Volvió a la habitación y se vistió con ropa limpia, Sara todavía dormía ya estaba por irse, no obstante, no quería hacerlo sin despedirse.

Se acercó y se sentó sobre la cama, ella, al notar cómo se hundía el colchón, se despertó de inmediato.

—¿Ya te vas?

—Buenos días. Sí, voy a comisaría. Sigue durmiendo, es muy temprano.

—¿Has desayunado?

—No, lo haré allí.

—Espera, voy contigo.

—No, es mejor que te quedes.

—¡Dios mío! ¡Mi primo! Debe estar muy preocupado —exclamó de pronto, al acordarse de Darío. Se sintió tremendamente culpable por no haber pensado en él.

—Hablé ayer con él, no te alarmes, sabe que estás aquí.

—Ah, vale. Lo llamaré de todos modos.

—Sí, hazlo. Estaba un poco molesto porque no pudo verte.

—¿Y por qué no pudo verme?

—Vino aquí y mi madre no le dejó despertarte.

—No creo que se enfadara por eso.

—También quería llevarte con él, pero le dije que no, que te quedarías en mi casa.

—Así que ya empezasteis otra vez.

—¿Empezar qué?

—A discutir. Hay cosas más importantes, como encontrar a mi abuela.

—No te preocupes que no pasó nada y tu abuela es mi prioridad en estos momentos.

—Está bien, luego hablaré con él.

—¿Comemos juntos?

—Vale y cuídate mucho, por favor.

Nicolás bajó su cabeza y la besó en los labios. Le acarició la mejilla y le sonrió.

—Te avisaré.

El sol ya había alcanzado el cenit cuando Sara salió de la habitación. Asunción y Susi estaban en la cocina cuando ella entró.

—Hola —saludó.

—Hola, Sara. ¿Cómo te sientes? —se interesó la madre de Nic.

—Mejor.

—Lo siento mucho, Sara. —Susi se acercó a ella con la intención de abrazarla, ella se dio cuenta y se dejó—. Mi hermano la encontrará.

—Lo sé, confío en él.

Asunción la invitó a que se sentara y desayunara aunque casi era la hora de la comida. Sara se sintió muy acogida, la familia de Nic era bastante protectora, estuvieron pendientes de ella todo el tiempo. Después, quiso marcharse pero no la dejaron, como Nic había dicho que comerían juntos, decidió no discutir con ellas y esperarlo.

La distrajeron contándole las travesuras que Nicolás hacía cuando era niño, anécdotas de su época adolescente y estudiante y también cómo se tomaron su decisión de ser policía.

—Seguro que pusiste el grito en el cielo —comentó Sara.

—No te equivocas —respondió Asunción—. Su padre quería que se dedicara a sus empresas y bueno... a mí me daba miedo que se hiciese policía pero era lo que él deseaba.

—¿Y lo apoyasteis?

—Tratamos de quitárselo de la cabeza pero como no pudimos, sí,

acabamos apoyándole.

—Es un gran policía. Ha nacido para ello.

—Sí, me siento muy orgullosa de él.

—Y tendrías que ver a Lucía —intervino Susi—. Para ella su tío es un héroe.

—Sois una familia muy bonita. —Dicho esto, rodó por su mejilla una lágrima solitaria.

Sin poder evitarlo, quedó enamorada de la familia de Nic. Se notaba el amor que sentían unos por otros. Recordó cuando ella también tenía una familia numerosa, cuando sus padres, sus tíos, su abuela y su primo se juntaban en días festivos y celebraban hasta la madrugada. Eran tiempos tan felices...

Escaparon más lágrimas de sus ojos que se limpió enseguida con el dorso de la mano.

—Gracias, Sara. Estoy segura de que la tuya también lo era.

—Mi padre la destruyó.

—Los padres nos equivocamos algunas veces—dijo Asunción.

—Pero su error nos ha costado muy caro.

—Aún tienes a tu abuela y a tu primo.

—Mi abuela... —Se echó las manos a la cara y sollozó pensando en lo mal que lo estaría pasando. Necesitaba su medicación y era una mujer mayor, ¿en qué condiciones la tendrían? ¿Habría pasado frío esa noche? ¿Le habrían dado de comer?

—También tienes a Nic y ahora a nosotras —trató de consolarla Susi.

—Quiero estar sola un rato, espero que no os moleste.

—No, claro que no. Ve al cuarto de Nic, allí nadie te molestará.

Sara asintió con la cabeza y dejó a las dos mujeres allí, sabía que solo deseaban animarla, indicarle que no estaba sola, pero ella no tenía ganas de hablar sobre la familia porque ahora la suya estaba totalmente rota y no tenía solución.



Ya eran las dos de la tarde cuando Lidia llegó a comisaría después de su descanso. Estaba deseando volver a la investigación, hoy podía ser un día definitivo, al menos eso esperaba.

Se sentó en su escritorio y volvió a repasar los vídeos de la Plaza del Norte en los que había estado trabajando la noche anterior. Llevaba tan solo diez minutos cuando, de pronto, dio un salto de su escritorio y llamó a Nic entusiasmada.

—¿Qué ocurre, Lidia? Estoy a punto de irme a comer —le contestó.

—Ven, mira esto.

Nicolás se acercó a ella y se agachó ligeramente para ver la pantalla del ordenador. En el video se veía la cafetería donde habían llamado a Sara aquel día, el teléfono público se veía todo el tiempo pero nadie se acercaba a él.

—No he visto nada.

—La hora, Nic. Pasa de las doce a las doce y media, faltan treinta minutos.

—¿Y dónde están esos treinta minutos? ¿Quizá en otra cinta?

—No puede estar en otra cinta porque esta continúa hasta la noche.

—Es la hora en la que llamaron a Sara ¿cómo no lo has visto antes?

—No lo sé, siento no haberme dado cuenta la primera vez que la vi.

—¿Quién ha podido borrarla?

—Bueno... tú siempre has sospechado de que había alguien pasando información, alguien de comisaría.

—¿Tienes algún sospechoso?

—Estas cintas solo las hemos tocado Iván, Toni y yo.

—¡No digas tonterías! Ellos serían incapaces de hacer algo así, les conozco desde hace años. Iván y yo nos formamos juntos. —Nicolás alucinaba al escuchar a Lidia acusando a sus compañeros.

—Especialmente Iván, anoche estuvo él con estas cintas.

—¡No puedo creerte, Lidia! Tienes que estar equivocada.

Sabía que el inspector no la creería, pero tenía que insistir en sus sospechas. Nicolás debía abrir los ojos, debía convencerle.

—Nic, siempre hemos trabajado solos en la oficina, tiene que ser uno de

ellos, tu llegaste a pensar que era un agente.

—¡Pero no mis amigos!

—Nunca se sabe lo que se puede hacer por dinero.

—Necesito más pruebas que una simple cinta borrada.

—Tienes razón, pero debemos ser cautos a partir de ahora.

—No digas nada de tus sospechas y estudiaremos sus comportamientos.

En ese momento llegó Iván, todavía parecía dormido aunque llevaba el pelo mojado de haberse dado una ducha hacía muy poco tiempo.

Se sentó en su escritorio y les explicó lo que había hecho antes de ir a comisaría, apenas había dormido tres horas.

—Pasé por allí antes de venir, la esquina es un callejón que no hay nada y mucho menos cámaras. Así que mandé a unos agentes que buscasen a las espaldas del edificio, quizá haya alguna y podamos ver el vehículo con el que se llevaron a la señora Ponce.

Nicolás miró a su amigo con otra perspectiva, estudió sus ojos, sus palabras, incluso el tono de su voz, parecía el mismo de siempre. No vio nada extraño. ¿Era posible mentir de forma tan natural?

—En cuanto tengas algo, me llamas. Lidia estate pendiente.

A Iván le pareció un poco extraña aquella última frase pero no dijo nada. Llevaban demasiadas horas trabajando y muy pocas de descanso.

Toni apareció con la noticia de que el teléfono de Sara estaba pinchado desde hacía un par de horas. No había podido escuchar nada todavía porque había tenido que hacer papeleo, pero se pondría en ese mismo momento.

Dado que todo lo que se podía hacer por el momento estaba en marcha, Nic decidió que se iría a comer con Sara, se lo había prometido y lo estaría esperando. También tenía ganas de verla, de saber cómo estaba tras el shock del día anterior. Además, todavía no le habían tomado declaración, lo haría en cuanto llegara, quizá tenía una pista y ni ella misma lo sabía.

Se despidió de sus compañeros con la intención de tardar lo menos posible y ponerse a trabajar con ellos, ahora más que nunca no deseaba dejarlos solos pues las palabras de Lidia, aun no queriendo creerlas, resonaban en su cabeza.

Nicolás llegó a su casa en su Mazda rojo, lo aparcó fuera como de costumbre y entró por la puerta peatonal. La comida de Juanita se olía a metros de distancia de la casa. Inspiró el aroma que enseguida provocó que sus tripas rugiesen furiosas.

Al primero que saludó fue a su padre, acababa de llegar de la empresa, le venían bien esos descansos para desconectar del trabajo y luego volver a él fresco y despejado.

—Es bueno verte en las comidas, hijo —señaló.

—Es bueno poder venir. —Caminó hacia las escaleras pero se detuvo—. ¿Has visto a Sara?

—No, me dijo tu madre que subió hace varias horas a tu cuarto.

La había llevado a un sitio extraño y con gente a la que no le tenía confianza. La había dejado demasiado tiempo sola, pero no podía hacer otra cosa, necesitaba dedicarle el mayor tiempo posible al caso y solo encomendándosela a su familia se sentía tranquilo.

Comenzó a subir las escaleras hasta el primer piso, atravesó el pasillo y llegó hasta su habitación. Tocó la puerta un par de veces pero no recibió respuesta, entonces decidió entrar pensando que estaría dormida.

Los ojos se le agrandaron por la sorpresa, Sara no estaba allí. Bajó casi corriendo y buscó a su madre. Quizá su padre estaba desinformado sobre el paradero de su chica.

—Mamá ¿dónde está Sara?

—Fue a tu cuarto hace bastante rato.

—¿Y no la has visto bajar?

—¿No está allí?

—No. ¿Te dijo algo antes de irse?

—Dijo que quería estar sola. Habíamos estado hablando de la familia y supongo que se sintió un poco mal. Así que pensé que sería bueno no molestarla, darle espacio.

—¿Hace cuánto de eso?

—No estoy segura, dos o tres horas.

—¡Maldita sea!

—Tal vez Susi sepa dónde está.

Llamaron a su hermana y le preguntaron si la había visto, pero nada. También habló con Juanita, nadie sabía dónde podía estar. Hacía horas que no se sabía de ella.

Asunción y Susi registraron la casa por dentro y Rodrigo y Alberto por fuera. Nic miró por todas partes pero no encontró ni rastro de Sara. Ahora lamentaba no haber puesto algunas cámaras de seguridad en el perímetro de la propiedad.

¿A dónde podía haber ido? ¿Por qué no le había llamado? ¿Por qué no avisó a nadie? ¿Le habría pasado algo? Todas estas preguntas lo estaban volviendo loco y ansiaba saber las respuestas.

—Tranquilo, Nic, seguro que aparece. No puede estar muy lejos —le dijo Susi.

—Claro, no lleva coche, si se fue andando estará cerca —corroboró Alberto.

—Si se fue hace tres horas, no creo que esté cerca, pudo subirse al autobús o cualquier coche pudo haberla recogido. ¡Maldita sea! ¡Puede estar a kilómetros de aquí!

La preocupación de Nicolás iba en aumento. Había un asesino suelto, un asesino que no le temblaba la mano a la hora de secuestrar ancianas o matar gente, si había cogido a Sara podría estar haciéndole daño, mucho daño. Eso era algo que no podía soportar, el solo pensamiento de Sara sufriendo lo enfermaba. ¿Cómo se podía ser tan estúpido? No había podido proteger a la mujer que amaba.

Le había hecho tantas promesas que no había cumplido, como cuidar de que su abuela estuviera bien, capturar al asesino de sus padres y sobre todo, mantenerla a salvo. En ese momento se odió a sí mismo.

Sin decir ni una palabra más a su familia, voló hacia su Mazda y pisó el acelerador a fondo. Si el traidor estaba en su equipo de investigación lo haría hablar. Le haría confesar, vaya si lo haría, aunque tuviese que torturarlo para ello.

Antes de llegar a comisaría, sonó su móvil. Lo miró con una mano sin soltar el volante, era Toni. Paró en el arcén y descolgó, tal vez tuviese noticias.

—Dime.

—Estuve escuchando las llamadas de Sara y encontré algo.

—¿Qué?

—Ven rápido, es urgente.

Nicolás no lo pensó dos veces, dejó el móvil a un lado y pisó de nuevo el acelerador a fondo. Sospechaba que lo que Toni iba a decirle tenía algo que ver con la desaparición de Sara. Solo esperaba encontrar una pista que la llevara hasta ella.

No supo ni cómo llegó de una pieza a comisaría, aparcó el coche de mala manera y fue hasta la oficina apartando a toda persona con la que se tropezaba.

Encontró a Iván y a Toni tras el mismo escritorio frente al ordenador, Lidia

estaba justo al otro lado.

—Contadme. —Nicolás quería saber qué iban a decirle antes de contarles él lo que había sucedido con Sara.

—Sara ha recibido dos llamadas de su primo que no son importantes.

—Al grano, Toni.

—Pero escucha esta.

«Hola, Sara. Ya sabes quién soy ¿verdad?»

«¿Dónde está mi abuela?»

«Si quieres volver a ver a tu abuela con vida, tráeme el dinero y esta vez nada de policía».

«Está bien, no le hagas daño».

«Nada de policía o no tendré piedad».

«Dónde y cuándo».

«Sé que estás en casa de tu inspector, sal a la carretera en media hora, alguien te recogerá».

—Esto no puede ser. ¡Se la ha llevado! ¡Ese desgraciado se la ha llevado!

Nicolás perdió el control y golpeó el escritorio con las manos, pateó una silla y se tiró del pelo mientras gritaba de impotencia.

—Nic, tranquilízate —le dijo Iván—. Así no la vamos a encontrar.

—Amigo, tienes que tener la cabeza fría para pensar —le dijo Toni.

El inspector miró a sus compañeros pensando en lo que le había dicho Lidia ese mismo día. El traidor estaba entre ellos y estaba seguro de que sabía dónde estaba Sara y su abuela. Posó sus ojos en los de Iván, después en los de Toni y por último, se giró y miró a Lidia, ella sabiendo lo que estaba pensando fue hasta él y lo abrazó.

—Tranquilo, Nic. La vamos a encontrar.

Él respiró hondo y se separó de su compañera.

—Gracias, Lidia. ¿Podrías traerme un café, por favor?

—Claro, jefe.

Lidia salió de la oficina y anduvo hasta el final del pasillo. Se acercó a la máquina y echó las monedas pertinentes para que le saliera un café solo. Lo tomó con ambas manos para no derramarlo y regresó a la oficina. Por el camino iba pensando en Nicolás, parecía demasiado afectado por la desaparición de Sara, posiblemente se había enamorado. El amor hacía cometer muchas estupideces y ella lo sabía por experiencia, pero no se podían negar los sentimientos y de eso ella también sabía mucho.

Ya estaba cerca de la oficina cuando los gritos de Nic la pusieron en alerta. ¿Qué habría ocurrido? Como no tenía intención de darle a la imaginación, entró rápido para averiguarlo. Nic estaba gritando a sus compañeros.

—¡Habéis sido uno de vosotros! ¡Hablad de una vez!

—¿Pero qué dices? —preguntó Toni incrédulo.

—Definidamente te has vuelto loco, Nic —contestó Iván.

—Por Sara estoy dispuesto a todo.

—Nos conocemos desde los quince años, sabes que yo no haría una cosa así.

—Lidia tiene pruebas, borraste el video de la Plaza del Norte.

—Estás loco, Nic. Así no encontraremos a Sara —intervino Toni.

—Creo que fue Iván pero igual has sido tú. ¡Confesad de una vez!

—Voy a hacer como que no oí las tonterías que salieron de tu boca —comentó Iván—. Sé que estás afectado y...

—¿Dónde está Sara? —Nic lo interrumpió cogiéndolo por el cuello. Este se zafó de un manotazo.

—Estaba dispuesto a dejarlo correr, pero si esto es lo que piensas de tu amigo de toda la vida, me largo —anunció Iván.

—Si no confías en nosotros ¿qué diablos hacemos aquí? Búscate otro equipo —espetó Toni.

—No os marcharéis sin decirme dónde está.

—No puedes detenernos —dijo Iván, después salió por la puerta sin mirar atrás.

Toni observó a su jefe con pesar y también se fue.

—¡Maldita sea!

—Creo que te has precipitado, Nic —señaló Lidia—. Íbamos a esperar a tener más pruebas. ¿Qué te ha pasado?

—Sara ha desaparecido, no tenía tiempo para esperar.

—Te entiendo pero...

—Pero nada. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Tranquilizarte lo primero, pensarás mejor.

—Sí, tienes razón.

—Respira hondo.

—Me voy a mi casa de la playa, necesito estar solo y ver qué hacer. Si tienes novedades no dudes en llamarme.

—Está bien, te mantendré informado.

—No dejes de trabajar en el caso, por favor, ahora solo estamos tú y yo.

Ella asintió con la cabeza y vio a su jefe marcharse. La situación se les había salido de las manos, en fin, habría cambio de planes.

Nic salió de comisaría y se subió a su Mazda rojo. Arrancó y condujo por la calle de la derecha, después hizo otro giro y otro más quedando una manzana más allá de su puesto de trabajo. Paró el coche detrás de otro, un Opel Corsa plateado. Bajó del suyo y se subió en el que estaba allí desde hacía un rato.

—¿Y bien? —preguntó Nic.

—No ha llamado a nadie todavía ni ha salido de la oficina —contestó Toni.

—El micro y el localizador que le pusimos en el bolso funcionará, verás que la encontraremos, Nic —comentó Iván.

Nicolás había necesitado tan solo mirar a los ojos a sus dos compañeros esa mañana para saber que ellos no le ocultaban nada, que ellos eran incapaces de cometer un crimen y mucho menos planear algo de esa magnitud. Supo que sus amigos no le habían traicionado. Además, la prueba que le había presentado Lidia contra ellos era insuficiente y una policía de la categoría de ella, lo sabía. Así pues, solo por esa acción, su compañera se había convertido en la principal sospechosa.

Era una policía magnífica y una tiradora de primera, lo había podido comprobar en varios operativos donde su ayuda fue imprescindible, eso jamás lo olvidaría pero se había metido en serios problemas y él no podría salvarla. La vida de Sara estaba en juego y era capaz de ir al infierno y volver por rescatarla.

Justo en ese momento decidió tenderle una trampa, apenas tuvo unos minutos para planearlo todo, pero era ahora o nunca. Entonces, la mandó que le trajera un café y mientras tanto, les explicó el plan a seguir a Iván y a Toni. No tuvo tiempo de darles todos los detalles de sus sospechas, pero ellos, igualmente, aceptaron hacer el teatrillo porque confiaban plenamente en Nicolás.

Lidia se lo había tragado y ahora solo faltaba esperar para que les llevase hasta el responsable del secuestro de Sara y su abuela. Estaba casi seguro de que al dejarla sola, sin nadie que pudiese escucharla o seguirla, se pondría en contacto con el culpable de todo.



—Nic ¿estás seguro de que Lidia es la que chivaba toda la información? — preguntó Toni al cabo de unos minutos de espera. En ningún momento había sospechado de ella y se le hacía difícil creer lo que Nic les había dicho.

—Si la llegas a escuchar cómo te acusaba, no la estarías defendiendo.

—¿También me acusó a mí?

—Más que nada a Iván, pero a ti también. Quería que yo sospechara de vosotros, supongo que para quedarse al margen.

—Anoche fue ella la que estuvo trabajando en esos vídeos, yo me dediqué a leer declaraciones. Tuvo que ser ella la que borrara esos minutos —comentó Iván.

—Ella sabía que tú me dirías esto y que entonces sospecharía de ella, quiso adelantarse a todo esto acusándoos a vosotros. Pero no contaba con una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que os conozco demasiado bien.

—Gracias Nic por tu confianza.

—Sí, gracias —se unió Toni—, solo nos conocemos desde hace unos años, no soy como Iván.

—Eres como nosotros, Toni, es por eso que nos hicimos amigos tan pronto.

—Gracias, jefe. —Se quedó unos segundos en silencio—. Lo de Lidia me ha descolocado.

—Sé que te gustaba un poco, lo siento.

—Pero ha sido mejor así —intervino Iván.

—Claro, es solo que... creí que empezábamos a acercarnos un poco más.

Ninguno de los dos supo que contestar a Toni, suspiraron y no dijeron nada.

Esperaron con el ordenador encendido, los cascos puestos y muy atentos por si la sospechosa salía de comisaría.



Cuando le quitaron la venda de los ojos, se hallaba en una habitación pequeña, amueblada solo por una mesa y varias sillas. El frío atravesaba las paredes de tal forma que la hizo temblar, olía a humedad rancia. El hombre que la llevaba cogida del brazo tiró de ella y la obligó a sentarse. Suponía que la bolsa con el dinero ya estaría en poder del asesino ya que, después de recogerla del piso, le vendaron los ojos y no volvió a verla.

—¿Dónde estoy? ¿Y mi abuela? Ya os di el dinero. —Ella hizo ademán de ponerse en pie pero una mano grande y ruda, la tomó del hombro y la empujó de nuevo hacia la silla—. Quiero hablar con tu jefe.

Al parecer ese gorila no era de muchas palabras, más bien de ninguna. No obstante, no tardó en obtener respuestas, en pocos minutos la puerta se abrió y otro hombre entró en la habitación.

—Hola, Sara.

Ella reconoció la voz de inmediato, era él, el que la secuestró la primera vez, el que la había llamado por teléfono, era el que mandó matar a sus padres y tenía a su abuela retenida. Era el culpable de todo. Lejos de entrarle el pánico como le habría ocurrido tiempo atrás, se enfureció. Se levantó de la silla y se lanzó sobre él para pegarle, hacerle pagar de algún modo su dolor, pero el gorila que la custodiaba la detuvo agarrándola con fuerza de los brazos dejándole las marcas de sus manos.

—¡Me las pagarás! —espetó ella.

—Tranquila, no sabía que eras una fierecilla. Me gusta —sonrió con maldad.

Sara observó su rostro, sus ojos pequeños como aceitunas y de un tono marrón claro, el pelo liso, bastante corto y de un castaño insípido. Su nariz aguileña ocupaba una gran extensión de su cara. Sonrisa maligna y mentón redondeado. Estaba perfectamente afeitado y vestía un traje con chaqueta y corbata. Debía de tener mucha confianza en sí mismo para haber revelado su rostro, no como la vez anterior.

—¿Dónde está mi abuela? ¿Qué has hecho con ella?

—Antes de llevarte con ella, tenemos que hacer un trato.

—Ya tienes el dinero, no haré ningún trato más hasta ver a mi abuela.

—Las cosas no funcionan así, fierecilla, si no hacemos el trato, nunca la verás. Aquí se hace lo que yo digo y cuando yo digo, sería bueno que lo aprendieras pronto porque tu padre nunca quiso entenderlo.

Sara aguantó el llanto, no quería derrumbarse, debía ser fuerte.

—De acuerdo. ¿Qué quieres?

—Verás, tu novio, el inspector no dejará el caso hasta resolverlo y eso no me conviene. Si no me ha cogido todavía es porque estoy siendo en extremo cuidadoso y empiezo a estar cansado.

Sara abrió la boca asombrada, ese hombre sabía todo de ella y era espeluznante imaginar que la había estado espiando y que lo seguiría haciendo.

—¿Y yo qué puedo hacer?

—Le dirás que abandone el caso, usarás tus armas de mujer y víctima para convencerlo de dejar la muerte de tus padres como un caso sin resolver.

—Él no abandonará, no es esa clase de hombres que se dejan manipular.

—Por tu bien y el de tu familia, más vale que lo haga. No me importa lo que tengas que hacer para conseguirlo, pero lo harás. Siempre te estaré vigilando.

—Vale, lo haré pero deja en paz a mi familia. —Soltó un sollozo sin querer pues las palabras de aquel demente le causaron terror—. Déjame ver a mi abuela. Lleva dos días sin sus medicinas y es una persona mayor que...

—Pit Bull lleva a nuestra invitada con su querida abuela.

El gorila la volvió a agarrar del brazo y la arrastró fuera de la habitación. Cruzaron un salón abandonado y pararon frente a la cocina, el hombre se agachó y abrió una trampilla que había en el suelo. La miró con cara de pocos amigos y con un gesto de su cabeza le indicó que bajara.

Ella así lo hizo. La escalera era de madera, bastante vieja, no había barandilla para sujetarse y tuvo que ir con mucho cuidado para no caer. Solo de pensar que su abuela había pasado por ese lugar le ponía los pelos de punta.

El hombre llamado Pit Bull bajó tras ella. Una pequeña bombilla iluminaba escasamente el lugar. Estaba lleno de cajas y trastos inservibles llenos de polvo y telarañas. Al darse la vuelta, la encontró en un rincón, tirada sobre un colchón en el suelo, su querida abuela estaba tumbada, sin moverse.

—¡Abuela! ¡Abuela! —Corrió hacia ella.

María abrió los ojos con lentitud y vio a su nieta junto a ella. En un principio no lo creyó real, pensaba que era una alucinación, un desvarío de su mente por culpa de aquel encierro.

—¿Eres de verdad?

—Claro que sí, abuela.

Observó su rostro, estaba demacrada y con más arrugas de las habituales, la abrazó con fuerza y lloró sobre su hombro.

—Mi pequeña, estoy bien, no llores.

—Creí que te perdería como a papá y a mamá.

—Soy más fuerte de lo que parezco.

—Te quiero, abuela.

—Y yo a ti, hija.

Sara se secó las lágrimas y la ayudó a levantarse. Fue a llevarla hasta la escalera cuando Pit Bull se interpuso.

—Tú jefe dijo que la liberaría.

—Ella sí, tú no. —Al fin había hablado.

—No podré cumplir con mi trato si no me suelta.

El hombre no le contestó, agarró a la mujer mayor y la sacó del sótano mientras Sara miraba desde abajo como cerraba la trampa. ¿Qué garantías tenía de que la iba a liberar?, se preguntó. Ninguna, solo debía de confiar en que teniéndola a ella no necesitaba a su abuela.

—Nic ¿dónde estás? —susurró.

En ese momento se arrepintió de haberse marchado sin decir nada, debió de dejar al menos una nota. Sin embargo, solo pudo pensar en su querida abuela, en que no podía permitir que nada le pasase.

Llevaban cerca de veinte minutos dentro del coche cuando la llamada que esperaban se produjo. Solo podían escuchar a Lidia porque no habían tenido tiempo de pinchar su teléfono y la escuchaban desde el micro que le habían escondido en el bolso.

«Necesito verte». «Se ha armado una gorda en comisaría, todo marcha bien». «Estoy sola y lo estaré durante mucho tiempo, el equipo se ha roto». «Necesito verte ahora, necesito estar contigo». «Hace mucho que no estamos juntos». «Ahí estaré, espérame con la botella de champan».

Una risa triunfadora cortaba la comunicación.

—Hija de perra —dijo Nic furioso.

—Al parecer ha tenido que rogarle a ese tipo para que aceptara que vaya a verle —comentó Iván asqueado.

—Hija de perra —reiteró Toni las palabras de Nic.

—No te has perdido nada, Toni —lo consoló Iván.

—Estad alerta, estará a punto de aparecer. La seguiremos a gran distancia, es muy buena y puede darse cuenta —explicó Nic.

—No te preocupes, no la perderé, además lleva el localizador —señaló Toni que ya había arrancado el Opel.

—Lo tengo en marcha —les dijo Iván con el ordenador sobre sus rodillas.

Permanecieron en silencio al menos diez minutos. Cada uno sabía a la perfección lo que debía hacer. Nic estaba concentrado en cada palabra de Lidia que llegaba a sus oídos. Anunciaba a dos agentes que tenía que irse a casa por un asunto personal pero que regresaba a primera hora de la tarde. La muy mentirosa, pensó el inspector, se había atrevido, incluso, de dejarle un recado por si él llamaba desde la playa.

La sangre le hervía de solo imaginar que había tenido al enemigo en su propio equipo todo el tiempo sin tan siquiera sospecharlo.

—Atención, ya sale —informó Nic.

Observaron cómo se subía a su vehículo, que tenía aparcado frente a comisaría, y se ponía en marcha.

Toni mantuvo el vehículo a una distancia prudencial para no ser vistos

mientras la seguía. Lidia conducía de forma rápida y fluida, sorteando el tráfico eficientemente. Toni tuvo que saltarse varios semáforos en rojo para no perderla de vista.

Cruzaron toda la ciudad, en pocos minutos estarían fuera de ella, al parecer se dirigían a la sierra. ¿Sería donde encontraron a Sara hacía unas semanas?

Nicolás estaba pendiente de cada giro que daba coche de Lidia, por nada del mundo podía permitirse perderla. Entonces, su móvil sonó. Al mirar el número descubrió que era de comisaría y no dudó en contestar.

—¿Qué pasa?

—Hemos encontrado a la señora Ponce —le informó uno de los agentes que trabaja para él.

—¿De verdad? ¿Seguro que es ella?

—Sí, apareció débil y desorientada en una gasolinera. La hemos llevado al hospital pero está consciente.

—Gracias por avisarme, voy para allá. —Colgó y se dirigió a Toni—: Para el coche, me bajo aquí.

—¿Qué ha pasado?

—Encontraron a la señora María. Tengo que hablar con ella, es posible que sepa dónde está Sara.

—¿Qué hacemos con Lidia?

—Seguidla vosotros, no la perdáis de vista y mantenedme informado.

—Lo más probable es que nos lleve hasta el asesino.

—Lo sé, pero necesito hablar con la señora María, saber si la ha visto, si Sara está bien, necesito saber algo. —Acabó la frase con cierta desesperación en su voz.

Sus dos compañeros aceptaron su decisión, comprendían el estado en el que se encontraba Nic, además, la señora Ponce podía ser clave para averiguar el paradero de Sara.

—Haz lo que tengas que hacer —contestó Iván.

—Si encontráis a Sara, no hagáis nada, llamadme e iré con refuerzos.

Ambos asintieron con la cabeza, Toni paró solo unos segundos para que Nicolás se bajase para después continuar su persecución.

Nic llamó a uno de los agentes que pasara a recogerlo y en poco más de media hora se encontraba en el hospital donde habían ingresado a la señora María.

Nada más entrar, pidió hablar con el sanitario que la había atendido. Debía

interrogarla antes de que olvidara los pequeños detalles. No tardó en aparecer una mujer de mediana edad, pelo corto, rubio y unos ojos claros y eficientes.

—¿Es usted familiar? —le preguntó.

—No, soy inspector de policía. ¿Cómo está la señora Ponce?

—Tiene síntomas de deshidratación, un par de días aquí y se pondrá bien.

—Tengo que hacerle unas preguntas.

—Ahora duerme y necesita mucho descanso.

—Despiértela.

—No puedo, es mi paciente y debo velar por su salud.

—Han secuestrado a su nieta, ella puede saber dónde está, seguro que no le importará que la despierte y conteste a mis preguntas. Es de vida o muerte.

—De acuerdo, pero no tarde demasiado.

Nicolás entró en la habitación donde dormía la abuela de Sara. La médica, que iba delante de él, la movió con suavidad al tiempo que la llamaba.

—Señora Ponce, la policía quiere hablar con usted.

A la mujer le pesaban los párpados pero poco a poco consiguió abrir los ojos. Lo primero que vio fue a Nic que estaba parado a los pies de la cama. El corazón se le aceleró cuando advirtió que su nieta no estaba con él y eso significaba que la retenía aquel loco que la había secuestrado a ella.

—Mi Sara —dijo entre sollozos.

—¿Sabe dónde está?

—La tiene ese hombre. Ve por ella, Nicolás. Deprisa.

—Dígame en qué lugar se halla y la traeré de vuelta.

—No lo sé, me llevaron con una venda en los ojos y cuando me la quitaron me encontraba en un sótano oscuro y muy viejo.

—¿Recuerda algún sonido? Inténtelo, por favor.

María cerró los ojos y trató recordar algo que le sirviese al inspector para salvar a su nieta, una pista, aunque fuera muy pequeña.

—Se oían pájaros. Ni coches ni el sonido de la ciudad.

Podría ser un campo o... la sierra, pensó Nic. Sí debían de haberla llevado hasta allí, al menos Lidia iba en esa dirección cuando se bajó del coche. Había tenido la esperanza de que, junto con la señora María, también estuviera Sara. Pero aquella esperanza se desvanecía y solo Iván y Toni podrían dar con ella. Les llamaría y se uniría a sus compañeros, debían peinar toda la zona.

—Una pregunta más, ¿observó algún detalle relevante en los hombres que la capturaron?

—Había varias personas, creo que una de ellas era una mujer, no llegó a hablar pero gruñó varias veces cuando me cogieron.

—¿Estaba esa mujer en el lugar dónde la llevaron?

—No, cuando me quitaron la venda solo había un hombre, no vi a nadie más.

—Gracias, María.

—Espero que te sirva para rescatar a mi niña.

—Me sirve, la traeré de regreso y volverá a su lado.

La mujer sonrió débilmente confiando en el inspector, sin embargo él no pudo hacerlo. ¿Sería Lidia esa mujer que participó en el secuestro de la señora María? ¿Cómo y cuándo había sucedido sin ellos darse cuenta? Por primera vez en sus años de policía se sintió un total idiota que no servía para nada.

A kilómetros de distancia, Toni detuvo el Opel tras unos grandes arbustos a bastantes metros del de Lidia. La casa, donde la había visto entrar, era más bien una mansión. Estaba situada en lo alto de una sierra, totalmente aislada y rodeada por grandes pinos y eucaliptos.

—¿Crees que Sara esté ahí dentro? —consultó Toni.

—No, esta parece la vivienda del traficante que buscamos, dudo que escondiera en su propia casa a la víctima.

—¿Qué hacemos?

—Tú quédate vigilando la casa y yo inspeccionaré los alrededores.

Iván salió del coche y escondiéndose entre los matorrales rodeó la casa. No vio ninguna otra vivienda cerca. No obstante, cuando estaba por darse la vuelta, avistó, a unos cincuenta metros, una casa bastante vieja, casi en ruinas que ni siquiera estaba vallada. Los alrededores estaban descuidados y un solitario pino centenario daba sombra a la casa.

Se acercó con sigilo hasta llegar la pared derrocada, miró por una ventana, cuyo cristal estaba bastante sucio, no se apreciaba demasiado el interior pero alcanzó a ver que era una cocina. Siguió caminando alrededor de la casa y miró por otra, esta parecía que daba al salón.

Estaba por apartarse cuando atisbó movimiento en el interior, se quedó muy quieto a la espera de poder ver mejor. Dos hombres fornidos llegaron desde otra habitación. Uno de ellos se sentó en un sillón mugriento y el otro permaneció de pie.

Ahora sí estaba seguro de que había encontrado a Sara.



Mientras tanto, Toni se había quitado los auriculares para no escuchar a Lidia fornicando con ese traficante. Si aún le quedaba la más mínima duda, ya se la había quitado de la cabeza. Había oído cómo se saludaron con mucha confianza y cómo le relató lo ocurrido en comisaría hacía tan solo una hora.

Ese hombre, satisfecho con lo que ella le había contado, empezó a hacerle algo y Lidia empezó a reír y jadear también. Imaginando lo que estaba a punto de ocurrir en esa mansión, se quitó los cascos asqueado.

Su móvil sonó en ese momento, al cogerlo vio que Iván le había mandado un mensaje de texto donde le informaba de la situación que había encontrado y le ordenaba que pidiera refuerzos ya que él no lo había podido hacer para no arriesgarse a ser descubierto.

Toni, al leerlo, solo pensó en Nic, en cuánto se alegraría de lo que habían descubierto, así que fue el primer número que marcó.

—¿Cómo vais? —quiso saber el inspector al descolgar.

—Lidia y ese traficante asesino están jugando a los médicos en un chalet situado en la sierra. Iván salió a inspeccionar y encontró una casa vieja y vigilada por dos tipos, cree que Sara puede estar ahí. Te mando la ubicación.

—Buen trabajo,

—¿Has averiguado algo importante con la señora Ponce?

—Creo que Lidia participó en el secuestro. Salgo para allá, esperadme.

A los pocos minutos recordó la orden de Iván y llamó al Inspector Jefe para informar de la situación y pedir refuerzos.

¿Y ahora qué?, se preguntó Toni. Estaba preocupado por su compañero, lo había dejado solo, pero él no podía abandonar su puesto de vigilancia, los sospechosos podrían huir. Suspiró y deseó que Nic llegara lo antes posible.

Un rato después, mientras no le quitaba el ojo al chalet, un sonoro tiroteo le hizo pegar un bote en el asiento, tan grande fue que se dio con la cabeza en el techo del coche.

—Iván —musitó.

Si su compañero estaba en peligro no se quedaría quieto, debía ayudarlo. Bajó del coche y fue a su encuentro empuñado su HK y con la precaución de no ser visto.

Nic había ido a recoger su Mazda cuando lo llamó Toni para informarle. Sin un momento de vacilación, conectó el GPS y se fue a gran velocidad.

No tardó mucho en llegar a la sierra, siguió la ubicación que le había mandado su compañero y se metió por un camino asfaltado, no tardó en divisar el chalet y, según le contó Toni, Sara debía de estar en una casa a las espaldas a no demasiada distancia.

Dejó ese camino para meterse en otro que estaba bastante deteriorado y pedregoso, tenía que esconder su vehículo. No llegó a ver el Opel por ningún lado, sus compañeros habían hecho bien su trabajo, pensó. Se bajó y caminó, tratando de ocultarse entre los altos matorrales, buscando una casa vieja.

De pronto, escuchó disparos, sacó su arma y sin preocuparse de ser visto, comenzó a correr en esa dirección. En su mente solo podía ver a Sara, no podía pensar en nada que no fuera ella. Tenía que rescatarla viva, el destino no podía ser tan cruel de ponerla en su camino para luego arrebatársela tan rápido.

¿Y sus compañeros? ¿Estarían bien? No debió bajarse del coche y dejarlos solos cuando decidió ver a la señora María. Había sido una estupidez, el hecho de que la chica a la que amaba estuviese implicada, le había robado el sentido común.

Llegó a pocos metros de la casa vieja cuando vio a Toni, cuerpo en tierra tratando de ocultarse tras una pequeña roca. Se tumbó junto a él al tiempo que una bala impactó contra la roca.

Se asomó con cautela mientras empuñaba su Hekler & Koch. Pudo ver a Iván que estaba pegado a la pared de la casa debajo de una ventana con los cristales rotos. Al parecer lo habían descubierto y habían abierto fuego contra él.

—Al fin llegaste, Nic.

—Cuéntame.

—No hay duda de que ahí dentro tienen a Sara —le informó Toni.

—Y Lidia ¿dónde está?

—Entró en el chalet, se lo estaba montando con el traficante cuando oí los

tiros.

—¿La has perdido de vista? No debiste hacerlo, ella también habrá oído el tiroteo.

—No podía dejar a Iván solo.

—Está bien, tienes razón. Cúbreme, voy con él.

Toni asomó su arma por encima de la roca y dio varios disparos hacia la casa, Nic aprovechó para levantarse y correr al lado de Iván.

—Me alegro de verte, compañero —saludó a Nic, aliviado de tenerle allí.

—Yo debí estar aquí desde un principio.

—Tranquilo, lo entiendo. —Y dejando el tema a un lado añadió—: ¿Has venido solo?

—Toni ya dio el aviso, en breve llegarán los refuerzos.

—Espero que no tarden.

—No nos quedaremos a esperar, Sara podría estar en serio peligro. Haremos lo siguiente, mientras él los entretiene, rodearemos la casa, tú por ese lado y yo por el otro, los pillaremos por la espalda desprevenidos.

Nicolás le hizo una señal a Toni y disparó un par de veces más para atraer la atención de los hombres hacia ese lado. Le respondieron con más tiros que alcanzaron la roca y la tierra que tenía justo a su lado. Se cubrió la cabeza con las manos para evitar astillas y polvo, después volvió a disparar.

Iván y Nic ya habían llegado cada uno a una esquina opuesta de la casa. Nicolás desde su lado pudo ver a uno de los hombres oculto tras un pilar apuntando hacia Toni. El otro hombre se escondía tras un viejo sofá. Ambos estaban atentos al agente que había fuera. Nic vio el momento de entrar, empujó la hoja de la ventana y, de un salto, se coló en la casa.

—¡Soltad las armas! —espetó apuntando con la suya.

El hombre del pilar, levantó las manos pero no soltó la pistola, el que se ocultaba tras el sofá apuntó hacia él. Nic se percató del movimiento y sin pensárselo disparó alcanzándolo en el hombro. Momento que aprovechó el otro para bajar las manos y empuñar bien su arma.

El rugido de otra pistola disparada llegó hasta ellos, Iván alcanzó al delincuente por la espalda justo antes de apretar el gatillo contra Nic y cayó inerte al suelo.

—Gracias, Iván —le dijo mientras varias gotas de sudor resbalaron por su frente.

—Para esto estamos —sonrió triunfador.

Iván fue a comprobar el estado del hombre caído, mientras Nic le ponía los grilletes al herido que lloriqueaba sujetándose el hombro con una mano.

—Ya te tengo, desgraciado —le espetó Nic, el hombre no contestó—. Ahora me dirás dónde está Sara.

—Este está muerto, Nic —señaló Iván junto al cadáver.

—Al menos tenemos a uno. —Lo levantó de un tirón y sin miramientos—. Te he preguntado dónde está Sara.

El hombre seguía sin contestar, sin embargo, la mirada se le fue hacia una trampilla que había en aquella misma habitación. Nicolás le pasó el detenido a su compañero para ir a investigar.

—Llévatelo de aquí.

—Será un placer.

El inspector fue hasta la trampilla, estaba cerrada con un candado. Miró a su alrededor pero no vio nada con lo que poder abrirla.

—¡Sara! ¿Estás ahí?

—¡Nic! —contestó ella con la voz desgarrada.

—Mantente lejos, voy a abrirla.

—Vale.

Nic cogió su HK y disparó al lugar donde la anilla, que sujetaba el candado, se engarzaba a la madera. Saltaron las astillas y el candado cayó a un lado. Levantó la puerta y bajó rápidamente.

—¡Sara!

Ella salió de detrás de unas cajas y corrió hacia él. Se abrazaron como si hiciese años que no lo hacían. El alivio de estar juntos casi les hace perder el sentido. Habían sido unas horas espantosas para ambos, pero todo acaba aquí. Sara estaba a salvo.

—Nic, mi abuela... —murmuró ella sobre su hombro sin querer soltarlo de su abrazo.

—Quédate tranquila, ella está bien.

—¿De verdad?

—Sí, hace solo unas horas que la vi y hablé con ella.

—Oh, gracias a Dios, gracias.

—He pasado tanto miedo, Sara. Casi me vuelvo loco.

Ella se mordió el labio sintiéndose un poco culpable por no haberle contado nada.

—Lo siento, es que...

—Luego me cuentas, ahora salgamos de aquí. Ya tendré tiempo de regañarte.

La tomó de la mano y ambos subieron las escaleras. Cuando ya estaban arriba, se giraron para salir de la casa y la vieron. Estaba de pie frente a ellos blandiendo su arma reglamentaria como policía nacional que todavía era. Nicolás, se colocó delante de Sara para protegerla con su propio cuerpo.

—Bravo, inspector. Me engañaste por completo con aquel teatrillo que montaste en comisaría—comentó Lidia con deje irónico.

—¿Lidia? —pronunció Sara el nombre de la agente con confusión.

—Sí, soy yo.

—Tú sí que nos has tenido engañados estos meses, pero el juego se te acabó —espetó Nic.

—No, todavía no se acaba.

—Los refuerzos vienen en camino, no tienes escapatoria.

—Has arruinado mi felicidad, ya no tengo nada que perder.

—Eso lo has hecho tú sola.

—Por amor se hace cualquier cosa, tú deberías comprenderlo más que nadie.

—Jamás sería cómplice de asesinato, eso no es amor.

—¿Cómplice? Veo que no lo sabes todo.

Los ojos de Nic se agrandaron del asombro. No podía creer lo que estaba insinuando. Por amor se podían hacer muchas locuras y perder la objetividad, eso lo sabía bien, pero ¿matar? Había tenido al responsable delante de sus ojos todo el tiempo sin verlo. ¿Cómo era posible? Lidia era una gran policía, muy competente y lamentaba que se hubiera echado a perder de ese modo, que desperdiciara su talento, su vida. Además, le había cogido cariño todo este tiempo, era una pena que acabara así.

—Tú los mataste y también secuestraste a la señora Ponce.

Sara asomó su cara por encima del hombro de Nic y miró a Lidia boquiabierta.

—¿Ella mató a mis padres? —musitó cerca del oído de él pero lo suficientemente alto para escucharlo la agente.

—Pero qué inocente eres —sonrió con maldad—. Ahora también perderás a tu querido novio.

Se preparó para apretar el gatillo, pero segundos antes de hacerlo, Sara salió de detrás de Nic y se colocó delante. No lo perdería, no perdería a otro

ser amado.

Lidia disparó el arma, el inspector la tomó del brazo para apartarla pero no lo hizo a tiempo y la bala impactó en la clavícula de Sara, evitando que alcanzara el corazón de él.

—¡No! —gritó el inspector mientras Sara se desvanecía en sus brazos.

La tumbó en el suelo y colocó sus manos en la herida para tratar de parar la hemorragia.

Antes de que Lidia pudiese volver a disparar, Iván y Toni entraron en la casa.

—Pero qué... —empezó a decir Iván sin comprender lo que había pasado mientras él se llevaba al detenido.

Al verlos, Lidia escapó por la puerta de atrás. Ambos agentes corrieron tras ella, sin embargo, no pudieron alcanzarla, pues una moto de gran cilindrada la esperaba, se subió, se sujetó al hombre que la conducía y salieron a gran velocidad del lugar.

—¡Maldita sea! —bramó Iván sin poder hacer nada por seguirla.

Toni ya había llamado a una ambulancia cuando los refuerzos llegaron. Demasiado tarde, pensó.

Iván y su compañero pusieron al corriente a los agentes que habían llegado. Empezaron los registros de toda la propiedad, tanto del chalet como de la casa vieja. Por desgracia, Lidia se había dejado el bolso que contenía el localizador, ahora no había modo de encontrarla. No sabían quién era el traficante que buscaban, al menos tenían a un detenido que cantaría, por supuesto que cantaría y atraparían a esa hija de su madre que los había engañado a todos.

Mientras tanto, Nic esperaba la ambulancia con Sara en los brazos. Acariciaba su rostro con delicadeza mientras le susurraba con ternura.

—Cariño, no te duermas.

—Nic, mi abuela está bien y tú también, no deseo nada más —musitó.

—Pues yo sí, deseo una vida contigo. Eres la luz que ilumina mi camino, no me había dado cuenta de cuán oscuro estaba todo hasta que te conocí.

—Te quiero... —Y perdió el conocimiento.

—¡Sara!

Llegó al hospital muy débil, la bala le había astillado la clavícula y había perdido mucha sangre. Necesitaban operarla con urgencia.

Una vez el médico le informó, Nicolás llamó a Darío, era el último hombre al que deseaba ver pero debía hacerlo, era de su familia, y por tanto, su obligación.

—Soy Nic.

—¿Has encontrado a Sara?

—Sí, estamos en urgencias, la van a operar.

—¿Qué? Estoy con mi abuela, voy para allá.

Sin tiempo a que el inspector le contestara, le colgó el teléfono. Nic empezó a pasearse de un lado a otro por la sala de espera. Darío llegaría en cualquier momento y querría una explicación. La verdad no le gustaría, pero era lo único que podría decirle. Sara le había salvado la vida a cambio de la suya. Si por él fuera, jamás lo habría permitido pero ella se interpuso en el último segundo y nada pudo hacer por impedirlo.

Cuando saliera de esta, le cantarían las cuarenta, le prohibiría volver a hacer algo así nunca más.

Se sentó en una silla y se pasó las manos por la cara. Los segundos eran minutos y los minutos horas en aquella sala de espera infinita donde lo único que podía hacer era rogar porque todo saliera bien dentro del quirófano.

—¡Mal nacido! —bramó Darío acercándose a él y sacándole de sus cavilaciones.

Nicolás se puso de pie con lentitud y lo miró a los ojos con actitud abatida.

—Esto no debió de pasar.

—Lo único que haces es poner en peligro a mi familia.

—Lo siento, ella se puso delante, no me dio tiempo a...

—¡Calla! —lo cortó Darío—. No te justifiques.

—Tienes razón, es culpa mía. No supe protegerla. —Los ojos de Nic se volvieron cristalinos. Sabía que el primo de Sara se pondría hecho una furia, que toda la culpa era suya y no podía reprocharle su comportamiento hacia él.

—¿Lo admites, hijo de...?

—Eh, tranquilo. —Iván, que acababa de llegar para hacer compañía a su amigo, agarró el brazo de Darío que estaba en disposición de lanzarlo contra Nic.

—Mi abuela está aquí, en el hospital y Sara también por su culpa.

—Eso no es cierto —rebatió Iván—, ya redacté un informe a mis superiores explicando todo lo que pasó, así que no molestes más.

—¿Y quién eres tú para decirme eso?

—Soy testigo de lo ocurrido, además, amigo de Nic y no voy a permitir que le hables así. ¿Acaso no ves que está destrozado?

—Déjalo Iván —intervino Nic—. Tiene razón, no he podido cumplir mi promesa de protegerla a ella y a la señora María. Tiene todo el derecho a recriminarme.

Una enfermera se acercó a ellos y les llamó la atención por el escándalo que estaban montando. Si no se callaban llamarían a seguridad para que los echasen a los tres de allí.

Darío resopló con fuerza y se sentó en el lugar más alejado del inspector. Iván y Nic permanecieron de pie a un lado de la sala, lo más cerca posible de la puerta para increpar al primer sanitario que saliese por ella.

—¿Se sabe algo de Lidia? —preguntó Nic tras unos minutos de silencio.

—Toni está trabajando en ello, no se llevó el bolso con el localizador, pero estamos seguros de que tratará de huir del país con ese traficante. Les cogemos en cuanto lo intenten. El inspector jefe ha hecho un buen despliegue de efectivos.

—Cuando le ponga las manos encima a esa...

—No te preocupes por eso ahora, solo esperemos que la operación de Sara salga bien y se recupere muy pronto.

—Sí, están tardando mucho ¿no crees?

—No tengo ni idea, no sé cuánto se puede demorar una operación de este tipo.

Se quedaron callados durante largo rato, después decidieron sentarse y permanecieron allí mirando la puerta por si aparecía el cirujano y atentos a megafonía por si les llamaban por ahí.

Llevaban poco más de una hora cuando Asunción y Susi aparecieron en la sala de espera con cara de espanto.

—Nicolás —lo llamó su madre a punto de darle un síncope.

Él sin decir una palabra, fue hasta ella y la abrazó. Se quedaron así largos



segundos, nunca antes Nic había necesitado tanto el consuelo de su madre. Después fue hasta su hermana e hizo lo mismo, ella le devolvió el abrazo con fuerza, tratando de transmitirle energía y todo su apoyo. Ambas mujeres querían que supiese que no estaba solo, que las tenía a ellas siempre que lo necesitase.

—No hace falta que estéis aquí —les dijo sabiendo que eran palabras inútiles pues conocía muy bien a esas dos mujeres y eran tan tercas como lo podría ser él en una situación similar.

—Claro que sí, estaremos apoyándote. Dentro de un rato vendrán tu padre y Alberto.

—¿Cómo está Sara? —se interesó Susi.

—Siguen en quirófano, todavía no se sabe nada.

—No me moveré de tu lado hasta saber algo.

—¿Dónde has dejado a Lucía?

—Está con Juanita y dijo que se quedaría el tiempo que haga falta, así que quédate tranquilo.

La puerta se abrió de golpe interrumpiendo la charla que Nic tenía con su hermana. El cirujano entró en la sala acabando así con la larga espera. Nicolás fue el primero en llegar hasta él, los demás le siguieron.

Darío le dio un codazo en su afán de colocarse el primero, un codazo que el inspector no le devolvió puesto que la lucha entre ellos no era lo primordial en ese momento sino saber el estado en el que se encontraba Sara.

—¿Cómo está? —dijeron los dos hombres a la vez.

—La operación ha ido muy bien. Tenía el hueso astillado y hemos tenido que limpiar minuciosamente la herida, no ha habido hemorragia y hemos podido acabar la operación sin complicaciones.

—Es una maravillosa noticia. ¿Puedo verla? —Esta vez Nic se adelantó a Darío.

—Cuando despierte de la anestesia la llevarán a la habitación y allí podrán estar con ella.

—Gracias, muchas gracias.

Darío asintió con la cabeza aliviado, en breve le darían el alta a su abuela y podría darle las buenas noticias.

—Me voy a por mi abuela y la traeré, estará muy contenta de poder ver a Sara —comentó.

—¿Ya está recuperada?

—Sí.

—Qué bien, cuando Sara despierte se llevará una gran alegría.

—No te hagas el simpático, no me olvido de que todo esto es culpa tuya. No has sabido manejar este caso, te quedó demasiado grande.

Pensando que Darío tenía razón, Nicolás dio media vuelta y se alejó de él. Tanto su madre como su hermana se colocaron a su lado para darle ánimos al tiempo que trataban de convencerlo de que nada de lo que le había dicho ese tipo era cierto.

El silencio se hizo en la sala durante una hora hasta que el médico les informó de que Sara ya había despertado y había sido trasladada a una habitación.

Nicolás fue el primero en reaccionar y dirigirse hacia el ascensor, después fueron su madre y su hermana y por último Darío que llevaba a su abuela del brazo. Recién le habían dado de alta pero, al saber la noticia de su nieta, se negó a abandonar el hospital, cosa que todos sabían que iba a ocurrir.

Nic casi corrió por los pasillos al llegar a la planta, sorteo a las personas con las que se tropezaba hasta que se paró de golpe frente a la habitación sin llegar a abrir la puerta.

—Vamos, Nic —lo animó Asunción.

Darío llegó con María, le echó una mirada asesina al inspector y este se apartó de la puerta, entonces ellos dos entraron primero sin ninguna vacilación.

—¿Qué te pasa, Nic? —preguntó Susi junto a su oído.

—Le prometí que todo iría bien, que nada malo le pasaría y mira...

—Ella no te culpará.

—No he sido un buen policía, yo...

—No digas tonterías —intervino su madre. Lo tomó del brazo y lo arrastró al interior de la habitación. No obstante, se quedó lejos de la cama.

Nicolás observó cómo Darío se inclinaba sobre Sara y le daba un beso en la frente. Su abuela lloraba de alegría al ver a salvo a su única nieta, la besó en la cara y en la frente, le acarició el pelo, las mejillas y la tomó de la mano. Era como la mamá gallina cuidando de su polluelo. Sara trató de sonreír pero hizo una mueca de dolor que a punto estuvo de llevarle corriendo hacia su lado.

María se sentó en un sillón junto a la cama y les tocó el turno a su madre y a su hermana. Ambas se acercaron para saludarla y desearle una pronta

recuperación.

—Cuando estés bien haremos una cena en casa y traerás a tu abuela y a tu primo —comentó Asunción.

—No hace falta.

—Claro que sí. La vida es corta, hay que aprovechar cualquier motivo para celebrar.

—Vale, allí estaremos, muchas gracias.

—Hacéis una bonita pareja —aventuró Susi con cierta picardía.

—Somos muy distintos.

—Tal vez no tanto como crees.

Sara trató de acomodarse en la cama e hizo otra mueca de dolor. Los párpados le pesaban y le costaba contestar a todo lo que le decían.

Asunción se percató de la situación, había demasiada gente en la habitación para una recién operada.

—Bueno, ya nos marchamos y te dejamos descansar —comentó la madre de Nicolás mirando a Susi de soslayo.

—¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido? —preguntó antes de que las dos mujeres se fueran.

—Si te refieres a Nic, está aquí —dijo la hermana.

Sara miró por todos lados buscando la figura del inspector, cuando ya pensaba que no lo vería allí, lo encontró medio escondido cerca de la puerta. Sin poder evitarlo, la sonrisa iluminó su rostro.

Él estuvo atento a todos sus movimientos desde que había entrado. Cuando sus miradas se cruzaron al fin, sintió que el corazón se le paró y cuando la vio sonreír volvió a latir, esta vez tan fuerte que sospechaba que, los allí presentes, podían escucharlo.

Asunción y Susi se marcharon sin que la pareja lo advirtiera puesto que seguían mirándose sin decir nada.

Un fuerte resoplido les trajo a la realidad y todos los ojos se posaron en Darío.

—¿Qué ocurre? —preguntó la abuela.

—Nada —contestó crispado.

—Nic —lo llamó ella ignorando a su primo. Él solo hizo un débil ademán con la cabeza—. ¿Estás enfadado conmigo?

Aquella pregunta hizo reaccionar al inspector, que fue hasta la cama y se paró a sus pies. La miró como si lo que acabase de preguntar fuera algo

absurdo.

—¿Qué tonterías dices?

—Me marché de tu casa sin decir nada y ahora no quieres acercarte a mí.

—No estoy muy contento porque te fueras de esa forma, pero ¿qué es eso de que no quiero acercarme a ti?

—Mírate.

—Eres tú la que debería estar enfadada conmigo, no cumplí mi promesa.

—Nic...

—Sí, fue culpa tuya —intervino el primo de mala manera.

—Solo ella tiene derecho a reclamarme —le replicó él ya cansado del pródigo.

—Por favor, no discutir —suplicó ella débilmente.

—Muchachos, Sara está recién operada, tened un poco de consideración —les regañó la señora María.

—Abuela, deberías ir a descansar, te llevaré a un hotel —le propuso Darío.

—Ni hablar, me quedaré con mi nieta.

—No te preocupes, lo haré yo. Te llevaré y regresaré para quedarme con ella.

—De eso nada —intervino Nicolás—. Yo cuidaré de Sara, podéis ir los dos.

Darío hizo ademán de replicar, pero su abuela lo detuvo cogiéndolo del brazo y dándole un pequeño apretón.

—De acuerdo, Nicolás. Cuídamela bien.

Por las conversaciones que había oído en esa habitación, María fue consciente de que su nieta y ese inspector estaban juntos. Le parecía maravilloso, hacían una bonita pareja como ya había dicho una chica joven que se había presentado como la hermana del inspector.

Se despidió de Sara y Nicolás dándoles un beso a cada uno y después empujó a su nieto para que saliera de allí. Lo quería mucho pero en ocasiones la ponía de los nervios.

Ambos jóvenes quedaron solos en la habitación, ninguno de los dos dijo nada tras cerrarse la puerta. Con ver a Nic allí, a salvo de todo mal, se conformaba. Trató de acomodarse nuevamente, se sentía dolorida e hizo varias muecas que a Nic no le pasaron desapercibidas.

—¿Te duele mucho?

—Acaban de operarme, supongo que es normal. —Volvieron a quedarse en

silencio hasta que Sara no aguantó más la actitud de su querido inspector—. ¿Piensas quedarte ahí plantado toda la noche?

Nicolás se acercó a ella, se sentó en el sillón a su lado y tomó su mano. La acarició con suavidad hasta que se la llevó a los labios y la besó con ternura.

—No sé qué habría hecho si me llegas a dejar.

—No pienso irme a ningún lado, inspector.

—Me siento responsable de que estés aquí, no hice las cosas como debiera.

—Yo me fui sin avisarte, tampoco hice las cosas bien.

—Porque no protegí a tu abuela como te prometí. Todo esto es culpa mía.

—Nic, no se puede controlar todo en la vida, hay cosas que se escapan de nuestras manos.

—Eso es cierto pero...

—No quiero que te sientas culpable por nada.

—Lo intentaré, pero tú debes prometerme algo.

—Dime.

—No vuelvas a interponerte entre un hombre armado y yo.

—Solo pensé en que no quería perderte como perdí a mis padres.

—Siempre estaré contigo. —Se levantó para besar sus labios y se volvió a sentar dibujando una sonrisa en su rostro.

Un rato después, le trajeron una sopa. Nicolás la animó a comérsela ya que estaba totalmente insípida. Pero por su ansia de recuperarse, Sara no rechistó y tomó más de la mitad.

Poco más tarde, llegó una enfermera que le cambió los sueros y le aconsejó que descansara.

—Ya has oído, ahora duerme, cariño —le pidió él.

—He estado pensando en nosotros.

—¿Qué pensaste?

—En cómo nos conocimos.

—No es una historia muy agradable.

—Fue el peor momento de mi vida, y sin conocerme, estuviste ahí para ayudarme. Cada vez que te llamaba, que te preguntaba... siempre me trataste con paciencia y comprensión.

—Bueno fuiste muy persuasiva, no pude escapar de ti. —Y ambos se rieron.

—No te asustes, Nic por lo que te voy a decir.

—Dime.

—Estoy enamorada de ti.

—Yo nunca he sentido por nadie lo que siento por ti. Tengo bastantes sospechas de que sea amor —bromeó mostrando sus dientes, después le acarició el pelo y la cara.

—Te quiero, Nic.

—Y yo a ti.

Habían pasado tres días cuando Iván y Toni se presentaron en el hospital para interrogar al tal Pit Bull, que en realidad se llamaba Andrés García. Ya estaba bastante recuperado de su herida, la cual también habían tenido que operar.

Lidia y su traficante asesino habían desaparecido y los agentes necesitaban al menos una pista para dar con ellos antes de que saliesen del país, porque estaban seguros de que eso era lo que pensaban hacer. Por el momento tenían todas las fronteras vigiladas.

Tanto el aeropuerto, como la estación de autobuses y trenes estaban alertados pero no se fiaban, lo mejor era atraparlos cuanto antes.

Iván hizo el papel de poli malo y Toni el de un poco menos malo, entre los dos lo presionaron y amenazaron hasta que consiguieron que les diese un nombre: el de un falsificador, ya conocido por la policía, y que al parecer, le hacía varios trabajos al traficante en cuestión y muy posiblemente habían vuelto a acudir a él.

Los dos agentes no perdieron más tiempo y fueron a verlo. En esta ocasión fue más fácil la colaboración ya que el falsificador no quería ir a la cárcel por cómplice de asesinato, eso eran palabras mayores para él. Así pues, al mostrarle una foto de Lidia la reconoció de inmediato. Les confesó que hacía tan solo un par de días que habían acudido a él y les facilitó a los policías los nombres que ambos usarían para salir del país.

Estaban a un suspiro de atraparlos, pensaron los agentes con satisfacción.



Nic dormitaba en el sillón junto a la cama de Sara, eran las once de la noche pero se sentía como si ya hubiese entrado la madrugada.

María y Darío habían estado toda la tarde, momento que él aprovechó para ir a su casa, darse una ducha y regresar un poco más fresco.

Cuando volvió al hospital, todavía tuvo que soportar la presencia del

pródigo una hora más. Le tocaba la mano a Sara, le sonreía, le decía estupideces para animarla... cómo lo cabreaba.

Menos mal, que María empezó a dar cabezadas y Darío decidió que ya era hora de retirarse, más que nada para que la abuela descansara. Si fuera por su primo, bien sabía Nic que tendría que pelear para sacarlo de allí. Él se quedaría junto a Sara como había hecho cada noche desde que le dispararon.

Intentaba cambiar de postura porque se le había dormido un brazo y se preguntó por qué los sillones de hospital tenían que ser tan incómodos. Todavía no había cogido la postura adecuada cuando el teléfono sonó. Nic lo sacó de su bolsillo y salió de la habitación rápido para no despertar a Sara. Una vez fuera contestó:

—Dime Toni.

—Los hemos encontrado.

—¿De veras? ¿Los habéis detenido?

—Todavía no. Hemos seguido la pista que nos dio Pit Bull y hemos averiguado los nombres falsos que van a usar.

—Muy buen trabajo —lo felicitó orgulloso de su equipo.

—Han comprado un billete de avión para Brasil.

—¿Cuándo viajarán?

—Dentro de tres horas, estamos preparando el operativo.

—Voy para allá.

—No hace falta, Nic. Quédate con Sara.

—Ni hablar, quiero mirar a los ojos a ese traficante cuando lo atrapemos y por nada me perdería la cara de Lidia cuando le ponga las manos encima.

Entró de nuevo en la habitación y se quedó mirando a Sara, no podía dejarla sola. La señora María no estaba en condiciones de quedarse toda la noche y no pensaba llamar a Darío porque estaba seguro de que se aprovecharía de la situación. ¿A quién, entonces? Pues a su madre, no le apetecía molestarla pero necesitaba su ayuda y ella siempre estaba para él en situaciones de suma importancia.

Asunción tardó unos treinta minutos en llegar al hospital, relevó a su hijo, que ya estaba desesperado en el sillón, y este se marchó para preparar el operativo. Esperaba llegar por la mañana con fantásticas noticias para su chica.

Pasaba de la medianoche cuando Sara abrió los ojos. Los párpados le pesaban, le dolía el cuerpo entero y no podía moverse.



—Nic —susurró.

Asunción se incorporó de inmediato en cuanto escuchó la frágil voz de su nuera.

—Ha tenido que irse, pero yo estoy aquí y puedes pedirme lo que quieras.

Sara se sorprendió al escuchar a Asunción junto a su cama, Nic le había dicho que no se separaría de ella ¿por qué se había ido entonces? Quizá estaba muy cansado, llevaba tres días que apenas se había movido de su lado. Se reprochó a sí misma haber sido tan egoísta, debió obligarle a marcharse para descansar.

—Me duele —le comentó a la madre de Nic.

—¿Llamo a la enfermera? Seguro que puede darte más calmantes.

Ella no contestó, solo cerró los ojos y Asunción lo tomó como un sí. Salió de la habitación y avisó a una enfermera de guardia que enseguida llegó. Comprobó que el suero con el medicamento se había agotado y le colocó otro. Después salió no sin antes decirles que la llamaran cuando se le volviese a acabar.

—Gracias —musitó Sara a Asunción.

—No tienes que dárme las. A partir de hoy serás como mi hija, si tú quieres, claro.

Una lágrima rodó por la mejilla de la recién operada al recordar que ya no tenía padres. Asunción se acercó a ella y con un pañuelo le secó la cara—. Lo siento, Sara, no quería hacerte sentir mal solo deseo que sepas que cuentas conmigo.

—Nic tiene mucha suerte de tenerte.

—Déjanos ser tu familia también.

—Me gustaría.

—Cuando estés bien, organizaremos esa comida que te dije —señaló contenta de que su hijo tuviese a una chica sensible y agradable que lo amara.

—¿Nic está bien? —preguntó después de unos minutos.

—Sí. Lo llamaron de comisaría si no, no se habría marchado.

—Nic es un encanto.

—A su madre se lo vas a decir... —Y rio de su propia broma. Sara solo pudo hacer media sonrisa. Después se puso seria para preguntar—: ¿Hay problemas?

—Creo que preparan un operativo. Nos llamará cuando todo haya acabado. Sara rogó en silencio que Nic no sufriera ningún daño, ahora no podría

pegar ojo en toda la noche hasta saber de él.



A quince kilómetros de la ciudad, Nic, junto a su equipo, se preparaba para atrapar a los dos fugitivos. El aeropuerto estaba rodeado por agentes de paisano, en el interior, más agentes paseaban sus maletas mientras vigilaban los alrededores. Iván, Toni y Nicolás se ocultaban tras un gran mostrador a la espera de que apareciera Lidia pues era a la que podían identificar ya que el traficante había sabido ocultarse muy bien. Solo Sara le había visto la cara.

La mujer no se hizo de rogar, llegaba ataviada con una peluca rubia y una minifalda de cuadros escoceses que nada pegaba con la antigua Lidia, estaba realmente cambiada. Iba agarrada del brazo de un hombre alto, moreno, vestido con un traje informal.

—La chica rubia de la minifalda de cuadros y su acompañante —avisó Nic por radio—, son ellos, preparaos todos para el asalto.

El hombre entregó su documentación falsa en el mostrador junto con el billete y esperó. La mujer miraba en todas direcciones, algo le decía que sus antiguos compañeros estaban cerca, les conocía demasiado bien para saber que no se darían por vencidos y habrían trabajado día y noche para localizarlos.

Debía ser lo más discreta posible, era consciente de que si la descubrían jamás saldría del aeropuerto.

Les dieron el visto bueno y se alejaron del mostrador por el amplio pasillo que daba a la puerta de embarque.

—¡Ahora! —Nic dio la orden.

Iván y Toni fueron los más rápidos por estar más cerca, llegaron hasta los fugitivos en segundos empuñando sus armas.

—¡Quietos! No mováis ni un pelo —espetó Toni.

Sin embargo, el traficante no estaba dispuesto a ir a la cárcel, y en cuanto vio a los agentes echó a correr dejando a Lidia atrás. Después de tantos años no podía creer que le atraparan, todo era culpa de Lidia, debió abandonarla en el chalet días atrás.

Iván lo persiguió mientras ordenaba a la gente que se tirara al suelo, cosa que no discutían al ver la pistola en su mano.

—¡Alto o disparo! ¡Te lo advierto! ¡Quieto!

El traficante corrió sin obedecer tratando de escudarse con las personas con las que se tropezaba. Iván lo persiguió sin poder abrir fuego por el peligro que suponía para los civiles. De pronto, dos agentes vestidos de paisano, que esperaban que pasara por su lado, soltaron sus maletas y le cortaron el paso. El traficante, viéndose acorralado, tomó a una niña como rehén y colocó los brazos alrededor de su cuello.

—¡Le romperé el pescuezo! —amenazó.

—No tienes escapatoria, suéltala.

—O me dejáis salir de aquí o la mataré con un movimiento de mi brazo.

—¡No, no, no! —gritaba la madre que en su descuido, había agarrado a su hija.

—No empeores tu situación, suelta a la niña.

—Ni hablar, saldré de aquí.

Cargó a la pequeña como si fuese un saco de patatas y corrió hacia las puertas que daban a la calle. Fue entonces cuando Iván no se lo pensó dos veces y abrió fuego. Alcanzó al traficante en la espalda y se desplomó hacia delante. La niña cayó a un lado y permaneció allí llorando.

Iván se acercó apuntando todavía con su HK y cogió a la pequeña en brazos mientras los agentes se hacían cargo del delincuente.

—Te llevaré con tu madre —trató Iván de tranquilizarla.

La mujer fue corriendo hasta él y se la arrebató de los brazos entre lágrimas y agradecimientos. Después, Iván se acercó a los agentes.

—¿Está muerto?

—Me temo que sí.

Lidia se había quedado paralizada viendo cómo su amante huía despavorido. Nic y Toni apuntaban sus armas contra ella.

—Vaya, vaya, qué eficiente es mi equipo.

—No somos tu equipo —replicó Nic—. Eras muy buena policía, te admiraba.

—Oh, ¿te vas a poner sentimental?

—Todavía no puedo creer que hayas asesinado a gente pero como bien has dicho, somos un equipo muy eficiente, deberías haber adivinado que no te saldrías con la tuya. Ahora ¡entrégate!

—No vais a matarme —los desafió.

—Ponnos a prueba —contestó Nic. Después miró a su compañero—. Toni, los grilletes.

Toni, guardó su arma, cogió los grilletes y se acercó a ella. La tomó de un brazo y bruscamente la giró para esposarla. En ese preciso instante, Lidia le dio un rodillazo en la entrepierna haciendo que el agente se doblara. Entonces robó la pistola que había guardado en su cinturilla y apuntó a la cabeza de Toni.

—Suelta el arma, Nic.

—Lidia, el aeropuerto está rodeado, no podrás escapar. —A Nic recién le informaron por el pinganillo de que el traficante estaba muerto, se habían visto obligados a abatirle—. Tu amante ha muerto, todo ha acabado.

—¡Mientes!

—No miento, entrégate si no quieres acabar como él.

Toni, que había caído de rodillas, seguía inmóvil mientras su propia HK apuntaba contra su cabeza y quiso hacer un intento por convencerla.

—Lidia, por el cariño que un día nos tuvimos, suelta el arma.

Ella se rio a carcajadas.

—¿Cariño? ¿Tú y yo? Solo fuiste un juguete entre mis manos y muy fácil de manejar, por cierto.

El coraje se adueñó de Toni, se incorporó para enfrentarse a ella pero Lidia no iba a dejarse, se preparó para disparar pero Nic fue más rápido. La bala cruzó el espacio que los separaba e impactó en la mano de ella haciendo que se le cayera la pistola.

Esta vez, Toni fue más veloz y le colocó los grilletes.

—Ahora ya no tienes escapatoria, zorra —escupió la última palabra.

Varios agentes fueron hasta ellos y Lidia escuchó de boca de ellos que era cierto, su amante había muerto de un tiro por la espalda. Se derrumbó llorando, ya no tenía ganas de luchar, todo lo que había hecho había sido por amor, ¿qué sentido tenía ahora la vida?

Con una docilidad que jamás habían visto en Lidia, los agentes se la llevaron presa.

Pasaba del mediodía cuando Nicolás llegó al hospital. Llevaba toda la noche sin dormir pero no podía ir a su casa hasta ver cómo estaba Sara. Además, podría tumbarse en el sillón y descansar allí, nada era más relajante que el sonido de su respiración. Cuánto deseaba poder sentirla en su piel de nuevo. En cuanto le dieran el alta, se la llevaría a la casa de la playa y pasaría días enteros con ella.

Cuando entró en la habitación, su madre no estaba y en su lugar se encontraba Darío.

Sara se había vestido y llevaba el brazo en un cabestrillo. Su primo la estaba ayudando a ponerse la chaqueta y parecía que disfrutaba con la proximidad a la que se veían sometidos al ayudarla con la prenda.

Se paró y los acribilló con la mirada desde la puerta

—No estás en condiciones de irte del hospital —la regañó Darío.

—No puedo quedarme aquí sin saber nada.

—Pero no te dieron el alta todavía.

—Nic se fue a un operativo y no sé nada de él, tiene el teléfono apagado y cuando llamé a Asunción, tampoco sabía nada.

—Estará bien o ya te habría avisado alguien. Las malas noticias vuelan.

—No me importa, voy a comisaría a averiguar.

—Deberías preocuparte por tu bienestar, es lo primero.

Sara levantó la cabeza y miró a los ojos a Darío.

—Nada es más importante para mí que Nic.

La batalla estaba perdida, pensó su primo. Había sido testigo de la contundencia con la que Sara había dicho esas palabras. Él nunca sería nada más que su primo.

Desde la entrada a la habitación, Nic escuchaba la discusión con los ojos como platos. Quería a esa chica en su vida para siempre, ahora más que nunca estaba convencido de eso. Decidió intervenir antes de que se hiciera daño.

—Eh... Hola —saludó dejándose ver.

—¡Nic! —gritó ella al tiempo que avanzó lo más rápido que le permitió su herida hacia él, lo abrazó con el único brazo que tenía libre y disfrutó de su

calor. Él, a su vez, la envolvió con su cuerpo. —¿Estás bien? Estaba tan preocupada, casi me vuelvo loca.

—Tranquila, estoy bien. Eres tú la que debe cuidarse.

—¿Por qué tenías el móvil apagado? —le reprochó dándole una palmada en el pecho.

—Cariño, no paso por casa desde ya ni me acuerdo, me quedé sin batería.

—Oh, lo siento. Debes de estar agotado. —Le acarició la barba bastante más crecida de lo habitual—. Pero eso no es excusa, podrías haber llamado desde cualquier otro teléfono.

—Siento haberte preocupado, no lo pensé, intentaré que no vuelva a pasar. —Le sonrió de forma pícaro antes de añadir—: ¿No vas a darme un beso?

Sara colocó la mano en su nuca y se puso de puntillas para alcanzar su boca. Él la tomó por la cintura y fue al encuentro de sus labios.

El saber que estaba vivo, que nada le había pasado fue un bálsamo para su cuerpo. Y si le añadía la emoción que el beso le había provocado, Sara sintió una flojedad en sus piernas que la hizo tambalearse.

—No deberías estar levantada —la reprendió Nic separándose de sus labios y cogiéndola con firmeza.

—No es nada. Quiero irme ya.

—He oído que no te han dado el alta.

—Firmé el alta voluntaria.

—Estás loca.

—Por ti.

Ante esa respuesta, Nic rio de felicidad.

—Bueno... yo me voy —intervino Darío que había sido testigo de toda la escena. Se dio cuenta de que en verdad nadie lo necesitaba allí.

—No, espera —le pidió Sara. —Quiero ver a la abuela.

—Está en el hotel, el que os quedasteis la otra vez.

—¿Cómo está?

—No quiere volver al piso, pero ya hay comprador para la planta baja. Pronto tendréis vuestra propia casa.

—Mientras tanto os podéis venir a la mía —sugirió Nicolás.

—No vamos a invadir tu casa, qué diría tu familia.

—Seguro que nada. —Se quedó unos segundos pensativo—. En mi casa de la playa no os molestará nadie. —Había pensado en ir solo con Sara pero era evidente que ella no dejaría a su abuela después de lo ocurrido.

¿Se podía ser más dulce?, pensó ella rebosante de amor. Pero por más tentada que estuviera no podía aceptar.

—Nic, no es necesario, Darío ya encontró comprador para nuestra casa.

—Entonces será por poco tiempo, tu abuela estará más cómoda que en un hotel y la primavera nos trae buen tiempo para que salga a pasear por la playa.

A ese argumento no tenía nada que objetarle.

Esa misma noche, Nic las llevó hasta la casa junto a mar. La abuela se había quejado de ser una molestia pero nada pudo hacer más que seguir a su nieta.

Como Sara ya conocía la casa, no hizo falta que se la enseñase. María decidió dormir en el sofá cama de abajo para no tener que subir escaleras. Por la mañana irían a hacer la compra a un supermercado cercano. Según Darío en una semana podrían estar mudándose así que disfrutarían de su estancia allí.

—¿No te vas a quedar? —preguntó Sara cuando vio a Nic despedirse.

—Es mejor que no —respondió de camino hacia la puerta.

—Te hemos echado de tu casa.

—No digas tonterías, sabes que vivo con mis padres, este lugar es solo para relajarme.

Al llegar a la puerta, Nic la abrió pero antes de salir tomó la mano de Sara, la acercó a sus labios y la besó con ternura. Ella sin poder resistirse, se lanzó a abrazarlo. Le besó el cuello y la oreja.

—Para, tu abuela nos puede ver —le recriminó él entre risas.

—¿Y qué más da? No creo que le importe. Además, está en el salón.

Entonces, Nic siguió su instinto, se apoderó de sus labios y la besó con pasión, recorriendo cada rincón de su boca, saboreando su dulzura, impregnándose de su olor.

—¿Ves por qué tengo que irme? —susurró entre sus labios.

—¿Por qué?

—Porque no sería capaz de dormir en la habitación de al lado y no quiero incomodar a tu abuela.

—De acuerdo, tienes razón. Te llamaré mañana, a primera hora.

—Y si no lo haces, lo haré yo.

Nic vio el brillo en sus pupilas, el color verde de su iris nunca había sido tan claro, al fin se había ido la niebla que ocultaba sus ojos.

Le dio un rápido beso y se fue.

Sara regresó al salón con una sonrisa radiante y los ojos chispeantes. No podía dejar de pensar en Nic, cómo hubiera deseado que se quedara, que durmiera con ella, los dos juntos hasta el amanecer.

—Me gusta ver cómo te brillan los ojos —anunció María sacando a Sara de su ensoñación.

—Le quiero, abuela.

—Se nota en tu mirada y él también se ve muy enamorado.

—¿De verdad lo crees?

—No tengo la menor duda. Es un buen hombre, me alegro mucho, mi niña.

—Gracias, abuela. —Fue hasta ella y la abrazó.

—Ahora ya no estarás sola cuando yo me vaya.

—¡No vuelvas a decir eso! Te necesito mucho y tienes que quedarte conmigo.

—Algún día, hija. Es ley de vida.

—Lo sé, pero no quiero pensar en eso jamás.

Sara abrazó a su abuela sabiendo que algún día partiría de su lado pero deseando que ese momento tardara mucho, mucho en llegar.



Había pasado algo más de un mes, el verano estaba a las puertas y, tal y como le había prometido Asunción, había organizado una comida familiar para conocer a Sara y los suyos.

Hacia unos días que se habían mudado a la casa nueva, era una planta baja situada en la zona nueva de la ciudad. Sara había perdido el trabajo por culpa de su baja, pero no le importó demasiado ya que Darío le consiguió un puesto en contabilidad en el centro comercial.

Todo parecía ir sobre ruedas hasta que el tema del matrimonio salió a relucir en la comida.

—Bueno, ¿cuándo os casáis? —preguntó Asunción.

—Mamá, por favor —la regañó Susi.

Nicolás y Sara se miraron sonrientes y no dijeron nada.

—Hija no has contestado —inquirió María.

—Abuela...

—¿Qué intenciones tienes para con mi prima?



—El que faltaba —masculló Nic a lo que Sara le respondió con un codazo.

—¿Pensáis decir algo? —Esta vez fue el padre de Nic el que se impacientaba.

—Tengo entendido que poco falta para que viváis juntos en esa casita de la playa —dijo Darío. Su abuela ya le había contado que pasaba muchas noches fuera de casa.

—Y eso a ti que te importa —protestó Nic impacientándose.

—Es mi prima, no tiene padres ni hermanos que la protejan, pero estoy yo.

—¿Por qué no coges la máquina del tiempo y vuelves a este siglo?

—Nicolás, Darío tiene razón —lo regañó su padre—. Podríais contarnos qué planes tenéis así no nos preocuparemos.

—Yo solo deseo estar con Sara todo el tiempo que me sea posible. Vivir en sus ojos, compartir nuestros sueños y ya veremos lo que nos depara el futuro.

—¿Ya veremos? ¿Qué significa eso? —preguntó Darío menos dolido cada día por la elección de su prima.

—Significa —intervino ella— que acabamos de empezar nuestra vida juntos, que queremos vivir el momento y más adelante haremos lo que tengamos que hacer.

—Yo no lo habría dicho mejor. —Nic se inclinó y la besó frente a todos.

—Está claro que son el uno para el otro —comentó la abuela feliz de verse rodeada por una familia de nuevo. Su niña no estaría sola nunca más.

# Agradecimientos

En primer lugar y como siempre, mi agradecimiento a Rosa por dedicarle su tiempo a la corrección de estas páginas. (Un día me mandas a la porra).

A mi lectora cero, Encarna por el entusiasmo y las ganas que le puso. Por tus palabras, que me animan, no sabes cuánto.

A mi bruja, Paky por estar ahí siempre que lo necesito.

A mi marido, por apoyarme y animarme en cada una de mis locuras.

También a toda mi familia por creer en mí y por estar ahí.

Y no puede faltar mi agradecimiento a mis compañeros de la Asociación Escritores en su tinta, por las presentaciones, las ferias, las tertulias y las risas compartidas.